La noche sin memoria

Jordi Ledesma

«Lo que más aprecio en la obra de Ledesma no son los callejones sombríos donde se cometen los crímenes, sino los sugerentes neones de su prosa.»

Antonio Soler

ALREVÉS
NARRATIVA

La noche sin memoria

Jordi Ledesma

«Lo que más aprecio en la obra de Ledesma no son los callejones sombríos donde se cometen los crímenes, sino los sugerentes neones de su prosa.»

Antonio Soler

ALREVÉS
NARRATIVA

Jordi Ledesma (Tarragona, 1979). La noche sin memoria es su cuarta novela. Es autor de Lo que nos queda de la muerte (Alrevés, 2016), con la que obtuvo el premio Pata Negra 2017 a la mejor novela del año por el Congreso de Novela y Cine Negro de la Universidad de Salamanca. También el premio Novelpol 2017 y la mención de «Imprescindible» de la biblioteca La Bòbila de L'Hospitalet de Llobregat. Anteriormente, ha publicado El diablo en cada esquina (Alrevés, 2015) y Narcolepsia (Alrevés, 2012). Ha participado con cuentos, artículos y poemas en diferentes antologías y en algunas publicaciones digitales. El conjunto de su obra y su prosa ha sido ampliamente alabado por figuras relevantes de la narrativa española como Antonio Soler o José Ángel Mañas.

La noche sin memoria dibuja una trama coral que tiene como escenario una población pesquera y turística. El narrador, personaje principal del relato, es un novelista politoxicómano que regresa a su población natal, donde rememora sus orígenes ya lejanos en el tiempo e irreverentes en conducta. Allí, sintiéndose realizado en lo profesional, y habiendo hecho uso siempre de la ficción como elemento narrativo, decide investigar la desaparición de dos personas a finales de la década de los años noventa.

Inmerso en un paisaje marino, irá entrevistándose con diferentes personajes que han sobrevivido de manera desigual al paso del tiempo, y desde la actualidad, dará cuenta de los sucesos a la vez que de sus investigaciones cuyo resultado es la novela que estamos leyendo.

Jordi Ledesma realiza un magnífico ejercicio estructural que hace convivir tres tiempos narrativos y en el que mezcla hechos reales y probados con ficción criminal, dando lugar a un texto que nos transporta a sus universos canallas y emocionalmente desgarradores. En un segundo plano recrea con excelencia un paisaje y un contexto social muy reconocibles en nuestra realidad certera, y lo hace sin descuidar lo mínimo el registro estilístico y personal de su prosa.

LA NOCHE SIN MEMORIA

Jordi Ledesma

ALREVÉS

BARCELONA-2018

Primera edición: octubre del 2018

Para Josep Forment, siempre con nosotros

Publicado por:

EDITORIAL ALREVÉS, S.L.

Passeig de Manuel Girona, 52 5è 5a

08034 Barcelona

info@alreveseditorial.com

www.alreveseditorial.com

© Jordi Ledesma, 2018

© de la presente edición, 2018, Editorial Alrevés, S.L.

© Diseño de portada: Ernest Mateu

ISBN: 978-84-17077-67-9

Código IBIC: FA

Producción del ebook: booqlab.com

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del «Copyright», la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro, comprendiendo la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Para Josep Forment e Ilya Pérdigo,

por la atención y la confianza

A mi madre, que me enseñó a leer

Existe cierto tipo de ficciones mediante las cuales el autor intenta librarse de una obsesión que no resulta clara ni para él mismo.

ERNESTO SÁBATO

La novela es un intento de exploración del corazón humano a partir de una idea que es casi la misma contada con diferentes entornos.

MIGUEL DELIBES

1

El sol explota sin pausa en su instante más alto, el ardor ennegrece las pieles del embrollo de sociedad apelotonada, una nube que desprende un aliento común de bronceador, un aroma tan concentrado que se hace casi visible.

Cuando contemplo el arenal ancho, lo hago con pena. El viento sublevado remueve el mar que mece el paisaje con su cadencia perpetua. Lanzo los ojos hasta el otro lado del puerto y en el camino veo presencias cabizbajas que llegaron a pensar que harían toneladas de riqueza. Fueron pocos los que lo consiguieron.

Solo la pequeña rambla de moreras sigue intacta, con sus sillas de enea y los botijos alrededor de la fuente, con sus bancos bajos y el tiempo muerto sentado en ellos. Allí se quedaron los años, y allí siguen, viendo pasar una a una cada vida extraviada entre los millares de turistas que rebotan la imagen de otros turistas en sus gafas de marca. Viajeros llegados de muchas partes poco diversas, todos atraídos por el reflejo de algo que no existe y que no es más que su propio reflejo. Legiones de paso con presupuesto diario. Vidas fulgurantes emboscadas por recibos, letras y pagarés. Cretinos robándose a sí mismos algo que contar cuando regresen a la tristeza rutinaria; lo harán sin saber que no han hecho nada que ningún ser inteligente consideraría especial. A los pies de todos ellos está el abanico de manos serviles y castradas, las que giran la rueda que vacía las carteras, siervos amaestrados por los dueños de la mina que mantiene las rentas más pudientes.

Puede que la mentalidad epicúrea propicie en mí distancia sobre todo lo que aquí veo, y que hoy me parece más que ridículo. Puede que esa distancia sea ya mucha, más ahora y habiendo pasado tanto

tiempo desde que formé parte de este tinglado y su «empresa de alcanzar lo supremo en medio de apariencias supremas», como diría el maestro, «ser nada y todo en la espuma de lo inmediato».

A pesar del tiempo transcurrido y la cantidad de escarmientos, las farsas siguen siendo las mismas que la primera vez que nos timaron. Y desde entonces, siempre que vengo hasta este punto y escucho el zumbido del agosto inmortal, me pregunto si tengo algo que decir de cuanto mis fantasmas me hablan.

La muerte de Pinilla me persigue desde el día que dijeron que no había muerto. Y ahora su recuerdo es como una foto antigua que ha absorbido la humedad del fondo de la caja en la que fue guardada, y que sigue allí oculta por el peso de otras cosas tan insignificantes como su propia existencia.

En el bar Monterrey, con coñacs de por medio, el viejo Pescador me dijo que Pinilla estaba muerto y enterrado, y que no quisiera saber más, que dejara de escarbar en la parte trasera de aquellos años, que desistiera de hacer metáforas y de darle la vuelta a las cosas, porque precisamente sus asesinos eran los únicos que no lo habían olvidado. Dijo que era muy probable que siguieran ahí, pendientes de mi palabra, por inofensiva que a mí me pareciera. Y fue entonces cuando me di cuenta de que la exploración de este suceso afloraba entrelíneas en todos los períodos de mi creación narrativa. No me resultó difícil ordenar de manera mental diversas conversaciones con personas ajenas al pueblo y al hecho, y la verdad es que nadie me preguntó nunca el nombre del chaval del que hablaba.

Me pareció tan injusto.

Los que alguna vez lo supieron hace tiempo que lo han olvidado.

Y de la misma manera sucede con Luda Petrova, han pasado por aquí tantas rusas desde que a ella no se la vio más, que nadie está seguro de que la mujer a la que me refiero sea esta o aquella. Y no me explico cómo puede haberse despintado en nadie el recuerdo de sus ojos grises, de su nariz redonda y pequeña, de su pelo leonado cayéndole sobre los hombros descubiertos, morenos y brillantes como puntas de pan blanco. Más cierto es que nadie que la hubiera visto pasear entonces pudo haber pensado nunca que Luda Petrova llegó a este puerto huyendo de una guerra.

Quiere la casualidad que fuera mi deseo escribir una novela bélica, un relato descarnado de horas de fuego de artillería esquilando atalayas y edificios; de clamores temerarios de los fusileros desalmados saliendo de entre el humo, hombres que dejan la vida atrás para lanzarse al asalto de las crestas de los montes. De eso quería escribir, de la capacidad para matar en virtud de la supervivencia, o hasta por una idea, en el peor de los casos.

Ahora tengo la seguridad de que ha sido el destino el que me ha traído hasta este texto. Sé que no es un aterrizaje, ni siquiera de emergencia, es un naufragio irremisible de dos vías. Y puede que no esté tan loco como piensan los que temen que me encare a la verdad que lucha dentro de mí, y que exista una dimensión al antojo de mi inconsciente, el cual lleva obrando en la búsqueda y construcción de esta historia mucho tiempo sin que yo me entere.

Tal vez no sean sueños y sea real el sentimiento que me invita a creer que mi cuerpo cobra otra vida sin que yo lo sepa, y que es ese otro yo quien por sus propios medios ha llegado hasta aquí conmigo a cuestas. Creo que es así, lo creo ahora que estoy despierto, lo pienso después de seguir las pesquisas que él ha recogido en múltiples desconexiones de esta realidad que ocupo ahora mismo, en el instante preciso en el que escribo esto sin tener muy claro si

debo hacerlo. Sin pararme a medir cuánto me juego en ello.

Antes he tenido que llegar a entender a mis fantasmas, que no son míos, sino el de Pinilla y el de Luda Petrova, quienes desde su olvido y hace años me acompañan en todo momento, aunque yo no pueda verlos ni tocarlos. Huyen de la muerte y se manifiestan en el acúfeno que me acecha el tímpano izquierdo, me hablan desde el sonido de sus respiraciones asfixiadas, suyo es el burbujeo agónico que escucho cuando quiero oír mi propia voz, un rumor que intenta salir a la superficie sin ser más que una mentira flotando muerta en la orilla como un despojo de plástico.

2

He servido a muchos amos y he escupido mi imagen en cada momento.

EMIL CIORAN

Siempre quise ser novelista, y lo cierto es que me hice con el oficio a base de esfuerzo egocéntrico y al proponérmelo como una pasión casera, cuando dejé de desearlo de forma idealizada como en la infancia se sueña con ser delantero goleador; al sentirlo como algo alcanzable, como los amantes que se filman teniendo sexo para excitarse al verse después, así empecé a escribir en serio, para masturbarme emocionalmente, de ese modo asumí mi aprendizaje mientras desempeñé cantidad de trabajos que resultaban repulsivos para la vitalidad nihilista que siempre me poseyó. Me deshice de la piel que no era mía a base de invertir tiempo libre en el estudio de infinidad de lecturas y en la elaboración de cientos de textos que acabaron por ser plagios fallidos en lo que a autenticidad se refiere, pero que me ofrecieron autonomía y la posibilidad de estrellarme en cada ensayo. Olvidé a mi familia y me deshice de mis amistades. El trabajo que me mantenía míseramente era lo único que me robaba horas de pensar en lo que había leído o planeara escribir, y solo las justas; poco a poco también les fui robando minutos y concentración a mis jefes, no todo el gasto de tiempo fue a costa de mi vida, varias líneas de producción dirigidas por negreros pusieron lo suyo. De esa manera me entregué a la que era mi vocación real cada vez más, y entre turno y turno lo hice por completo hasta llegar a renunciar durante años a cualquier tipo de trato social que fuera prescindible.

Solo me vieron ocioso en prostíbulos de baja estofa y otros bares

tórridos, y en ninguno de los varios que frecuenté pude gozar de conversaciones más interesantes que las breves charlas que mantuve con las bibliotecarias. El resto de mi vida quedó a expensas de mis ganas de leer y escribir con el mismo amor y cuidado que el que invertí en drogarme mientras lo hacía.

Y en ese universo perdí la cabeza.

Matizo que soy novelista, ya que opino que la palabra escritor se usa hoy en día con demasiada banalidad sin que, para según quién, quepan distinciones entre una eminencia y aquel que ha juntado cuatro líneas. Un escritor es una cosa muy seria y versátil, alguien capaz de cultivar diferentes campos de la literatura. Un escritor o una escritora, claro.

La de novelista es la que menos talento requiere de todas las facetas literarias, también la más innoble; al fin y al cabo, vivimos de alimentar la desdicha y la tragedia a través de un relato que suele ser coherente por lo general, al menos en su registro realista, y que nos vomita la desventura tan propia de la vida. Revelamos cómo se pisan las pocas fisonomías benévolas de la esencia que nombra nuestra raza de primates alfabetizados. Los novelistas nos alimentamos de romper la discreción de las almas, de abrirlas en canal para divulgar los temores y secretos que corren como sabia negra por cada arteria sin distinción de raza o procedencia, sin exclusión de sexo, clase o condición amatoria. Y así morimos en cada pasaje, al catar la sangre envenenada buscando dar cuenta de cómo se guardan pecados en el almacén del recuerdo por mero narcisismo. Desentrañamos de qué manera se usa el arma que mata las voces que deberían dar el alto a la maldad; razonamos la mentira y la culpa que en tantos casos inducen al suicidio, y que a veces debería llevarnos a él solo por una cuestión de justicia emocional.

Ese es nuestro trabajo: hablar de toda esa mierda.

La bondad y el amor benigno también existen, pero no es nada perenne en nadie, son sensaciones pasajeras que duran lo que dura una novela barata. La pasión de la amistad y del sentimiento noble es simple atrezo caduco y falsificado, un conjunto de elementos sintéticos para tergiversar el relato verdadero, el crudo, el que hace daño, el de las falsedades yuxtapuestas en la copia de un cliché, y por extensión sobre el total de imágenes que conforma eso que se llama tejido social, y que en cada contexto de realidad es como el lugar en el que empieza esta historia, un complejo insertado en otro más grande, un bucle dentro de un bucle.

No es la primera vez que hablo de eso en mis novelas. Por esta he decidido ser explícito. Me he propuesto contar la verdad. He contraído esa deuda con los espíritus.

Yo quería escribir un relato que hablara de vicio grotesco y extremo a puerta cerrada, de rayotes de palmo y gruesos como meñiques; de fumadas de opio en pipas largas traídas de Tailandia, de caballo de la periferia inyectado en los tobillos. De eso y de prepucios enrojecidos, de vaginas rebosantes de miel de mil lenguas, de tetas como cabezas y bocas llenas de esperma. De señores a cuatro patas y ampliamente dilatados. Y de mujeres en las que entra el diablo al ser penetradas por dos hombres a la vez. Tampoco eso quedó lejos, puede que lo esté ahora en el tiempo, pero no en el mapa, ni mucho menos en lo certero. Y es posible que no fuera nada excesivamente glamuroso, puro impulso sin lencería fina ni perfume. Mera perversión.

Este texto, que sí cuento sin caer en la desidia del qué dirán ni en el temor al poder de quienes lo protagonizan, se desarrolla en este pueblo del que hablé otras veces y al que ya no reconozco como

propio. Este en el que vivo en la actualidad tras mi retorno, y al que pertenezco por más que quiera desvincularme.

Aunque ya no me sienta de ninguna parte, aquí crecí y no hace tanto; fue en el mismo centro del lugar, donde todavía mantengo gran cantidad de alusiones indemnes. Y quizá mi vivencia no permanezca en la memoria de nadie, jamás rocé la excepcionalidad en nada. Puede que la fuga me haya diluido del fondo retentivo de la villa y sus gentes, de sus plazas y avenidas, y que la invocación de quien fui haya sido intercambiada por la de otra persona de la que ya nada se sabe, igual que han hecho con mis fantasmas.

Para la mayoría soy un forastero. Pero en realidad sigo siendo aquel que se fue y volvió pasadas las décadas para contar frustraciones secretas, amoríos cornudos y cabronadas imperdonables, incluyendo el asesinato. Soy el que habló de los muertos, el hijo de la Negra. El que robó en el estanco y se gastó la plata en putas y cerveza. El que se puso a vender merca para dar la vuelta al mundo y no llegó ni al cabo de la calle. El que se folló a la panadera la noche antes del día de su boda. Sí, ese.

Los que me han olvidado piensan que deserté de esos motivos. Y no están ni cerca de saber algo de mí, porque mi pasado en su ausencia pereció preso en enseñanzas que quedan a años luz de toda su ignorancia. Mientras ellos se miraron el ombligo durante lustros y lustros en los que amasaron fortunas que no sirvieron para nada meritorio, yo dejé la mente en blanco y me hice permeable a toda lógica posible hasta alcanzar la inmunidad moral respecto a cualquier cosa. Además, me hice pobre por deseo propio, por eso no me reconocen, aunque se esmeren, aunque el muestrario prototípico les lance una imagen de quién fui y otra de lo que debería ser ahora, la cual no se corresponde para nada con mi aspecto de saltimbanqui picassiano.

Los villanos desconocen la existencia del perdulario drogadicto de mi alter ego.

En la realidad palpable soy un cínico llenando un disfraz gobernado por alguien que no soy yo, sino una marioneta regida por el ímpetu creativo más egoísta; eso es para mí como para mis vecinos el dinero. Soy un bipolar que los observa y actúa cuando se deja ver en su teatrillo social para no cesar de interpretarlos, de examinar su interior hosco y confuso y así ponerlo al servicio de la narrativa que carga el diablo más aciago; en ella los lapido y en ella me disculpo con la misma frialdad. Yo solo me debo a mis maestros.

Mi empatía por mí mismo es inmodestia, lo sé. Y cualquiera podría pensar que soy un sociópata. No hay que engañarse, lo mío tiene nombre, soy un novelista hijo de puta, el hijo de la Negra, el que escupía en el caldo para las paellas el verano que trabajó en el restaurante de los burgueses. El que hizo la barrena en la pared del vestuario de señoras. Sí, ese, el único que todavía hoy, en este pueblo de conciencia rácana y falso decoro adinerado, se pregunta quién mató a Pinilla y a la rusa. Me lo pregunto porque me fui, de no haberlo hecho los habría olvidado como hicieron todos.

Mi mirada se desparrama en muchos charcos por el ensanche del puerto, donde una vez tuve una casa y un lugar al que volver borracho. Y podría contar la historia de otros, de varios, de tantos accidentados de una colisión múltiple que afectó a una generación entera. Y tiene guasa que de aquella hornada se presentaran a policía algunos de los más tontos, y que lejos de lo impensable todos aprobaran el examen. Ahora vivo en otra zona, en un vecindario de alto standing, en el que creo que no vive ningún policía. Sí bastantes funcionarios de los listos. Los más trepas acabaron en política.

Ninguno de mis vecinos sabe que la casa que habito no es mía, ni que la ocupo gracias a la generosidad de un buen amigo que vive en el extranjero, y al que suplanto como propietario durante los roles vecinales más mundanos. Ese favor lo he ganado con mi trabajo y creatividad, y es en respuesta a la admiración que mi amigo siente por mí, y no por mi persona en sí, sino por las capacidades artísticas que él destaca en ella. A mis vecinos no les doy explicaciones de ningún tipo respecto a quién soy ni qué hago. Y si lo saben o no, me importa poco. La verdad es que viviría en cualquier casa prestada, aunque no fuera tan bien parecida como esta. ¿Qué culpa tengo yo si el excedente inmobiliario de mi amigo está en una urbanización de lujo? El resto de las ofertas de cobijo gratuito que tuve quedaban lejos y eran pisos compartidos o desvanes en barrios de mierda, no tengo más amigos millonarios que me cedan una de sus casas a cambio de nada. De hecho, no tengo más amigos millonarios. Nadie optaría por vivir en una barriada infecta de incultura y sin valores cívicos, menos pudiéndolo hacer aquí, en esta agrupación de clichés ocultos tras sus cristaleras dobles al amparo de los aires acondicionados, internos en sus mentiras como yo en mi disfraz.

A menudo pienso que mis vecinos deben de creer que estoy loco, sobre todo cuando me tumbo en pelotas a fumar en el jardín, abro puertas y ventanas y pongo la música a todo volumen. En este tipo de barrios no es frecuente la exhibición de los placeres como en otros, el qué dirán es algo que aquí preocupa y forma parte de la infelicidad. Y puede que les joda que yo sí sea feliz en mi pompa de drogas y no hacer nada, y que por cosas como esa me miren mal cuando se cruzan conmigo.

Si explico estas interioridades es porque quiero quedarme desnudo antes de empezar a narrar las reservas más oscuras de la gente que vive frente a mí, como hago cuando salgo a drogarme a mi pedazo prestado de jardín.

Y quizá todo sean excusas, y esta empresa forme parte de una

venganza urdida por mi otro yo, algo que nos deben los que mataron a Pinilla y a Luda Petrova, y que no podemos explicar con claridad a no ser que empecemos por el principio.

Pinilla fue detenido un viernes de hace poco más de dos décadas; le fueron incautados treinta gramos de heroína. Se dio a la fuga cuando era trasladado a comisaría y ya no se le volvió a ver. No hubo tormentas que arrastraran su cuerpo, ni a mar abierta ni hasta el puerto; no apareció tirado en cualquier callejón ni dentro de ningún maletero, como algunos dijeron que pasaría. Nadie supo más de él ni aquí en el pueblo ni en la Ciudad.

Pero nada de eso es el principio. Eso es el final.

El principio está ubicado en un bar al que entonces se llamaba «donde los maricones» sin que nadie entreviera ofensa en el apelativo. Era un sitio muy cutre, uno que había aquí. Sí, en este pueblo, en una esquina de la calle Pau Casals con la plaza del Pósito. Aquel bar, por llamarlo de alguna manera, era una casa pequeña que se resumía en un bajo destartalado con un altillo y en él un colchón tiñoso. Allí se podía comprar coca, caballo, anfetas, café turco y ginebra de garrafón, nada más. Era un chiribitil, un fumadero apestoso con aspecto de ultratumba. Hoy ya no existe ni el edificio, le pasa como a mi persona y los fantasmas de Luda y Pinilla, ya nadie lo recuerda, son pocos los que dicen: «¡Hostia! Es verdad, donde los maricones», y tratan de hacer memoria. Y solo alguno de los que estuvieron y sobrevive es capaz de rescatar una silueta sombría, un flechazo de penumbra, un destello de olor rancio a calzón con rodal amarillento, una condensación avinagrada y pútrida de flujos resecos en poros abiertos emanando vapor de heroína.

Hay noches de mi vida que no recuerdo, algunas por voluntad

propia, pero no he borrado ni un instante de la única vez que entré allí: el humo de las platas flotaba blanco y denso, ascendía rizándose hasta rebotar en el techo para después desprenderse deshilachado, ya sin fuerza, casi transparente, y se esfumaba preso por otras bocanadas del mismo aliento negro; cortinas de droga aspirada y devuelta al ambiente tras filtrar su poso enfermo; gente muriendo entre viaje y viaje al interior de sus cerebros desahuciados. Muertos velando a otros muertos sin más amparo que la lobreguez de dos fluorescentes robados en cualquier peluquería.

Me recuerdo a mí mismo al ascender junto al crujido de una escalerilla estrecha de madera carcomida y que era como esas personas: una estructura frágil que ya está rota, aunque no haya caído todavía, y que sigue aguantando el peso por inercia, entregada al crepitar que suena como las toses y las fiebres que algunos padecerán en los meses siguientes.

Se podía intuir el tacto abrasador de los anticuerpos.

Yo era joven, bastante, sin que sirva de disculpa para no haberme dado la vuelta nada más entrar; era de madrugada, buscaba droga, y es probable que dentro del antro fuera más de noche de lo que lo era en la calle.

Se decía que en el altillo de aquel agujero había un mulato uruguayo que pasaba cocaína de primera; sí, uruguayo; yo iba en su busca. Crucé la humareda y la oscuridad, caminé entre varios cuerpos que merodeaban arrullados en más de un grupo mientras se manoseaban y emitían suspiros roncos bajo el acento ligero y lejano de un piano en cuatro por cuatro sobre el que sonaba la voz de Mireille Mathieu cantando «Caruso», y que llegaba a los rincones como un susurro desde una pletina hurtada en la misma peluquería que los portalámparas. Sobre los versos en francés y el fondo de

violines despuntaban sonidos salivados. Un tipo bajo y chupado con aspecto de hambriento goyesco agitó sus ojos ante los míos, le pregunté por el uruguayo, y pareció que su vista fuera el manubrio de una barrera fronteriza; con ella apuntó a los peldaños, que subí sin temor, sin dudar, sin saber qué habitaba en lo alto, sin pensar que trepaba un talud enfangado que derretía mis suelas mezclándolas con los miedos de otros que habían subido y bajado antes que yo con igual ansiedad y descaro.

Ya en el altillo, la escasez de luz era mayor, tan solo había un cirio rojo sobre una mesa. En una esquina del desván encontré sentado al mulato, que me pareció muy flaco, y también muy pálido para ser mulato, su piel era del color del cartón expuesto al sol; sus labios finos, como un trazo de plumilla dibujando una expresión rígida, casi momificada detrás de unas gafas negras. Llegué a dudar que tuviera vida hasta que se movió. En el colchón, alguien retozaba sin pudor a ninguna presencia, y no quise saber ni quiénes ni cómo ni cuántos. Pillé dos gramos de cocaína en un canje que fue rápido y en el que una vez tuve la droga sentí pronto agobio y ganas de salir de allí.

Fue al moverme, al alumbrar la luz del cirio el aura del colchón, cuando desde la nueva perspectiva distinguí a Pinilla, reconocí su pelo corto, lamido y negro como sus ojos, tan negros como la tiniebla en la que se agitaba oculto. Percibí su cara con claridad al echarse hacia atrás mordiéndose el labio bajo y cayendo reo por deserción de los sentidos, tirado con los pantalones y los calzoncillos hechos un barullo en el pliegue de las rodillas, cerrando los párpados para dejarlos bajados como la persiana de una fiesta privada. Estaba entregado al tacto palatino de un tío que le comía la polla, era un chico joven, más que Pinilla, y que levantó la cabeza con lentitud a la vez que dejó ir el pene de su boca: la luz arañada le resbalaba por el perfil babeante, su rostro era redondo y blanquecino, con las mejillas coronadas por un cúmulo de pecas marrones; vi su cabello castaño y grasiento, probablemente del roce de otros machos, los ojos azules y claros poseídos por el caballo. El contorno de sus morros sonrojados relucía en la tiniebla, y por un

segundo pareció hasta relamerse, centellearon sus dientes todavía nuevos, demasiado blancos para aquella cueva llena de cerrazón. El pene de Pinilla también brillaba mojado y duro. El chaval me lanzó un vistazo, entonces lo reconocí, habíamos coincidido en otros locales menos sórdidos; él estaba muy lejos de lo que debería haber sido su rutina de chico busca chico y experiencias sicotrópicas, mucho más lejos que el resto. Mucho más lejos de llegar a pensar en la muerte todavía.

El amante de Pinilla era el hijo de un Señorito de la Ciudad, aunque eso aún no lo supiera nadie; aquel muchacho no respondía al patrón prototípico que debería devolver el recuerdo del niño que fue, aquel que correteaba con su hermano por los embarcaderos del puerto, ambos con su aire de École Française y vestidos iguales, cualquier día de verano antes de salir a navegar con sus padres. Él era el único que entendía lo que Mireille Mathieu decía en la canción que sonaba. Solo él había estado en el golfo de Sorrento.

No regresé nunca a aquella covacha, y cuando volví a ver al hijo menor del Señorito no caí en la cuenta de que se trataba de él; habían pasado más de dos décadas, pero hace un tiempo que lo veo con frecuencia, desde que vine a vivir a la urbanización. No fue hasta hace poco que lo relacioné gracias al comentario casual de un vecino que lo reubicó en mi propio imaginario; pude entonces reconocerlo. Al volver a buscar sus ojos, ya sabiendo de quién se trataba, rememoré la mirada perdida sobre los carrillos blancos y la agrupación de pecas, ahora mucho más juntas y oscuras, el pelo también oscurecido y poblado de canas. Al mirarlo de nuevo con conciencia de su pasado vi los mismos ojos azulosos que vi entonces en llamas ante el extravío, vendidos a la droga. La misma boca regalada a Pinilla. Sin duda era él, y al recordarlo me dio por hacer lo propio con su hermano, y también con los demás. Supongo que su condena es fingirse ajenos a todo esto que explico. La verdad es que me resulta muy poca pena, quizá sea ese el motivo por el que mi alter ego, en coalición con los fantasmas, me obliga a dar fe de ello.

Ahora, ya convencido, mayor miedo que el acto de morir me produce hacerlo sin haber narrado esta historia.

Yo estudié en la Ciudad, esa misma de la que llegaron los Señoritos a este puerto, la urbe que nos queda a veinte kilómetros y de la que somos una especie de satélite. Para el pueblo es mucho más que una capital administrativa, y lo es por algo tan simple como la cercanía, una cuestión de procedencia y destino de demasiadas cosas. Una relación tan vieja como ambos núcleos.

La Ciudad es el dragón de los tripis, y por naturaleza vomita lo más terco y febril de sus adentros; muy a menudo nos vemos alcanzados por la senda de bilis, que es como lava volcánica. Nuestra sociedad diminuta está embrujada por el halo de las luces químicas de la Ciudad, visibles en el horizonte y cobijadas por el bosque de chimeneas y silos, antorchas y balizas que enrojecen el cielo colapsado por la niebla sintética y tras la que parpadea el amasijo empedrado con su laberinto de callejas ancestrales, su muralla, sus ensanches y sus ramblas, su puerto mercante, sus polígonos y su periferia acordonada por desguaces, vías de tren y naves derruidas, esos barrios de Poniente, inválidos y desnutridos, criaderos de delincuencia.

De mi paso por la Ciudad, únicamente son destacables mis años en la Escuela de Arte, donde aprendí casi todo lo que sé de las drogas. Allí fuimos a caer los que no sabíamos hacer nada, eran pocos los que tenían idea de dibujar, pintar o esculpir, pocos, muy pocos. Y menos aún los capaces de pensar.

Solo los artistas fueron libres para medir la tierra con la mirada limpia, y curados del vacío hicieron de su andanza un poema.

Evitaron ser papeles que llevara el aire calle abajo, pertenencias arrastradas por el desborde y su final ineludible. Solo ellos quedaron a salvo de ser lodo endurecido al sol cuando el suelo drenó el agua y afloró el desastre. Solo los artistas. Los demás ardimos entonces y gozamos de hacerlo alrededor de su viveza.

En la Escuela de Arte coincidí con gente del entorno de los hijos de los Señoritos, chicos y chicas que eran la crème de la crème de la metrópoli, algunos de los herederos de la potencia socioeconómica del territorio: cachorros de apellido ilustre criados en casas de tres plantas de la calle Canyelles, querubines consentidos en pisazos de ciento cincuenta metros cuadrados en la Costa del Bou y en chalés de Boscos, al cobijo de tejados de pizarra cantábrica y calefacción a gas, colmados de caprichos en torreones con piscina y casa de invitados, erigidos a pie de playa en Punta de la Mora y en Cala Romana. Niños ricos huyendo de los estudios serios y saltando a la tiniebla asesina de inocencias mientras soñaban ser artistas sufragados por papá. Tras chocar con el mundo quedarán redimidos después de haber dilatado su adolescencia durante algunos años, antes de devolverse cada uno a su lugar en la vida. Y entenderán que no eran tan ricos como ellos creían. Muy pocos comprarán jamás un cuadro por mucho que entonces se sintieran plenos de fe e inspiración alejados de cualquier ciencia explicable, así de vacilantes, así de prostituidos, artistas, al fin y al cabo, aunque lo fueran de forma pasajera. Y más cierto es que una vez repuestos en el mundo testamentario que correspondía a la nueva etapa vital, de nada les sirvió saber quién fue Chagall, no encontraron rédito alguno ni motivación en poder distinguir un Velázquez de un Sorolla. Así de temporal fue su fe humanística.

Los burgueses siempre fueron unos hijos de puta, tanto o más que yo, le pese a quien le pese, pero en cuestiones artísticas hubo cuando eran gente seria, comprometida, entregada a la lectura y al sufragio de la actividad de los artistas coetáneos a ellos. También eso se destruyó en la era del diseño; el mestizaje de clases y el ascenso social delinearon su propio azar dejando de lado el arte y sus valores, revirtiéndose la situación en favor de la ignorancia y

del entretenimiento banal. Ganó el cartón piedra. Hoy en día son más burros y zoquetes cuanto más dinero tienen; cuantas más posibilidades y bienestar poseen su capacidad de pensar es menor, de hecho, ya han dejado de hacerlo. Y pronto dejarán incluso de hablar, usarán máquinas que lo hagan por ellos. En este pueblo, que ahora llaman pequeña ciudad, el progreso económico se expandió con esas mismas carencias e insensibilidades, y afloró una manada de almas sin mente propia y que apenas sabían leer y escribir.

Pero en el mundo que prefabricaron, con saber contar el dinero bastaba.

También iban pobres a la Escuela de Arte, más que ricos, y tampoco a ellos los salvó el arte. El arte solo salvó a los artistas. Los pobres más listos acabaron uniformados en Mercadona, de mozos y cajeras, los tontos en el ayuntamiento, y los demás se hicieron autónomos. Y todos pagan religiosamente la hipoteca, el seguro del coche e intentan hacer ahorro con el que vacacionar en lugares ilusorios y tan entristecidos como este, y como ellos mismos, lugares donde como aquí los camareros y los friegaplatos empezaron a trabajar de niños, y nunca van a ninguna parte.

Pinilla no era diferente del resto de los chiquillos que crecimos en el pueblo dentro de aquella franja temporal, lo hicimos en un período en que las expectativas locales le abrían la puerta a las inversiones burguesas llegadas de la Ciudad y que buscaron reinventarse catalizando nuevos proyectos de negocio en la explotación costera a gran escala, incipiente entonces en estas latitudes. Financiaron restaurantes, construyeron apartamentos y hoteles, y asentaron las bases de un tejido empresarial que durante los años posteriores hasta hoy se desarrollará dedicado en exclusiva al turismo. La oferta y sus vertientes se reprodujeron alrededor de la burbuja como hongos y bacterias en el humedal; y la superpoblación veraniega atrajo a personas de toda condición y procedencia que al acabar la temporada decidieron instalarse aquí indefinidamente, muchos

inmigrantes, la mayoría gente honesta e inofensiva, unidades laborales normalizadas en la pobreza y vendidas a la tiranía pesetera de los nuevos ricos capitalizados por la vieja escuela y su tradicionalismo antojadizo, el cual convirtió la villa en una explotación minera elevando a los locales al cargo de capataces de planta.

La Negra fue náufraga y esclava de esos años; la Negra, de haber naufragado hoy aquí, sería igual de negra que lo era entonces. Y nunca pensé que acabara yo indagando en las miserias de aquellas personas de las que mi madre hablaba asustada cuando volvía a casa después de trabajar, las de aquella familia y las de otras de la misma calaña que habían puesto dinero en tal restaurante y en tal hotel, en una u otra tienda. Puede que ya empezara a forjar esta historia en esos días sin saberlo, siendo niño, en la misma cocina en la que aprendí a leer, donde oía a la Negra hablar de ellos, y cómo le contaba a mi padre sus excesos laborales y su supremacía impune, hablaba de contratos firmados en blanco y de nóminas escritas a mano en una hoja de libreta. Y ahora puedo estar seguro de que nada es casual, que son aquellos mismos hombres que yo imaginaba vestidos de corsarios, raudos y veloces, abordando barcos y apresando tripulaciones, cuando oía a mi madre llamarlos piratas. Mi madre, primero me enseñó a leer, y luego me dijo que sus libros eran míos también, y que esa era mi arma, su legado, mi dinero.

Tuve que vender el piso que heredé de mis padres por un problema con Hacienda surgido a raíz del éxito editorial de mi novela más rentable. Lo único que le quedó a la Negra después de llevar la marca de la suela en la espalda durante tantos años, yo lo perdí sin más por mi poco juicio. Aunque de algún modo eso me permite ser hoy quien soy, desdoblarme y asumir esta empresa habiendo defraudado al porvenir, ahora ya solo puedo perder la vida.

A veces paso por esa calle a la que tantas veces regresé borracho y

drogado. Ahora, en el que fuera mi balcón, suelo fijarme en un hombre que se asoma a fumar en él, lo veo con frecuencia, sé que es autónomo de la construcción, lo sé porque lo he visto ir y venir en una furgoneta pequeña que acostumbra a aparcar frente al bloque, rotulada con su apellido y su teléfono. Siempre que paso por allí miro el edificio con melancolía retrospectiva, puede que entonces no fuera feliz como lo soy ahora, pero me quedaba tanto por vivir. El vecino que vive en mi casa me contempla con recelo precavido y mucha distancia mientras yo redescubro el edificio cada vez que lo miro, de los balcones escapan voces y ruidos que vuelan a la humorada del mistral junto a los pétalos rojos de los geranios. Las casas jalean bulliciosas tras los toldos cuarteados y la fachada de obra vista, casas construidas para los pobres y que una vez liberadas llegaron a costar trescientos mil euros. El aire de la vida y su movimiento me pega en la memoria al ver que ninguno de los vecinos fue entonces mi vecino. Ya no soy de allí. Esa ya no es mi calle y ni siquiera se parece a la que pienso que fue, siento que la perdí como el piso. No reconozco a nadie cuando voy, ni nadie me reconoce a mí, solo el vecino que fuma en mi balcón lo hace; puede que se pregunte qué miro, y que lo haga con asumida sensación de pertenencia sobre el lugar y su productividad, pertenencia sobre la calle que para él se extiende más allá de la furgoneta que lleva su nombre y las esquinas en las que mea su perro.

Rafael Chirbes escribió que en este país jamás hubo clase obrera, que pasamos directamente del campesinado al pequeño empresariado, y eso es lo que sucedió en este puerto en aquellos años de mi juventud y la de Pinilla, sin necesidad de que tuviera que llegar la era dorada del ladrillo, que llegaría sin piedad y con venia de posesión y pernada sobre todo. Pero mayor que esa vorágine fue el descaro con el que se llevó a cabo el expolio humano en estas tierras y ante estos mares. Hubo quien pasó de comer raspas a venderlas. Pasaron de vivir dentro de Los comedores de patatas a zambullirse en A bigger splash, no es de extrañar que algunos no quieran acordarse. Les permito que me olvidaran a mí, y hasta que les sorprenda mi franqueza. Y entiendo que sigan escondiéndose en sus billeteros de piel exótica comprados en viajes a la estratosfera. Pero no consiento que olviden que a Luda Petrova

y a Pinilla los mataron, aunque sus cuerpos no aparecieran nunca, aunque su recuerdo cayera en el olvido fútil y frívolo del día a día, y el de las estaciones con sus temporadas caudalosas y sus overbooking. Todo quedó bajo el paisaje marino, que es como una bandera al viento que ensalza el ego de una tropa atrincherada en su propia tumba. Y son tan vanidosos que callan con la misma falsedad y silencio con la que se exhiben sus posesiones en las postales.

Pinilla era el hijo de un peón de albañil, un hombre, por lo que dicen, flojo en lo que a responsabilidad laboral se refiere, flaco y alcoholizado. La madre era una mujer casi iletrada, sometida emocionalmente al mal carácter de su marido; es posible que también lo estuviera en lo físico, aunque yo no pueda afirmarlo, ya que nadie lo ha hecho fehacientemente. Esa mujer falleció en vida el día que el padre de Pinilla se pegó un tiro en la boca con una escopeta de caza, en el patio de su propia casa, después de tumbarse una botella de Caballero. En una paradoja absurda, la muerte se llevó a la única persona a la que conocía en profundidad, por cruel que hubiera sido su convivencia, y del mismo modo la tomaba la convicción de que ese sentimiento fue recíproco en el difunto mientras estuvo vivo. No pasó lo mismo con Pinilla, que entonces tenía diez años, ni con su hermana, poco mayor que él. Para ellos fue un impacto tremendo, pero la última etapa de la vida de su padre no resultó plácida en cuestión de fraternidad familiar, por lo que, tras la pena inducida más por lo trágico que por lo sentido, encontraron un sosiego hasta entonces desconocido.

Los hermanos Pinilla pasaron muchas horas en la calle cuando eran niños, antes y después de morir su padre. De la hermana se dice que se volvió muy responsable y entendió el reto de hacerse a sí misma. Sé que acabó COU en el instituto, me han dicho que se pagó una carrera haciendo mil horas en cien trabajos de mierda. Y que ahora vive en la Ciudad, que tiene un cargo técnico en una empresa química, y con muy buen sueldo.

La madre de Pinilla vivió el duelo como si fuera un destierro de su existencia, o más bien de la inexistencia de su marido, de la que se distrajo recluyéndose en la soledad, que era lo único que no se le hacía extraño, solo el vacío era reconocible en el nuevo estatus. Recobró la normalidad de ciertas rutinas en las que abordaba un único quehacer: la supervivencia internada en una abstracción sicológica durante la que llegaba a creer que el hombre aún vivía y estaba trabajando, y que volvería después de echar un rato en el bar, y se acostaba queriendo pensar que el rato se había alargado como tantas otras veces, y que dentro de unas horas abriría la puerta a trompicones, encadenando porrazos y traspiés hasta caer dormido en el sofá sin quitarse los zapatos siquiera. Entonces vivían de alquiler en una vivienda de planta baja cerca del Regueral, y que ya no existe; hoy hay un bloque de cuatro pisos con nueve apartamentos y dos áticos. La madre siguió allí varios años malviviendo de la viudedad y haciendo escaleras. Me han dicho que el propietario de la finca, tras recibir la oferta de varios constructores, la presionó tanto como pudo para que se marchara. Al desaparecer su hijo sin dejar rastro y pasar tiempo sin saber de él, tras dejar de buscarlo la policía y encontrándose su hija ya instalada en la Ciudad, la mujer volvió al pueblo sureño del que salió bien joven con su marido, antes de ser madre, antes de fallecer en vida.

La homosexualidad de Pinilla era conocida por todos y tolerada de la misma manera en la medida que a nadie le tocara de cerca, tan cerca como un hijo, un hermano o un sobrino. Estoy convencido de que esa liberación no hubiera sido igual de haber vivido su padre, más en aquellos años de mentalidad obtusa y de moralidades extensibles. Supongo que en esa aceptación transigente se mezcló la lástima por lo del suicidio, y quizá la ruptura en algunos villanos de ciertas integridades al tratarse de un enclave turístico por el que cada verano iba y venía mucha gente tan distinta. La sexualidad de Pinilla, expuesta en público por él mismo ante todos sin pudor ni complejo, se convirtió en una especie de rasgo progresista que a los menos conservadores hacía hasta gracia tener en la villa; total, así, con ese descaro y orgullo solo era uno. Y es posible que de no ser por los temas de droga en los que se involucró, su liberación podría

haber sido incluso un espejo para otros y otras.

Y más cierto es que Pinilla no tuvo muchas relaciones con chicos del pueblo, en eso sí fue como los demás, prefirió la distancia emocional que daban los extranjeros en verano, y el calor oscuro y clandestino de los bares de la Ciudad en invierno. No fue hasta que anduvo muy prendido a la heroína que dejó de lucir todo su ego modélico y avanzado para pasar a dejarse caer con la misma falta de vergüenza en aquel antro en el que yo lo vi en compañía del hijo pequeño del Señorito por primera vez.

3

Aquí aún conservo amigos que, con lo que pueda llegar a rajar de la villa y los villanos, seguirán siéndolo cuando todo esto se sepa. Salvando mis años de ostracismo formativo y en obsequio a mi vocación, soy una persona curiosa y chafardera, eso me obliga a mostrarme abierto y cercano para poder saber cosas; ese menester lo delego por completo y de forma deliberada en mi otro yo, él es mucho más simpático. Gozamos de varias fuentes fiables y curtidas en teoría del rumor, personas que saben acerca de quién es quién y qué se habla desde el puerto hasta los campos, personajes que saben de secretos y singladuras, de pertenencias e ilegitimidades, y de dónde viene cada cual con su fortuna y su miseria. Por supuesto, ellos tienen sus propias fuentes que no acostumbran a citar a menos que les interese, otros iguales, afines y fieles a la misma causa: estudiosos del comportamiento ajeno. Nada que ver conmigo, lo mío es diferente; como he dicho, yo soy un novelista con malas intenciones, cansado de la ficción, dispuesto por fin a contar una historia de verdad.

Del hijo pequeño de la familia de los Señoritos pude saber que se enganchó a la heroína y a Pinilla en una misma espiral de exploración vitalicia. Qué pasó primero es un misterio en la línea de el del huevo y la gallina. Su romance toxicómano fue un chisme que saltó de boca en boca, primero en forma de cuchicheo mínimo farfullado en mesas de restaurantes con mantelería de hilo atendidas por camareros con chaqueta y pajarita. Arrastrado por esa corriente, llegó a los pubs y clubes más exclusivos, tabernas de alto copete con puertas aterciopeladas y acceso restringido para socios. Y desde allí se aireó ya en voz alta y sin prejuicios en la reserva de los tocadores con toallitas de tela rizada unipersonales y espejos con luz violeta. El rumor creció y siguió su curso natural por marismas de gin-tonic y carcajadas varias que solo cesaban ante el turno de esnifar líneas opulentas de cocaína llegada de Panamá en barco privado. En todas las esferas de poder económico de la Ciudad y de

los pueblos de alrededor, se habló de aquel affaire, y no tardó en tomar la calle ni en llegar a este pueblo del que Pinilla era vecino. Y aquel muchacho dejó de ser el chico castaño y pálido, el pecoso gordito de ojos azules al que cada vez se veía con Pinilla en más sitios y por más tiempo, y pasó a ser «el hijo del Señorito». Y puede que ayudara al parloteo el hecho de que su padre tuviera un velero de veinticinco metros de eslora en el Club Náutico del puerto, sí, del de este pueblo, amarrado en esta villa sostenida a los pies de un mar de apariencia calmada y en el que se despliegan dos brazos de hormigón, cada uno con su faro y su luz pertinente, una roja y otra verde, referencias indudables para certificar que se trata de este y no de otro.

Este puerto, en su día, fue pesquero, cuando desapareció Pinilla todavía lo era, hoy quedan cuatro barcas rodeadas de yates. La villa se estira desde la primera línea hacia el casco viejo, lo hace partida por una riera seca con los márgenes ajardinados y que lleva toda la vida ocultando con verdín un cagadero clandestino de perros adiestrados para soltar su mierda ahí, y que es una alegoría cristalina con la que definir el rumbo que nos gobierna como sociedad.

Lo bueno y lo malo de ser de un lugar es reunir una memoria de rincones en los que sabes que sucedieron cosas, y no me refiero al ámbito histórico del núcleo, hablo de la realidad propia de cada metro cuadrado, cosas a veces inconfesables y al recaudo de ese rincón concreto. Hablo de deslices amorosos con mayor o menor sentido, con más o menos cuernos. De aullidos, arrebatos y baños de luna. Y también de atracones extasiados, infartos y otros tropiezos de azar escaso. Y por supuesto, y por más que duela, de violencia flagrante, como puedan ser palizas, violaciones y homicidios. Somos humanidad concentrada y expandida generacionalmente sin remisión con todo lo que conlleva, aunque los concejalillos de turno acudan año tras año a sacar pecho en las ferias de turismo y a mostrar fotos filtradas con el mismo reflejo imaginario que enseñan las postales.

Y la verdad es que nos emancipamos en el umbral de bares con las barras alicatadas y tras las que colgaban cabezas de toro, zorros disecados y pósteres de equipos que fueron momentáneamente inmortales. Crecimos en vacíos carentes de emociones en los que el paraíso estaba tomando cañas viendo un partido de fútbol. Y antes de eso lo dimos todo en cada esprint creyendo que era verdad que los ojeadores de primera visitaban parques y plazas como las que había en estas calles. Luego vino la libertad limitada por la burbuja del mundo prefabricado y su era del diseño: mobiliario de diseño, edificios de diseño, drogas de diseño. Y también nos esnifamos la mentira de que podríamos diseñar nuestras propias vidas y llegar a ser lo que quisiéramos, como pasaba en los ciegos de éxtasis en los que lo lográbamos. No transcurrió mucho tiempo hasta que los muebles se rompieron, y los edificios acabaron vencidos y anegados de humedades, y nuestros proyectos se desmoronaron junto a todo dejándonos a merced de las dentaduras amarillas, los hígados enfermos y las virginidades regaladas en el asiento trasero de un Ford Fiesta. Solo nos queda el orgullo de haber sido la última generación en jugar en solares infectos de jeringas, en las orillas de la vía y en otros parajes igual de destartalados.

En la vía fue donde yo vi por vez primera un muerto, alguien biológicamente muerto. Era un moro, estaba tirado entre el andén y el raíl, delante de la estación, le faltaba un brazo seccionado a la altura del codo y había partes de la cabeza en la que trozos de cerebro se mezclaban con coágulos de sangre y pegotes de pelo arrancado; a bastantes metros por delante de él, en dirección a la curva, estaba una de sus botas y cerca de ella el viento batía un pedazo de camisa prendido a una zarza. Un policía municipal le sacó de un bolsillo una cartera y un juego de llaves justo antes de que los sanitarios voltearan el cuerpo; cuando lo hicieron, los chiquillos nos acercamos a mirar, estábamos a menos de dos metros de la maniobra: en la mitad derecha de la cara se le veían los huesos de la mandíbula y del pómulo, le faltaban casi todos los dientes y tenía las cuencas de los ojos vacías y negras, como quemadas. Esa fue la primera vez que vi la muerte dentro de

alguien.

Aún no había acabado ese mismo verano, cuando una tarde de mistral con oleaje bajo pero muy traicionero vi cómo una lancha de la Cruz Roja sacaba del agua a una niña inglesa, pelirroja, que tenía la carne azul claro como el cielo sereno tras el primer soplo del alba; una infinidad de pecas brillaban mojadas sobre su piel como las últimas estrellas soportando el amanecer de una noche sin luna. Su carne era azul, de un azul lorquiano y frío. Dos socorristas jóvenes y fuertes intentaron reanimarla, venían haciéndolo en la lancha y siguieron en la arena. Durante el masaje cardíaco se le abrieron los ojos, y estaban blancos, no había pupila, no había mirada. No había vida.

El invierno siguiente contemplé el cadáver de mi abuelo expuesto en la pecera de un tanatorio, lo vi a través de un cristal, le habían llenado la boca con algodón y se le notaba en exceso el maquillaje. Mi abuelo era amarillo antes de morir, amarillo y gris, murió cirrótico perdido, pero aquel día tenía mejor color que en el más iluminado de sus días en años. Al mirarlo pensé que no era mi abuelo, que era como un muñeco expuesto en un escaparate. Esa noche soñé que abría los ojos y me llamaba, y que al acercarme me pedía que le encendiera un cigarro; sus ojos estaban vacíos.

He visto tantos muertos después de esos que algunos incluso los he olvidado. Con el tiempo uno se da cuenta de que la muerte es algo que todas las personas llevan dentro estando vivas. La muerte y la vida son dos masas que viajan acumulando peso y velocidad por una paralela errónea hasta que colisionan; la pena y el dolor van de la mano de esa muerte y de esa vida dentro de nosotros, reproduciéndose hasta que todo nuestro interior es podredumbre sicológica y metástasis emocional. Y entonces ya ni la droga sirve.

«¿Y cómo saber si la Tierra no es el infierno de otro planeta?»

En mis paseos veo extraviados en vida pagando pecados a diario, los veo en su mortaja esperando a sus hijos en las puertas de los colegios, guardando cola en las cajas de los supermercados y en las oficinas del banco, los veo apresurados por entrar a trabajar; la obligación es tan mezquina que los mantiene en guardia a cada momento, los hace consumirse mientras divisan su propia desintegración, creen ver su ombligo sin llegar a darse cuenta de que están falleciendo. Los contemplo desbaratados en las barras de los bares, al volante de sus coches y en las marquesinas de los autobuses que los llevan de un matadero a otro. Puedo adivinarlos esperándose a sí mismos mientras pululan perdidos y anémicos de alicientes por ramblas, parques y plazas, todas coronadas por letreros grandes, cargados de la misma responsabilidad que ellos y en los que se lee: «Prohibido jugar al balón», letreros avasalladores que protegen el confort del reguero de terrazas con su despliegue avaro de mesas y entoldados: salas de espera extendidas a la calle; salas de espera para la muerte. Y los niños se quedan quietos, y también con los ojos vacíos beben Fanta y juegan a la pelota en una máquina a la vez que sus padres hablan a través de otra, y todos juntos hacen tiempo mientras aguardan a que no pase nada mientras mueren.

Fuimos la última generación que heredó mitos que convertir en clásicos. Y el mar fue el Támesis en el que se ahogó todo lo que vino después. Después nada, o esto, que es nada, apariencia con la que atravesar la espera, maquillaje de tanatorio.

El Señorito padre falleció hace dos años, octogenario, de una pancreatitis complicada. Imagino que fue expuesto durante algunos días en una urna como la de mi abuelo, supongo que con un envoltorio más noble. Sé que fue enterrado con honores en la catedral de la Ciudad, con esquela y noticia en varios periódicos nacionales. Era un hombre con sobrada influencia política,

empresarial y económica en todo el Estado, eso lo sabe cualquiera que lleve tiempo en la zona; aquí era una especie de soberano con poder total sobre las producciones de frutos secos, sector en el que las empresas de la familia eran las intermediarias exportadoras más grandes de la región, con mayor número de naves peladoras y envasadoras, con mayor número de empleados, de camiones y barcos en ruta. De mi vecino, el que fuera amante de Pinilla, el hijo menor de ese hombre glorioso, sé que desde que se desveló su sexualidad siendo adolescente fue desterrado sin alternativa de la posibilidad de que ni una pizca del poder familiar le fuera transmitido de ninguna manera posible. Sé que en la actualidad es gerente de una de las envasadoras de frutos secos, pero que toda su labor está delegada, su presencia en la nómina es mero formalismo para justificar un sueldo que lo mantenga. En la urbanización lo veo ir y venir, a veces andando y otras en coche, muchas de ellas con otro hombre de su edad y que deduzco que es su pareja, aunque sé que no viven juntos.

A los Señoritos lo de la industria alimenticia les venía de herencia. La familia es originaria de la Ciudad, burgueses muy adinerados, ultracristianos, muy poderosos, que ante el estallido de la Guerra Civil huyeron a Marsella, de donde retornaron en 1940, una vez repuesto el orden nacionalcatolicista que respondía a la naturaleza de su fortuna. Nunca perdieron el vínculo con Marsella, allí también hicieron inversiones que dirigieron desde el edificio del grupo empresarial en el centro de la Ciudad.

Fue en un astillero marsellés, recién estrenada la segunda mitad de los años setenta, donde se armó el barco de papá Señorito, una goleta de dos palos con el casco de madera pintada de blanco y las velas naranjas. El First Lady, nadie en el puerto podría olvidar ese barco con nombre de caballo de carreras.

El viejo tuvo otro hijo, mayor que el gordito pecoso, que también vive en esta urbanización, no muy lejos de su hermano. Ese sí ha

recogido el legado. El hijo mayor del Señorito es licenciado en Administración y Dirección Empresarial, y abrió una asesoría en la Ciudad con una docena de empleados que ofrece servicios de gestión inversionista, jurídica y fiscal. Aparte, es vicepresidente de la junta directiva del grupo alimenticio, el cual espera liderar cuando su tío decida que ya no está en condiciones. Su tío asumió el cargo al morir el viejo.

Él, el hermano mayor, piensa que su tío no está en condiciones, que nunca lo estuvo, y no es el único que lo piensa, lo piensan otros que también piensan que él sí tiene el carácter y las dotes del viejo, que él sí sería un buen director general que devolvería al grupo el esplendor de antaño. Y es su madre, la viuda del viejo, quien más ansía que eso suceda, es ella quien más desea verlo en el despacho principal de las oficinas del edificio central antes de morir. De su hijo pequeño, la vieja no espera nada. Y es cuando menos curioso pensar que quizá sea ella la única que con los años transcurridos no haya asimilado todavía sus propias frustraciones acerca de su homosexualidad.

El hermano mayor es un hombre alto y recio, físicamente mucho más atractivo que el pequeño. Sé que se cuida o que lo intenta, lo he seguido muchos domingos consecutivos, y ocasionalmente lo he visto haciendo running por la urbanización; de la misma manera y puede que con la misma frecuencia, también lo he podido ver comiendo marisco o cordero, y bebiendo vinos y cavas en los restaurantes del puerto. Su pareja, su esposa a pesar de ambos, es sicóloga, una mujer deprimida, insulsa y demacrada que a veces lo acompaña. Él, el mayor de los Señoritos, se dedica a la política desde hace bastante. Su padre financió su carrera en un partido mayoritario, derecha nacionalista dominante (ya saben), y consiguió instalarlo durante dos legislaturas en la concejalía de Gobernación de la Ciudad, un cargo distinguido y de notable compromiso, pero no tan proclive a tocar plata como otras regidurías más discretas y a las que aspiró durante años sin que le fueran asignadas.

Ahora está mucho mejor colocado; salió del ayuntamiento y utilizó un par de secretos para reubicarse: líos de sus compañeros con putas pagadas con las tarjetas del partido en viajes oficiales, con coca y cubalibres a tumba abierta. Gracias a esos secretos, y desde hace unos años, dirige una empresa pública en la que se coordina la gestión de residuos y reciclajes de basuras de los diferentes municipios de la provincia; su cargo está a disposición de un organismo autonómico, es uno de esos puestos en los que él solo pone la cara y saca rédito político para su futuro y el de sus empresas, el trabajo se lo hacen los técnicos mientras él viaja representando su cargo y disfrutando sus consecuencias. Y seguro que se pega sus juergas, pero él no interviene en orgías, en cuestiones de sexo es muy reservado. Los que lo conocen apelan a su instinto sumarísimamente cristiano; sus amigos dicen que es timidez. Sea como sea, da igual, nadie se atrevería a chantajearlo, nadie cuerdo al menos, y en política no hay seres muy inteligentes, pero sí están todos muy cuerdos. Cualquiera en el mundillo sabe que la familia de los Señoritos es capaz de matar si hubiera que hacerlo.

Aunque nadie pueda jurarlo, todos lo saben.

La familia antes de todo.

Del mismo modo que su padre, el hijo mayor tiene amarrado un velero en este puerto y es socio del Club Náutico, al que la familia está vinculada desde que se constituyeran sus primeros estatutos, mediada la década de los setenta, poco antes de llegar el First Lady, nuevo de trinca, a estas aguas desde Marsella.

El First Lady fue vendido pocos meses después de que se celebrara a

bordo la fiesta que conmemoró los veinte años de su botadura.

—Qué gran barco, era precioso. Ya no se hacen veleros como ese. No con tanto cuidado —me dijo el Pescador cuando le pregunté por él—. Sí, hombre, claro que me acuerdo. Todo el mundo se acuerda. Otra cosa es que no interese hablar —añadió con cierta ironía y sin decir nada más, como si en el silencio que siguió a esa frase se justificara por el resto de los silencios que sabía que iba a emitir, y como si la propia frase también formara parte de ese sigilo que a mí me pareció cauto y que fue largo.

Mirábamos el mar rizarse sin descanso desde la rambla de moreras, mirábamos la nada y creo que compartimos la misma ilusión de ver navegar el First Lady, y seguro que, con más nitidez que cualquier otra cosa, en la memoria del Pescador, como en la mía, emergió la figura de Luda Petrova, moviéndose segura y perfecta por el lateral de estribor, de proa a popa. Estoy seguro de que él la recordó en ese instante como la recordé yo, aunque no dijera nada.

4

Cuando era niño vi un documental del desembarco de Normandía. Un señor de edad avanzada daba testimonio de la batalla y de cómo él, en mitad del estruendo de bombas y ráfagas de ametralladora, se quedó quieto y descubierto en medio de la playa, sordo y mudo ante la visión de un cadáver en la orilla con los ojos huecos; contó que el brazo de ese soldado permanecía a flote agitándose con la cadencia de las olas y que creyó que lo llamaba como me llamaba a mí mi abuelo en sueños. Yo quedé absorto viendo aquel programa, como si fuera capaz de entender lo que el hombre decía; el tipo, ya desde la vejez, juró que para él, en la guerra, cada día que pasó fue una vida distinta y, del mismo modo, cada día concluido una muerte de la que renacía para volver a morir. Dijo que el dolor emocional sufrido en todas esas vidas y muertes le era imposible de dejar atrás, que le escocía como verdaderas llagas interiores y que los fantasmas de sus compañeros le hablaban al oído como me hablan a mí los míos.

Nadie puede saber ya cuál es el recuerdo que Luda Petrova guardaba de las columnas de humo sobre Grozni y de los muchos tiroteos sonando a escasas manzanas de ella. Del temblor de los pocos vidrios que quedaron enteros y que cimbraban como el suelo y el aire. Del sonido roto en las pasadas de los cazas y su fuego amigo lleno de fósforo blanco. De los gritos y los llantos, o del silencio ensangrentado de los muertos tirados en la calle.

Nadie lo sabe ya.

Luda pudo haber salido en la primera diáspora de rusos en la que lo hizo su familia, pero se quedó en Grozni, y si lo hizo fue por su Capitán del ejército glorioso, su amo, el que al tercer día de batalla

recibió la orden de resistir con sus líneas de parapetos, con sus dos morteros y su tanqueta, con la nueva patria eslava reinventada y cosida en tres colores sobre el hombro izquierdo, y debía hacerlo con una guarnición de ciento cincuenta soldados poco dispuestos a morir junto a él en el aguante.

Y si es verdad que los días de guerra son como vidas y muertes enteras, allí las vivió todas juntas Luda Petrova, una detrás de otra, en la trastienda de un almacén confiscado y reconvertido en puesto de mando de un destacamento que aguantó las primeras ofensivas por la toma de Grozni, situado al este del centro y obligado por orden ministerial a defender un paso sobre el Sunzha. Transcurrieron seis días que fueron seis eternidades con ella guarecida en una rebotica, oculta con el único futuro de las visitas de su Capitán, quien descuidaba el combate para internarse a su lado, a castigarla en una realidad creada al margen de la guerra. Puede que Luda Petrova aún recordara el sabor avinagrado de la comida enlatada; el tacto áspero del jergón desnudo relleno de lana, mojado por la pesadez de su piel y la proximidad del río. Quizá no hubiera olvidado el olor amargo de su propio deseo más allá de los límites del amor conocido por ella hasta ese momento. Se dejó ir en sensaciones crudas que parecían estar al otro lado de su voluntad, pero de las que no podía evadirse. Se regaló a aquel hombre y fue su prisionera.

Y más allá de la puerta de aquella trastienda opaca, la presencia de Luda Petrova dejó de ser un secreto a los pocos minutos de llegar ella, algo que todo el mundo supo, pero a lo que nadie le dio demasiada importancia, pues era una más de las tantas licencias de los oficiales del ejército glorioso; una más en otra guerra.

La noche del sexto día, centenares de milicianos chechenos habían cruzado el río y ofrecían fuego firme de fusilería y lanzagranadas; había grupos con vehículos en la orilla oeste montando posiciones artilleras. Todas las calles cercanas quedaron cerradas en pocas

horas con vehículos volcados y milicias apilando sacos terreros tras ellos. Luda Petrova fue detenida por los chechenos junto al resto de la tropa. A ella la mantuvieron apartada del regimiento en compañía de otras mujeres. El Capitán consiguió negociar una salida para su esclava sexual, a la que hizo pasar por una secretaria de intendencia administrativa, colocándola en la lista de un convoy de civiles que abandonó Grozni la primera mañana de un alto el fuego que duró diez días.

Luda salió de Chechenia en tren desde Stávropol, con destino a Moscú, donde su familia llevaba tres meses esperándola. Dejó atrás las llanuras a las que llegaron sus antepasados hacía cien años. Al atravesar las vastas plantaciones de perales y manzanos en Vorónezh, se sintió como una Katiusha moderna, vencida, sin ritmo vivo ni euforia, con el tono tenue, sin coros ni palmas cosacas; sin nada más que lo puesto, ni dinero ni comida, ni una bolsa vacía siquiera, solo una botella de agua. No sabía si estaba bien o no lo que había sucedido, no era consciente de si era aquello lo que realmente quería cuando asintió a ello, al sufrimiento tirano y doloroso, al placer cargado de una realidad que solo ella debía comprender, pero no era capaz. No le habló nunca a nadie de sus días allí, entre los brazos fuertes y tatuados del Capitán, que en apariencia podría haber sido su padre, y por edad su abuelo, y que acabó confinado por unos meses en un campo de prisioneros checheno con el sueño pleno del sabor de la piel de Luda Petrova.

Aquí en el pueblo, en la tarde de ese mismo día y mientras todo eso pasaba, por el puerto iba el Buruba montado en su Yamaha 250. Era usual verlo ir de un lado al otro con la correa de la cámara colgada del hombro, las gafas negras y el pelo cano prematuro azotado por el aire de la velocidad. El Buruba llegaba a todas partes buscando algo que retratar con su vista daltónica, algo que meter en su réflex de segunda mano. Es posible que el Buruba fuera de las pocas personas del pueblo capaces de saber con seguridad dónde estaba Chechenia; vio las imágenes de la tregua esa misma mañana en la televisión, las de las colas de rusos saliendo de Grozni entre el humo y la escolta de hombres armados, y por un rato se dejó llevar

por la pasión de las noticias imaginándose a sí mismo al volante de su motocicleta mimetizado en esas calles, con el objetivo en ristre y el dedo en el pulsador, al acecho de un momento de vida en el linde de lo caduco. Se imaginó inmerso en atajos que lo condujeron por callejones y fuegos cruzados, saltando de parapeto en parapeto como si fuera Pérez Reverte.

Fue el Buruba, meses después de aquel día, al siguiente verano, el primero en hacerle una foto a la rusa, el primero en pararla por la calle para robarle un instante a su hermosura. Fue él, que era incapaz de distinguir el rojo del verde, ni del rosa, ni del naranja, y puede que por eso vistiera siempre de negro. Él, que veía demasiadas cosas y colores grises como sus pelos. Pero nunca había retratado nada que lo impresionara tanto como el gris que brillaba dentro de aquellos ojos.

Al Buruba lo conocí en la Escuela de Arte. Era un tipo peculiar por su ropa negra y su pelo blanco por completo. No fuimos íntimos, y no me consta que se drogara, no al menos sin límites como hacíamos la mayoría. Decidí visitarlo y hablarle de la rusa. Quería volver a ver a Luda Petrova, y estaba seguro de que el fotógrafo guardaría alguna foto de ella. Sé que me mintió cuando me dijo que no tenía ninguna en la que se la viera en primer plano, lo supe entonces y no le dije nada, ya que él fue la única persona que no fingió la falta de su recuerdo. Es más, habló sin recato de ella y de los Señoritos, me contó que una vez lo contrataron para hacer un reportaje fotográfico del mismísimo First Lady, en la boat party que conmemoró los veinte años de su botadura. Dijo que no lo dejaron subir a bordo, que lo contrató el hermano mayor para hacer fotos desde diferentes ubicaciones durante la salida y la entrada a puerto. Y que en el barco iba otro fotógrafo que él no conocía.

El Buruba hablaba de espaldas a mí subido en un taburete, respondía a mis preguntas a la vez que buscaba las supuestas fotos del barco entre decenas de carpetas y archivadores. Al observarlo

pensé en lo poco que el tiempo lo había mellado, vi su pelo blanco y su figura delgada haciendo equilibrios ante la librería de haya clara que abarcaba de suelo a techo; y no estuve del todo seguro de si era demasiado joven ahora, o demasiado viejo entonces; y me ocupó una ilusión en la que me invitaba a introducirme con él en las estanterías y buceábamos en las fotos a través de los años como si fueran camarotes de un pecio marino. Y en mitad de mis imaginaciones reviví la estampa del Buruba con su moto de aquí para allá a cualquier hora, y su pasión por fotografiar albores y ocasos, siempre en blanco y negro. La sala era un estudio amplio y las paredes estaban llenas de imágenes enmarcadas de amaneceres y crepúsculos con infinidad de grises. Al contemplar algunas de las fotografías, muchas reproducidas en gran formato, pensé en el daltonismo del Buruba, en cómo debió de ser para él la visión cromática de ese colorido solar manando o muriendo, cómo se manifestó la propia realidad del cielo en el momento exacto de su captura; yo lo suponía anaranjado, rojizo o violáceo, pero ¿cómo lo imaginaría él?, ¿qué colores habría visto? ¿Cómo de difusa sería su realidad respecto a ellos? ¿Cómo de gris era su recuerdo?

—Sabía que estaban aquí porque a veces pongo orden, aunque no lo parezca —comentó al encontrar por fin las fotos.

En ese momento me superó el vértigo, y creció al ver al Buruba avanzar con un sobre marrón, grande, y que me pareció intacto para llevar más de veinte años rodando por aquellos estantes. De pronto, dejé de imaginar cosas y traté de concentrarme. Sentí cómo los fantasmas de Luda Petrova y Pinilla se asomaban a mi propia expectación como a un mirador; pude notar su peso en los hombros, y otra vez me sobrevino el acúfeno en el oído izquierdo. Fue como si mi estómago descendiera una sima marítima. Y también mi otro yo salió del letargo incorporándose para recibir las fotos. Fue él quien se frotó las manos, y yo sentí algo que cerró el puño dentro de mi vientre y que luego empujó hacia arriba tratando de emerger de mi interior. Pensé que podría vomitar si aquella sensación persistía. La rememoro ahora, al escribir su circunstancia, al narrar su vivencia, y tengo que detenerme a tomar respiro.

El Buruba desplegó la solapa del sobre, que era más bien un paquete, y por la obertura sacó un pliego grueso de fotos sin dejar de caminar hacia la mesa en la que yo estaba sentado. Al alcanzar mi posición las lanzó como los periodistas de las películas lanzan las pruebas, y todas juntas se deslizaron sobre el tablero y se detuvieron delante de mí.

Allí estaba el First Lady, pude volver a contemplar su casco limpio, sus velas de cuchillo rebanando el horizonte. Eran en blanco y negro, como todo lo que fotografiaba el Buruba: en ellas se veía la cubierta llena de gente, decenas de personas se apoyaban en las barandillas, había guirnaldas intrincadas en los tirantes de ambos palos colgando de uno a otro por los laterales de la nave. La ausencia de color hacía que parecieran de una época incluso más antigua. Al mirarlas con detenimiento aprecié mucho más cerca los fantasmas de Luda y Pinilla, noté cómo ellos también escudriñaban las caras desenfocadas buscando alguna conocida. También el Buruba interpretó los latidos múltiples que se aceleraban dentro de mí, y señaló una figura que estaba de perfil; posó el índice en la foto que yo miraba: «Esta es la rusa», aseveró como si me diera un respiro. Y no lo dudé en absoluto, pero más cierto es que aquella mujer lejana podría ser cualquiera, igual que pasaba en los recuerdos. Salía en otras, pero en todas con la misma distancia que en esa y con el rostro difuso, inserto en un barullo que hacía sus rasgos irreconocibles. No pasaba igual con el porte que su figura encarnaba, su efigie lucía un brillo que la distinguía del resto de las sombras inconcretas. Era ella. Sí, lo era.

Luda Petrova vivió unos meses en Moscú al llegar de Grozni, con su familia, al amparo del Gobierno y reubicados en pisos de factura reciente, de corte escueto y muy comunista, en el distrito Sur, junto a otros exiliados chechenos de origen ruso, la mayoría de etnia blanca, ortodoxos recién confesados y todos nuevos liberales que antaño fueron grandes defensores del modelo soviético, cuando eran los amos del Caspio, la clase noble del Maracaibo del Este, la

élite del socialismo oxidado. El padre de Luda la convenció para que aceptara el puesto que una operadora de servicios vacacionales recién instaurada le ofertaba aquí, en este puerto; lo hacía por compromiso de una amistad de su padre y por los conocimientos de español que Luda tenía por haberlo estudiado en Grozni durante seis años. Con esa excusa y la de su belleza aterrizó la rusa entre nosotros. Y llegó cuando era otra vez verano.

Al caer las noches de ese verano nuevo, del interior de los bares se escapaba la risa del Dúmper, ancha y grave, ronca y ruda, una carcajada que era un terremoto que hacía temblar sillas y mesas, un alarido jocoso que salía por las cristaleras como si fuera una riada y tomaba la calle expandiéndose por ella desde el altavoz de sus pulmones hasta el agua del mar. El Dúmper era un tío alto y fondón como su bramido enérgico, tenía la cara cuadrada y el pelo fino, la nariz prominente y gorda, y la boca grande de dientes grandes y que más allá de ellos guardaban un agujero hondo que se abría para dejar ir risotadas que despuntaban del resto de las voces, músicas y ruidos varios de taberna a reventar. Tenía los brazos más largos de lo normal, llegándole las manos a la parte baja del cuádriceps, manos de palmas amplias como explanadas que se estiraban por sus dedos y falanges gruesas y duras; todo él era grueso y duro. El Dúmper vendía cocaína y pastillas, y arrastraba sus movimientos desgarbados de barra en barra, hasta acabar en la de Level-0, donde no amanecía nunca. Allí, en la penumbra, guardaron cola muchos de los que terminaron aprobando los exámenes para policía, y fueron bastantes los que volvieron ya con gorra, chapa y cartuchera.

Hacía años que el Dúmper no se preocupaba más que de su rutina taciturna de camellito de jueves a domingo, pero aquel verano en el que Luda Petrova llegó, el Dúmper descubrió una sensación que no había experimentado nunca: sintió de cerca la posibilidad de vivir otro nivel gracias a algo que se asemejaba a la empatía con el hijo mayor del Señorito, nada realmente extraordinario, una relación entre cliente y camello que trasciende un poco más allá de lo estrictamente mercantil: un par de copas y unas algazaras, «Ji, ji, ja, ja, pide lo que quieras y no te vayas que ahora vengo», ese tipo de

convergencias que había podido palpar con otros cientos de clientes, pero nunca de semejante talla, no tan distinguidos. Él no había sido jamás un camello de alta esfera, ese ambiente siempre le cayó lejano, quizá porque no se sintiera a gusto teniendo que traicionar su talante hosco y las maneras barriobajeras, pero en la mesa del Señorito sí se sentía cómodo, y a veces hasta importante. Tan importante como el poder que le daba la bolsa de la coca que llevaba siempre encima.

Aquel verano, al Dúmper empezamos a echarlo de menos algunas noches de viernes, en el bar Monterrey, por donde dejó paulatinamente de parar; se las pasaba enteras en el Barlovento, entregado a las risas en una ubicación privilegiada en la mesa del Señorito, con su voz extendida y sus carcajeos potentes, poniendo muchas rondas por la cara.

El Dúmper, como los demás, se fijó pronto en Luda Petrova, y la miró con malicia, y cada vez que lo hizo pensó en lo mucho que le gustaría seguirla, lo pensó cada vez que la veía pasar hacia el lavabo en el Barlovento. Pensó en cuánto le gustaría seguirla y atrancar la puerta para ponerla de espaldas, de pie, y aplastar sus sudores contra ella; y subirle la falda por encima de las nalgas; y penetrarla con las bragas puestas, y manosearle los pechos a la vez; y tirarle del pelo hasta echarle la cara hacia atrás y besarla; y sentirla derramarse notándolo a él muy adentro. Pensaba en eso el Dúmper mientras la observaba con distancia y disimulo. Y eso fue algo que siguió agazapado en sus deseos y ensoñaciones durante muchas noches de aquel verano. Lo siguió pensando incluso al acostarse con la Sicóloga, que no se parecía en absoluto a la rusa. Pero el Dúmper era lo suficiente despierto y espabilado como para ver que la sensualidad de Luda Petrova afloraba con una fiebre igual a la suya en el Señorito. Un calor que intuyó todo el mundo, incluida la propia rusa, y que aumentaría hasta poseerlo en los meses siguientes, entregándose a ella del mismo modo que su hermano pequeño se entregaría por completo a Pinilla.

El Dúmper también llegó de la Ciudad, de los barrios de Poniente, donde todavía malvive hoy en casa de su madre. Lo del Dúmper ya no es vida.

El Dúmper llegó de un lugar alejado de cualquier cosa que merezca la pena y con las mejores vistas a la petroquímica que la Ciudad ofrece: un paraje de textura abrupta y el colorido de un vertedero, un conjunto de bloques repletos de lumpen y que forman rectángulos encarados a plazas de baldosas rajadas y ennegrecidas. Y allí, hoy, ahora, durante la franja horaria que levanta las sobremesas, se sacuden manteles desde ventanas y balcones, y llueven a mansalva migas y otros desperdicios: envoltorios, cáscaras de huevo, pieles, huesos, corchos; y gritos sin vergüenza que saludan al vecindario con alegría y de igual manera son devueltos a viva voz, sin que en ninguno de los bandos exista reproche en el hecho de arrojar la basura por las ventanas. Los despojos pasan a rodar por la plaza sin llegar a salir nunca de ella, ennegreciendo hasta diluirse por el sumidero formado en las rajas de las losas, siendo una metáfora perfecta para definir la verdad del barrio, que no es más que una grieta en el solado de la Ciudad, y sus habitantes un amasijo de negrura desapareciendo por él. Lo es ahora como lo fue entonces, algo al margen de la urbe, un quiste como todo lo que queda más allá de los puentes del Francolí.

El Dúmper creció en ese sitio en el que chiquitos de doce años asomaban la cabeza al interior perfumado de los coches de los niños ricos del centro que acudían al barrio a comprar hachís, pastillas y cocaína. Yo rondé ese lugar con frecuencia, también para comprar droga, cómo no. Fue durante mis años de estudiante en la Escuela de Arte. Y bien seguro que también lo rondó Pinilla en busca de jaco, y puede que el hijo pequeño del Señorito lo acompañara alguna vez, seguro que sí, que camparon veloces entre las hogueras.

De Poniente recuerdo su luz amarillenta enlatada bajo la nube perpetua de las chimeneas químicas; y guardo imágenes enteras de

la noche encendiéndose y cómo salían las putas de los portales, algunas muy jóvenes, guapas y lozanas como la vida que pasaba ante ellas encarnada en el gato negro de Los Suaves; recuerdo su caminar seguro a instalarse en el ramal de la autovía que llevaba al polígono, por el que accedían los vehículos y transitaban despacio con los cristales a medio bajar, siempre controlados con recelo por los chulos guarecidos en la sombra, y por los ojos de campana al servicio de los amos de la droga. Los coches circulaban entre las fogatas expandiendo el reflejo del fuego en sus chapas de color metalizado, esquivando otros coches y otros destellos, dando volantazos entre las manadas de submundo politoxicómano y sexualidad viciada que se desplazaba a pie. Allí todo se movía lento, como en una digestión cargada de MDMA. Solo los yonquis que iban a pillar caballo se movían con prisa, y más cierto es que a ningún otro lugar hubieran ido corriendo.

En días grises y en noches nubladas, las fábricas circundantes y la petroquímica gasean con más tiro, eso también sigue siendo así hoy en día; en Poniente todo es igual que en aquel tiempo, en el entorno nada ha cambiado desde entonces, por mucho que pinten las fachadas de los bloques y abran centros cívicos, el mal está dentro de cada estructura, son como la escalera del fumadero.

Distinguí al Dúmper en una de las fotos del barco que el Buruba me mostró; reconocí su pose de primate, se le veía bien, estaba hablando con otro hombre, parecía sostener una copa en una mano y la otra le colgaba grande y muy abajo pegada al cuerpo. Pensé en él durante algunos segundos y en lo poco que le costó calzarse los náuticos y relacionarse entre pasarelas, fingers y cubiertas de teca calafateada. Recuerdo que el Dúmper fantaseó con la posibilidad de cumplir sus sueños de dedicarse a las estructuras de hormigón después de alguna de aquellas fiestas. Lo sé porque habló de ello una de las pocas noches de aquel verano que volvió a parar en el bar Monterrey; fue la noche en la que nos enseñó su coche nuevo, que era de segunda mano, un Opel Calibra que compró a un amigo del Señorito.

Al Buruba no le dije nada del Dúmper, seguí el consejo de mis fantasmas, que me hablaron a través del acúfeno y apelaron a la certeza de que quizá nadie supiera que seguía vivo; ellos me dijeron que el Buruba no me había dicho toda la verdad, insistían en que guardaba algo. E interpreté ese conocimiento como una posible ventaja.

—¿Y este quién es? —le pregunté al fotógrafo al avanzar el visionado de las fotos y encontrar en ellas la figura repetida de otro tipo con pinta de luchador rudo, un hombre muy recio, moreno de pelo rizado y bastante alto, con bigote y gafas grandes y oscuras, vestido con traje negro, y que de todas las personas que salían en el lateral del barco, foto tras foto, era él el único a quien se le veía la cara con nitidez total entre las gafas y el mostacho.

El Buruba me miró durante una milésima de segundo y luego entornó los ojos tuve la sensación de que se ruborizaba.

—El guardaespaldas —afirmó sin demasiado ánimo, fingiendo no saber más de él.

No quise presionarlo. Supe que volvería a visitarlo y que para cuando lo hiciera traería razones más concretas que el susurro de los espíritus.

Regresé al puerto, a la rambla de moreras, a sentarme otra vez en los bancos junto a la fuente y ante el mar en compañía del Pescador, y allí mismo, sin rodeo alguno, le pregunté por el guardaespaldas de los Señoritos. El hombre chiscó la lengua en el paladar, y lanzó uno de sus silencios largos, puso al frente los ojos

donde el sol caía como un plomo sobre toda la extensión de agua y creando un infinito de centellas que se arrastraban mecidas por el oleaje leve. El mistral batía y tensaba una senyera en un mástil en la cima del edificio de la lonja, y de pronto cesó, dando la sensación de que el propio viento se hubiera parado a escuchar.

—Tuvieron varios. Supongo que te refieres al Harki —matizó el Pescador, sin divagar, al volver del silencio y mirándome como si supiera qué buscaba yo en aquellas aguas.

Por su boca pude saber de ese hombre enigmático con bigote y traje oscuro, el que en las fotos del Buruba miraba a la cámara con recelo sin que las gafas permitieran ver sus ojos; en esos retratos se podía intuir la punción de su vista en la distancia tras el cristal negro, como si el resto flotara en el efluvio festivo al son de una música y él restara quieto retratando al Buruba solo con la retina, sin aparejo.

Ese hombre, que respondía al apodo de el Harki, era francés de ascendencia argelina: en su más temprana juventud sirvió a la patria francesa como combatiente en la guerra de Argelia. Al parecer, el padre de los Señoritos lo recogió en el puerto de Marsella, a mediados de los años setenta, donde el tipo se ganaba la vida con el contrabando de mercancías, haciendo sabotajes y encargándose del cobro de deudas para pequeños grupos de mafiosos con los que, la mayoría de las veces, acababa cayendo en un conflicto de intereses.

El padre de los Señoritos lo contrató a través de un tercero con la finalidad inicial de incendiar un almacén agrícola en Les Borges Blanques, y así cobrar el seguro de diez cubas de aceite de oliva, que en realidad serían de palma. Aquella acción cometida en 1975 sería la primera de una serie de actividades delictivas que

consolidaría una relación criminal que iba a durar décadas, llegando incluso a trascender generacionalmente.

Puede que en el tiempo en que el Buruba tomó aquella foto, el Harki fuera realmente un guardaespaldas, y que entonces, con el padre de los Señoritos ya consolidado en todo su esplendor como magnate, las labores del argelino se limitaran a la seguridad de la familia; y que, en consecuencia, atrás quedara su amplio historial delictivo. Según he podido saber, el alto sueldo que llegó a cobrar se debía a cuanto callaba, más que a sus dotes protectoras, ya que su virtud era absolutamente la contraria. El argelino era dañino por naturaleza.

El padre de los Señoritos heredó la dirección del imperio en un momento difícil, a mediados de aquellos años setenta, aunque él no tuviera entonces lucidez sobre ello. El viejo había crecido con total plenitud de privilegios y posibilidades en una coyuntura en la que las empresas se manejaron prácticamente solas gracias al establishment nacionalcatolicista, garantizado a sangre y fuego por el franquismo, y que la familia aprovechó desde su regreso de Marsella, en 1940.

El grupo alimenticio de los Señoritos abarcaba el derroche económico de un linaje centenario que, en 1975, poseía campos, fincas y masías a lo largo y ancho del territorio catalán, así como varias naves, casas y edificios en la Ciudad. Sus propias producciones de almendra y avellana abastecían las plantas de envasado de fruto seco en los polígonos, así como las uvas que se exprimían en las bodegas y embotelladoras de vino y vermú, a las afueras de la urbe. Tenían arrendados diversos olivares cuya producción se refinaba en una planta de nueva factura, también suya, sita en un desvío de la carretera que une este pueblo y la Ciudad. Aparte, compraban al precio que ellos fijaran gran porcentaje de toda la recogida agrícola de fruta y verdura de temporada en doscientos kilómetros a la redonda, los doce meses

del año. Y el total de esas mercancías eran transportadas, por tierra y mar a todo el mundo, a través de sus propias empresas de exportación. El lobby de los Señoritos, ese 1975, era el mayor grupo alimenticio de todo el Estado español. Y aquel hombre, el viejo, que había estudiado en Zúrich y en Londres, que hablaba cuatro idiomas, cuya vida hasta entonces había sido habilitada con el propósito de liderar la familia y su devenir con la mayor solvencia posible, ocupó su lugar al frente de las empresas, y lo hizo con expectativas de ampliar los lindes, soñaba con una cadena de supermercados moderna, como las de Francia. Creyó tanto en sus posibilidades que en un astillero marsellés ordenó la construcción del First Lady, que fue armado con relativa calma debido a la demora de algunos pagos, ya que al padre de los Señoritos la realidad le cayó encima con la sencillez con la que se acaban los días, y en un lance que a él le pareció un pestañeo se le hizo de noche.

El gran problema del grupo alimenticio fue la determinación y el arrojo de los payeses con la caída del franquismo: vino un tiempo en el que, cuando en los campos los Señoritos bajaban del Mercedes, ya no había pleitesía, miradas gachas ni culos apretados, sino fango y pecheras tan crecidas como sudadas, y callos candentes y riñonadas maltrechas. Los precios de la producción ya no los iba a fijar ningún burgués criado con chacha, tata y cocineras, jardín y garaje. Ya no.

En los campos propios deberían permitir la sindicalización de los campesinos que trabajaran para ellos si estos así lo deseaban, y en las plantas de pelado y en las envasadoras, igual. Y hasta se previó la llegada temprana de un día en el que iban a tener que pagar también la Seguridad Social del séquito de chachas, tatas y cocineras, de jardineros y chóferes. Se acabó el trabajo por comida de los siervos recogidos de la calle. Y eso no era todo: asesores y abogados pronosticaban un incremento considerable de los impuestos en los años siguientes, no solo en el ámbito laboral y mercantil, también por todos los bienes inmuebles, incluidas, por supuesto, las tierras de cultivo. Como digo, se les vino la noche de

manera irremisible, con toda su cerrazón. Y no es que quedaran desamparados, con tanto como tenían, pero para ellos, y sobre todo para el viejo de los Señoritos, la reorganización empresarial sugerida por los asesores significaba pérdida de patrimonio, una pérdida inmensa, cosa que no había sucedido en siglos; la historia de la estirpe no conocía la regresión, no sin que hubiera guerras de por medio.

Aun con todo y por cojones, acabó de pagar el barco y lo botó contra viento y marea inmerso en la tiniebla de esa noche que duró años, y que ese hombre navegó con los arrestos con los que se navega una tormenta.

El poco tiempo pasado por la familia en Marsella durante la Guerra Civil ofreció un puente de negocio que cristalizó en una pequeña sucursal del ramo exportador del grupo en tierra francesa.

Y fue un empresario francés, en aquel tiempo, quien le sugirió al viejo dilatar hasta el último momento una negociación en la que estaba en conflicto por el precio de un tonelaje de olivas, para al final, una vez agotada la posibilidad de venta por el cierre del mercado, no comprarlo. Debía falsear una factura por una partida de aceitunas inexistentes con la que justificaría ante el seguro la pérdida acaecida en el incendio que debía provocar en el lugar donde se hiciera el almacenaje del aceite derivado de esas olivas fantasma, que en realidad sería aceite de palma y muchos menos litros del que se aseguraría que hirvió en el incendio. Al Señorito padre le pareció un plan brillante, ya que, si bien perdía los beneficios, ahorraba costes y convertía en dinero limpio la ganancia del seguro, además de dar una lección a los campesinos sublevados a su orden y condiciones, y que a riesgo de comerse la producción entera acabaron por venderla más barata de lo que el grupo ofrecía en un inicio.

Fue el mismo empresario marsellés quien recomendó al Harki para ese asunto, y el argelino dispuso, a cuenta del Señorito, de las condiciones necesarias para llevar a cabo el fraude.

El Pescador habló poco del Harki. Sí me orientó en algo, y a razón de sus indicaciones acabé reuniéndome con un grupo de brókeres, otros exportadores de fruta seca de la Ciudad, todos vejestorios jubilados ricamente que tuvieron pequeñas correderías, ninguna al nivel de negocio del grupo de los Señoritos, aquellos abuelos no anduvieron ni cerca, pero tampoco vayan a pensar que les fue mal. Puede que sea porque tuvieran claro que no iban a contarme nada que no supiera todo el mundo, por lo que accedieron a conversar conmigo sin reparo aparente, aunque sí con tono moderado y en una mesa apartada.

Fue una mañana de primavera en el restaurante del Club de Tenis, en una terraza con vistas a la pista central; ellos eran cinco hombres, el más joven tenía setenta años, y todos coincidieron en que hasta aquel primer incendio la familia había actuado siempre ajustada a la legalidad, sin necesidad de salir del halo criminal que la propia ley les garantizaba en aquel tiempo, claro. Esos hombres me aseguraron que los Señoritos nunca habían utilizado ese tipo de tácticas. Y que allí comenzó todo, en la nave de Les Borges, y que la debacle coincidió con el inicio de la consolidación de Unió de Pagesos en el territorio. De alguna manera, a pesar de que todos reprobaron los métodos, hablaron de la familia de los Señoritos con melancolía, como si fueran los Kennedy, y los cinco señalaron, sin que cupiera duda, al viejo como responsable de la deriva hacia el crimen, para acabar exculpándolo con divagaciones de escaso argumento, entendiéndose que vivieron toda su vida deseando ser como esa familia y haber querido cuanto ellos poseyeron para las suyas. Y en sus excusas pensé en sus propios secretos, seguro que los hubo en esa persecución, seguro que los hay. Y los miré con desprecio, los vi allí arrugados en la vejez de su vanidad cómoda salvando los muebles de un mito enterrado en el silencio de sus vasallos.

A ellos también los intuí como ladrones y criminales, como impostores en un esplendor colorido como en un Carnaval de Max Beckmann, pobres descalzos disfrazados de ricos danzando sin preocupación, con las barrigas saciadas por un día con las sobras de una cena mundana, con los gaznates tibios de vino de mesa y de licor de garrafón. Así los imaginé, trepas, pelotas y aprovechados.

Ellos, ese grupo de viejos, y otros iguales de diferentes gremios, encarnaron la nube elitista que se formó en torno a los clanes burgueses como el de los Señoritos en todos y cada uno de los diferentes sectores económicos del territorio; ellos y otros como ellos mismos preservaron y defendieron su poder dando un paso al frente, o hacia arriba más bien, y fueron testigos mudos del expolio humano a cambio de las sobras y el disfraz. Y mantienen hoy el silencio con naturalidad y, con la discreción pertinente, lo guardan junto a su vejez, y esa lealtad los llevará a ellos mismos de la mano y también en silencio cuando enfilen la camilla de la urna que los exponga antes de entrar en la tumba vestidos con el traje negro que espera enfundado en el interior de un armario. El resto lo dejan a buen recaudo, en anotaciones que contienen las claves de las cajas fuertes y los dígitos de las cuentas bancarias, y su maldad cae en el olvido de sus hijos y nietos a los que amamantaron con todas sus posibilidades garantizando el relevo de la élite y sus extensiones. Y tras décadas de trabajo lo han conseguido una vez más, han colocado otra generación al frente, aunque de esta no han calculado su prefabricación.

«Eso son rumores», defendió uno de los viejos con ahínco cuando hablé de homicidio.

El Señorito padre supo desde el principio que no podía andar quemando almacenes a todas horas por muy bien que se le diera al Harki, que pasó de vivir en una buhardilla cutre en Saint Charles a

hacerlo como un bon vivant en un ático céntrico con muy buenas vistas. Así que, después de aquella primera vez, papá eligió bien qué quemaba o fingía quemar, y sobre todo, cómo gestionaba la titularidad de las empresas propietarias de aquello que ardía. La operación fue repetida con éxito dos veces más, la última en el centro de la Ciudad, en noviembre de 1976, de la que hay registros de prensa. Dicen que mientras eso pasaba, la cúpula familiar brindaba con champán y kilos de langosta en un restaurante de lujo en Marsella.

Después, o a continuación, qué más da, el viejo encontró un filón en el truco del reemplazo de las cargas extraviadas. Fue el Harki quien propuso un nuevo patrón; el argelino, además de mercenario fiel de día y bon vivant de noche, seguía siendo lobo de mar, y él mismo propuso el hundimiento de barcos, ejercicio que ya había llevado a cabo en Francia para hombres igual de escrupulosos que su nuevo jefe. También pude deducir, por algunos comentarios de los viejos, que más allá del crimen y el gusto por el dinero, y sin dejar cada uno de ellos en ningún momento la senda y la conciencia de clase, el mar actuó como elemento conciliador entre ambos. Quiero pensar que, en el medio marino y alejados de la costa, se acortaron las diferencias entre ellos, creo probable que acercaran su humanidad y abandonaran los roles sociales que los separaban en tierra. «El senyoret el respectava molt, al Harki. Es van fer amics. Entre ells sempre parlaven en francès», aseveró uno de los viejos, desbocando mi imaginación.

Y fue entonces cuando pensé por primera vez en un posible paralelismo entre la relación que unía a aquellos dos lobos y la amistad que mantuvo su hijo mayor con el Dúmper. Y de la misma manera, divagué en cómo pudo unir el destino a Pinilla y al hijo menor. En cómo la alta esfera revira hasta alcanzar y fundirse con el estrato cero, a veces de manera irrevocable.

La estafa de los barcos era mucho más jugosa y difícil de demostrar,

por no decir imposible, aunque sí requería de mayor infraestructura e inversión. Se llevó a cabo un mínimo de once ocasiones, que yo haya podido constatar en el Registro de Incidencias en la Capitanía del Puerto de la Ciudad, entre 1977 y 1983, siete de ellas en el mar Mediterráneo y cuatro en el océano Atlántico.

Consistía en la compra de un barco de cabotaje que estuviera para desguace y que pudiera flotar mínimamente, por lo que se registraba con pabellón de cualquier país de Centroamérica o de África; la nave era adquirida por una empresa transportista creada para la ocasión, una para cada hundimiento, igual que la aseguradora contratada. De esas empresas, el grupo tenía una participación mínima que le permitiera acumular tonelaje. En el barco se cargaban toneladas de almendras, avellanas, nueces y aceite, y ponía, por lo general, rumbo a Libia (es el destino más repetido). En un punto intermedio en alta mar, con cuatro mil metros de profundidad bajo el casco, esa embarcación se detenía y era alcanzada por otro barco a sueldo del grupo y en buen estado, uno con grúa, en el que viajaba el Harki, y al que era trasladada toda la carga. Después se emitía una señal de SOS por radio que el barco recién cargado fingía atender y acudir al rescate de la tripulación, y se procedía a la rotura de los grifos de fondo en la sentina y de los desagües de los lavabos (esa era la labor del Harki), y cuatro horas después la nave entera desaparecía de la superficie.

El seguro debía cubrir la carga sellada por el aduanero en el puerto de la Ciudad, y daba igual que hubiera dudas respecto a la fiabilidad del naufragio porque ninguna aseguradora pagaría la cantidad de dinero que podía llegar a costar descender a cuatro mil metros para comprobarlo. También cobraban el seguro del Ministerio de Comercio por la carga extraviada, y aquellos portes, a pesar de haber quedado supuestamente hundidos, podían acumularse como tonelaje declarado para la subvención que correspondiera al volumen de producto patrio exportado. Y por supuesto, la carga rescatada era reintroducida en el mercado legal.

La solvencia y la impunidad con la que lo llevaban a cabo era tal que repitieron la jugada cada pocos meses. En la acumulación de tonelaje para el cobro de subvenciones también sacaron buenas tajadas empaquetando cáscara de avellana y de almendra que declaraban en aduana como si fuera fruto entero, y que luego tiraban por la borda a mar abierto.

Meses después de aquella conversación con los brókeres jubilados en el Club de Tenis, pude saber que ellos colaboraron turnándose como testaferros de algunas de esas empresas a cambio de dinero, y que utilizaron la Confederación de Empresas Exportadoras de la Ciudad, también subvencionada con dinero público, para materializar las acciones y blanquear capital. De eso no hablaron, claro. Pero, como lo supe, debo decirlo. Porque ya he entendido mi compromiso de aprovechar las pequeñas grietas que la ficción me deja para contar la verdad.

Y puede que todos los delitos por los que no fueron juzgados hayan prescrito, seguro que sí. Y más seguro es que entonces empecé a tener muy claro que también iban a prescribir los crímenes, los homicidios, y que indagarlos no iba a servir más que para reafirmar la presencia de mis fantasmas en mí, y puede que la única justicia que iban a recibir fuera eso, mi interés. Por eso lo escribo.

Fue un guardia civil retirado quien me confirmó que el Harki seguía vivo, y según dijo, poco a poco se fue desvinculando del trato directo con la familia de los Señoritos para ir buscándosela por su cuenta. El picoleto me contó que es ya un hombre bastante mayor, y que no tuvo familia, que vive con unos de los que dice que son sus sobrinos, en una finca cerca del Delta. Y que había amasado una fortuna, siempre con el mar como elemento vehicular, durante bastante tiempo con las descargas de hachís. Y que ahora tiene una empresa que se encarga de la recogida de desechos y basuras en el mar, y también de la colocación y el retiro de las boyas y marcas de señalización náuticas para la temporada de verano en toda la

provincia. Y sin que sea casualidad, esa concesión se otorga y renueva desde el despacho correspondiente al cargo político que en la actualidad ocupa el hijo mayor del Señorito.

Hay deudas eternas.

5

Tras la entrevista con los intermediarios de fruta seca, y de una enésima charla con el Pescador, empecé a sufrir un interés insaciable por el motivo de la venta del First Lady. Pude averiguar con facilidad que se hizo efectiva pocos meses después de aquella fiesta del aniversario número veinte, a finales de ese mismo verano en el que llegó Luda Petrova, y gozando todavía de buena salud el padre de los Señoritos. La transacción está sellada, la nave aparece en dos índices: en un folio de la lista sexta del Registro Mercantil de Buques del Distrito Marítimo de la Ciudad, donde figura un ciudadano francés como comprador, y en un apunte del Censo de Matrículas Marítimas, en el que consta como: «Dada de baja por traspaso y solicitud para el enarbolado de otra bandera», literal; documentos fechados ambos el mismo día.

Desde ese instante, al tener una fecha, habité en la necesidad de saber cuánto tuvieron que ver los hijos en dicha venta. ¿Qué tipo de desencanto cabría esperar para deshacerse de un bien tan querido y celebrado como lo era el barco?

Hablé con un hombre que capitaneó el First Lady algún verano, y que aseguró que al viejo le gustaba gobernarlo él, y que hubo muchos años en los que no llegó a contratar marinería, con el Harki se bastaba para ir adonde fuera. Pero, según me contó ese marinero, los hijos empezaron a abusar de su libertad para abordarlo, dijo que lo usaban como si fuera un coche; peor aún, como si fuera un garaje: ocupándolo como punto de reunión sin propósito de salir en él, sin llegar a encender siquiera el motor. Y que en consecuencia de un par de sesiones perdularias que acabaron en los oídos del viejo en forma de rumores acerca de drogas duras y orgías sin miramiento, decidió venderlo antes de que hubiera desperfectos serios o sucesos graves.

En la persecución de la carnalidad de mis fantasmas acudía todos los domingos al Club Náutico a observar al hermano mayor, asomado con toda su herencia a la barandilla que mira al este; a ver cómo contempla a su hija surcar el mar en un Optimist, cómo la ve navegar y de manera mental va dictando de memoria la trazada correcta, la que corresponde al viento imperante. Eso es así todos los domingos; y de forma paralela y difusa, cuando lo espío, imagino que vive dentro de él el miedo a que se subleven los secretos que guarda el agua sobre la que flota la niña, las infamias del apellido, los secretos del abuelo, también suyos y de su hermano.

Y cualquier persona que hubiera visto a ese hombre mirar el mar, sabiendo lo que yo sabía, habría podido tener la seguridad de que los huesos tangibles de mis muertos estaban ahí abajo, mezclados con la basura que la empresa del Harki repesca y almacena para volverla a arrojar pasado el verano. Están ahí, seguro, con la escoria que no aflora, junto a todo lo que quedó adherido al lecho.

Ahí están ofuscados en lo más profundo del olvido criando mejillones.

La Sicóloga también mira el horizonte, igual que él, ve a su hija manejar la vela, y puede que, al sentirla demasiado lejos, vuelva a llenarse de la ruina descorazonada que le propicia darse cuenta de lo mucho que se equivocó al creer que encumbraba la vida, hace tanto tiempo ya.

Menuda decepción.

Con lo que le costó que él se fijara en ella. Siempre con la rusa encima.

Puede que cada cierto tiempo piense en el día en el que a Luda Petrova se la tragó la tierra, puede que sí. Quizá ahora sepa que no fue feliz entonces, con todo el empeño que puso tras la ausencia ampliamente comentada. Fue una ofensiva a la orden de cumplir deseos que asimiló con la fe que otorga la posibilidad de hacer realidad los sueños. Sé que ahora sabe que la felicidad no es eso que ella sintió, me lo han dicho los que la critican con celo, que no está segura de si se le parece, porque es consciente de que no tiene con qué compararlo. Sé que todo lo que la encarna y la arropa es desidia, sus huesos están tan muertos como los de los espíritus que a mí me escoltan, y la materia que los cubre se atrinchera en una especie de hipnosis magnética y subsiste de manera ilusoria intacta detrás del maquillaje; creo que si despertase de ella no quedaría más que una masa casi líquida de descomposición odiosa y repugnante.

Qué ingenua se aprecia en la distancia con el tiempo en el que estuvo viva y se esnifó los sueños. Qué boba. Qué desencantada.

Se halla estúpida cuando se atreve a recordarse. No encuentra sonrisas en la memoria, si las hay o las hubo, son tan escasas y quietas que en el recuerdo tienen la brevedad de un fotograma, lo demás es un plano negro.

También ella contempla a su hija sobre el oleaje, la ve empequeñecer bajo la amplitud del cielo. Después de tres abortos, esa niña es el mamparo que le impide encharcarse el alma y los pulmones, es la jaula que la libra de arrojar su cuerpo desde cualquier balcón.

De no haber nacido la niña, hace ya nueve años, se hubiera suicidado.

Observo a la Sicóloga cada domingo con la misma prudencia que lo miro a él, los examino con incertidumbre, esperando sorprenderme, que quepa en ellos la magia de la ficción. Los miro e intento repartirme como si la inmensidad de una pantalla de cine me obligara a menear la cabeza de un lado al otro para interpretar un diálogo gestual. En esa anchura se hubiera cortado ella las venas de no haber nacido la niña, habría saltado a un abismo así de grande.

Los miro como si fueran un partido de tenis, los alterno en mis ojos y cato su miseria antes de dársela de comer a mis fantasmas, también a partes iguales, siento el compromiso de alimentarlos como a siervos fieles. A ellos solo les queda esto. Lo demás ha prescrito. Y contarlo es justicia.

La niña y su barquita cada vez están más alejadas al acecho de la estela del monitor, la barca de la cría deja un surco ligero que es como su propia existencia, fino y leve, difuso y fugaz, igual que las ganas de vivir de su madre.

La niña piensa que su mamá no es normal, que no es como las de sus amigas. Su padre le ha dicho que mamá está enferma, pero ella lo ha oído a él gritarle «loca de mierda», «que estás chiflada», «puta loca», infinidad de veces. La niña cree que sabe lo que eso significa, y es lo suficientemente lista como para cavilar por sí sola que esa es la enfermedad que su padre dice que su madre padece. Es demasiado niña para entender nada acerca de la locura, de ninguna que no implique saltar y bailar, y reír hasta perder la cabeza. Papá sí es capaz de esas cosas, papá es capaz de hacerla volar. De hacer

regalos extraordinarios. Papá lo consigue todo para ella. Puede que para mamá ya no, pero para ella: «Lo que tú quieras cuando tú quieras», siempre se lo dice.

Para la niña, el Señorito es Supermán.

La Sicóloga nunca se asoma a la barandilla del este, se queda sentada delante de un café con leche que humea algunos minutos largos, y del que no bebe hasta que su hija sale del vestuario, ya duchada después de sacar el barco del agua y endulzarlo, lista para subir al Q7 y volver a casa, o ir a comer algo en el puerto; para ellos siempre hay mesa, todavía no ha llegado el tiempo socioeconómico que cambie eso.

Hasta que la cría no sale, ella no bebe del café que lleva horas helado ante su parsimonia. Permanece allí quieta sobre una silla de la terraza acristalada del Barlovento. Ha tenido que desvanecerse y analizar su pena como si fuera la de otra persona, responder a quién es y qué quiere, y al hacerlo captar la verdad de que descansa en la parte trasera de un varadero desposeída como un barco de desguace, por y para siempre, atravesada en un camino como una vaca muerta. Su propio diagnóstico concluye que no hay más remedio que el adiós, que será una suerte de eutanasia.

Será cuando la niña haya crecido lo suficiente. De manera irónica, se consume a sotavento.

Será inevitable.

La Sicóloga tiene todo lo que siempre pensó que deseaba, eso y más,

pero nunca entró en sus planes no saber disfrutarlo. Jamás creyó que existiera tanta vaciedad. Ahora solo disimula ante sus padres: a ellos les dice que todo está bien y que disfruten de sus posibilidades, con ellos saca fuerza para parecer incólume mientras los mantiene alejados, en el apartamento del Sur, y les ingresa un dinerito cada mes. Les manda a la niña una semana al año. Esa semana la pasa fatal.

Lejos de la niña no vive.

La Sicóloga divisa el latido marino concentrada en el punto sobre el infinito azul que es en ese momento la barca de su hija, y parece que esté pensando en la ligadura de supervivencia que para ella significa su futuro. Lejos de la niña, tan lejos como está en ese instante a mar abierto, nada ha merecido la pena. Nada ha sido de verdad.

A la Sicóloga nunca le gustó el mar, ni los barcos; aunque dijera muchas veces que sí. Dijo que sí a tantas cosas, tantas veces; se autoimpuso tanto para acabar en la nada que ya no está segura de que verbalizado por ella existan diferencias entre sí y no. Ya no sabe qué es la voluntad propia.

El mar le da miedo, eso sí lo sabe, es de las pocas cosas a las que puede asentir sin dudar. Eso y que su marido ya no le produce sensaciones. Él es todo lo que le pasa.

Hasta poco antes de caer en depresión tenía un buen trabajo como adjunta de la directora de un centro de salud mental dependiente de la Generalitat, puesto para el que fue designada a dedo gracias al poder del viejo. Pero ahora es capaz de comprender el agobio que suponía deberle nada a aquel hombre. La humilla recordar que ni

siquiera eligió su profesión, estudiar Sicología fue como asumir otra mentira más de tantas como dijo en el afán de ser lo que no fue, la consecuencia de una estupidez enorme y que tuvo lugar durante una de sus primeras veladas en la Casa Grande: unas semanas después de casarse dijo que se había matriculado para estudiar Sicología, sin ser cierto. Y lo dijo por no tener qué decir, acongojada por toda la inseguridad que el suelo de mármol le transmitía, inseguridad que la familia ratificaba provocando en ella temblores y vahídos a cada uno de los segundos que el gran reloj de péndulo daba sobre la chimenea del salón haciendo temblar el suelo, los crucifijos de las paredes y los utensilios de azuzar el fuego con su mango impoluto de nácar.

Pudo haber dicho cualquier cosa, pero eso fue lo que dijo, y la poca convicción con la que lo hizo originó que tuviera que cumplirlo, bastaron las miradas que recibió y el silencio en el que los viejos nadaron varios segundos, en los que solo se la oyó a ella tragar saliva y el tictac del gran reloj; acto seguido surgieron cientos de preguntas a tenor de la mentira, y que la Sicóloga, sin serlo todavía, lidió como pudo sin dar síntomas claros de traicionar la verdad, ya que tras las puertas de cualquiera de las muchas propiedades de la familia siempre le temblaron la voz y las piernas. Cayó prisionera de sus palabras burlonas, que rápido, al uso de la tradición del linaje, se convirtieron en un deber ineludible.

No era la primera vez que mentía, ni mucho menos, y a cada pulsación sonora que el reloj enorme daba y con el que cimbraban el atizador de la chimenea, los crucifijos y hasta la alfombra persa, a cada segundo de vida marcada y compartida con ellos sentía la obligación de añadir un futuro o una virtud loable como poco. Más después de desaparecer la rusa. Más después de aquel verano, cuando al llegar el otoño dijo la primera gran mentira; lo demás hasta ese día fue paja. El punto de inflexión que marcó su vida fue decir que estaba embarazada del hermano mayor. La segunda fue simular el aborto de ese embarazo ficticio, aunque para entonces ya estaba concertada la boda, muy a pesar de los que acabaron siendo sus suegros.

La verdad es que después de entrevistar a varios testigos del inicio de la relación entre el Señorito y la Sicóloga, me obligo a engañarme y pensar que sí existió en ese hombre un espacio efímero de tiempo en el que se manifestaron sensaciones definibles como amor, aunque fuera un sentimiento volátil con el que se abrazó a la esperanza de seguir hacia delante. Imagino que estuvo enamorado, aunque fuera por cinco minutos. Dicen que él se dejó llevar sin pensar en su estirpe ni mucho menos en la de ella. Y que de alguna manera cayó en un acto de rebeldía derivado de su vida implantada en el derroche, las drogas y la impunidad moral. Y que encontró en la Sicóloga un escape en el que todos coinciden que él estaba en tránsito hacia una vida más seria.

Luego vinieron dos décadas de desierto con su sed y sus espejismos, y en ese tiempo tres abortos reales, tan reales como sus ganas de parir, tan de verdad como los sueños que tuvo y en los que grandes mentiras bien trabadas podían engendrar hijos. Sueños que hicieron de la vida una pesadilla.

Con el cuarto embarazo, que fue el quinto en lo oficial, nació la niña, por fin. De no haber ido bien esa vez le habrían extirpado la matriz.

El alumbramiento de la niña fue lo que ella esperó como el alivio de la familia, el gran acontecimiento, el futuro asegurado, la sangre extendida, el pedazo de carne que la convertía en uno de ellos. Pero se equivocó en la interpretación de lo que había pasado. El nacimiento se celebró con toda la ilusión y parafernalia que el suceso merecía en una casa de tan alto rango. Por supuesto que fue así. Y de la misma manera se alabó el esfuerzo de la madre, aunque le dejaron claro que no había hecho nada que no hubieran hecho otras señoras en épocas anteriores. Ese parto no concluyó su misión ni distrajo alguno de sus deberes. Entonces empezó el adeudo de su

mala salud engendradora, los comentarios de la vieja respecto a su edad, y el reproche constante de lo mucho que esperaba tener un nieto.

Le hicieron sentir tan mal en tantas circunstancias y contextos, sobre todo la vieja, que casi cupo en ella incluso parte de la culpa por la homosexualidad del hermano pequeño.

La Sicóloga preferiría que se hubiera muerto la vieja antes que el viejo, aunque sabe que él fue quien más ahínco y persistencia puso en que acabara la puta carrera y le diera un nieto varón, como si realmente se le demandara ese sacrificio para poder pisar con solvencia aquella casa y recibir el beneplácito para sentarse y sentirse guarecida en la grandeza de la mesa de cerezo centenario larga y labrada. Un sacrificio que duró años y que solo cumplió en el ámbito lectivo. El patriarca murió sin nieto.

Cierto es que al viejo ella nunca le gustó ni un poquito siquiera, no solo la consideraba vulgar, que lo era y mucho para la aspiración de su sangre casi azul, sino que adivinaba en los gestos dubitativos y temerosos toda la voluntad de atrapar a su hijo. Para la vieja la percepción no era diferente, y seguro que ahora sigue siendo igual, pero nada insalvable si se mostraba sumisa, recatada y fiel como una buena cristiana. «Al menos es de aquí, no como la rusa de antes», se dijo la vieja, y por supuesto nada comparable con ser maricón, como sucede con su hijo menor, al que considera de otro planeta. A la vieja esa sexualidad la inquieta más que nada en el mundo. Más que el asesinato.

Y fuera como fuera, para los viejos, la que acabó por ser su nuera, siendo de las peores opciones, resultó mejor que haberse quedado con Luda Petrova. Así de sencillo y pragmático. Fue un velo. Un punto y aparte.

En ese vacío de realidad, en ese contraste de desencuentros comencé a plantearme si debía hablar con la Sicóloga, buscar un factor o cualquier excusa con el que pararme ante ella, sentarme delante de su café y mirarla a los ojos para pedirle la verdad, aun no estando seguro de que la guardara. Hubo un día que, al estar observándola, se quitó por un momento las gafas de sol, y busqué su mirada llegando incluso a moverme con descaro para ello; al encontrarla vi lo que en otras ocasiones en los ojos de otros muchos muertos en vida.

Desde esa vez, y ahora mismo sobre el teclado, sin miedo al desvelo del todo o la nada, les digo que el matrimonio del hijo mayor y la Sicóloga fue una maniobra que le convino a la familia para crear un cobijo de calma respecto a una adversidad enorme.

Ahora sé de cierto, y lo anticipo porque como novelista soy un hijo de puta bastante honesto, que, en otras circunstancias, de no haber existido y cohabitado Luda Petrova en la vida de los Señoritos, a la Sicóloga le hubieran cortado las alas desde el principio. Y puedo dar fe, a estas alturas más que nunca, de que si no lo hicieron fue porque después de asesinar a Luda Petrova y a Pinilla, aun con todo su poder, no pudieron permitirse revuelos durante mucho tiempo. Ni uno. De alguna manera el linaje y la casta murieron con ellos, con mis fantasmas.

A los Señoritos, después de aquel verano solo les quedó el dinero.

Yo, desde un rincón del Barlovento, miro a esa mujer con desconfianza, y palpo su textura inmóvil, y la recuerdo allí en el mismo punto en el que yace ahora, la recuerdo veinte años antes, embelesada entonces por el Señorito, empezando a morir por él,

luchando por un pedazo de visibilidad contra la magnitud y omnipresencia de la rusa.

Algunos sí supieron que, mientras duró el calor de aquel solsticio, los egos fogosos y no correspondidos del Dúmper y la Sicóloga hallaron esquinas lúgubres en las que arrimarse, sintiéndose ella entonces ya profundamente enamorada del Señorito sin que este le prestara la mínima atención ante el eclipse de Luda Petrova, por la que el Dúmper andaba arrebatado y cuya belleza a él le resultaba de lo más pornográfica; aun así, no se permitía hacer visibles esos impulsos por no disgustar al nuevo amigo, y puede que sabedor de lo inalcanzable de la chica para él. Ambos, el Dúmper y la Sicóloga, tropezaron abstractamente como unidades representativas de las clases pobres brindando en la penumbra de una cantina sin miedo al amanecer y su jornada. Así se amaron, desfogándose como si se consolaran, y se dieron rienda suelta el uno al otro con la excusa de repelerse, para que no volviera a pasar, aunque pasara a menudo; para confundir al virus de sí mismos; se amaron como si fueran familia, en esa clandestinidad y secreto, sin decírselo a nadie, procurando que no se supiera, quizá por miedo a traicionar futuros mejores que creyeron posibles, sobre todo ella. Y si quisiera acordarse de algo sabría que en un amorío prolongado y sin tapujos con el Dúmper tampoco hubiera sido feliz, seguro que no, por no ser rica, pero sí menos infeliz. Eso afirman mis fantasmas y les creo. Ellos me susurran cómo se daba sentones y se desvivía en cada orgasmo, plena de la hombría del Dúmper, fuerte y gruesa como sus manos y su voz, como sus pulsiones tocándola y diciéndole obscenidades al oído, y que a ella la volvían loca. Eso me cuentan mis fantasmas en el eco del acúfeno: me juran que ambos perdían la cabeza por el sexo del otro como almas que convoca el vicio; me dicen que de aquellos que supieron lo suyo, ninguno dijo nada, nadie le dio importancia hasta que la Sicóloga empezó a salir con el Señorito, entonces sí brotó el cotilleo, justo cuando ella se olvidó de él, o al menos lo fingió, como todo, como el embarazo que por respeto calló los rumores. Cuando empezó a salir con el Señorito miraba a la puerta del Barlovento cada vez que se abría, esperando no ver entrar ni al Dúmper ni a la rusa.

La Sicóloga ya no piensa en él ni para masturbarse.

Ya no se masturba. Nunca.

Ahora solo la niña ocupa su actividad mental al margen de la pena catatónica, lo demás en su rutina es una parálisis como la del Dúmper. Aunque es posible que no supiera nunca que él se estrelló con su coche y que lleva veinte años en una cama; ahora mismo está en casa de su madre en Poniente, tan inmóvil como lo está ella, igual de varado en el tiempo.

El Dúmper solo pestañea y mueve levemente la boca para babear o cuando su madre lo ceba. No habla ni entiende nada de lo que le dicen, le quitaron toda la dentadura para evitar infecciones. Solo come papilla, sopa y yogures. Después de cada comida su madre mueve la cama con un mando a distancia y baja unos grados la parte alta del somier y el colchón, y le coloca dos cojines detrás de la cabeza antes de ponerle la tele con el volumen al noventa, por si le da por gritar. Sus manos, que eran como explanadas, ahora son cortafuegos emboscados, han quedado contraídas y se muestran tercas con los dedos hechos rizos sobre sí mismos, prietos y retorcidos. Su voz es un lamento ronco que rebuzna cuando tiene hambre o cuando mea o caga en la bolsa de plástico, y en ese rugido da la sensación de quedar a gusto. Dicen las vecinas que cuando más grita es cuando acumula mucha tensión sexual, y entonces su madre llama a la vecina del segundo, que por veinte euros le hace una paja; eso sigue tan intacto como el barrio, lo único que al Dúmper le sigue funcionando bien, después de permanecer veinte años quieto, es la polla, capaz de erguirse igual de gruesa y dura que siempre, aunque la Sicóloga ya no la recuerde. Quiero pensar que es precisamente el recuerdo del sexo con ella lo que mantiene ese fervor en su entrepierna, esa vileza, ese mástil sobre la superficie que navega contra la tetraplejia. Me exijo creer

que él sí la recuerda, necesito pensarlo, y asumir que puede ser que también recuerde a Luda Petrova, quizá él sepa qué le pasó a la rusa, aunque no sea capaz de explicármelo ni captar nada de lo que yo le dije.

Me gusta pensar que es posible, por eso he estado visitándolo a él también con frecuencia de una vez por semana, por si tenía algo que decir, por si me recordaba, por si cupiera en él algo que contar.

Cuando iba a verlo me sentaba en una silla que colocaba su madre al lado de la cama. Por lo general yo acudía bastante bebido y fumado, y solía desviar la mirada hacia la televisión acuciado de vergüenza mientras ella hablaba. La mujer siempre me agradeció el hecho de estar ahí, y en cada visita confirmó que yo era el único amigo que le quedaba a su hijo, para después certificar con la voz encogida que hubo alguno que vino a verlo al principio, pero durante pocas semanas, «y mira que tenía amigos, a miles, los tenía», aseveraba asentando visita a visita una especie de ritual para mi presencia, un protocolo que se repetía cada vez que iba a su casa. Luego traía un café que yo siempre aceptaba. «Lo habían llamado para un trabajo importante, iba a una entrevista cuando tuvo el accidente», me decía la mujer una y otra vez, después de darme el café, completando la ceremonia. Y salía de la habitación sin volver a ella hasta que yo me marchara.

Cuando me quedaba a solas con el Dúmper, le cogía la mano, sé que eso lo tranquiliza, le preguntaba por la rusa y por la Sicóloga, repetía sus nombres una vez tras otra, y el de los bares a los que fuimos, le hablaba del barco, del pueblo y de Pinilla. Y solo a él le confesé mi intención de escribir un libro. En ocasiones, sin levantar la voz para que no me oyera su madre, le enseñaba una bolsa de coca y una piedra de chocolate, por si así se restauraba en él el raciocinio. Cuando yo hacía eso, él me ponía los ojos encima por un segundo, detenido un instante como si fuera capaz de pensar lo que fuera a decir, pero solo era un segundo, a veces ni eso, y emitía un

ronquido animal a la par que separaba el labio inferior, evadiéndose para enfocar de nuevo el televisor y sumergirse en las imágenes que saltaban con la gama de rojos muy subida, igual que el volumen. Y daba igual que le preguntara por su pasado o por las musarañas, que me hiciera una raya para mí y otra para él que me acababa metiendo yo, no se inmutaba más allá de mirarme con la vista perdida como la de una bestia de granja, con las comisuras de la boca repletas de babas blancas. Era igual que hiciera aquello o lo otro, a todo respondía con un berrido que nunca mostró un solo gesto que diera a entender comprensión. Nunca se mantuvo atento a nada de lo que le dijera por más que yo lo intenté.

Al bar Monterrey bajábamos todos los viernes al anochecer. Hoy sigue abierto y solo ha cambiado el televisor, que ahora es plano y moderno como el que hay en la habitación del Dúmper; lo demás sigue siendo igual. Ya entonces era un bar de carajillo, pero el precio de los cubalibres nos hacía detenernos cada viernes a primera hora de la noche a compartir la barra con otros niños pobres como nosotros, y con abuelos que hacían tiempo hasta que empezara el cine porno en la primera tele de pago. Allí fuimos testigos de cómo la voz cazallera y potente del Dúmper daba conferencias criminales en las que siempre se confesó incapaz de matar a nadie. Y allí fuimos echándolo de menos en las noches de esos viernes. Para verlo había que bajar al puerto, al Barlovento, y aunque agitara la cabeza al vernos entrar y nos atendiera con normalidad cuando solicitábamos su servicio, de alguna manera fue como si no lo conociéramos. Y sin ningún tipo de duda sobre mi recuerdo, era otra persona al estar entre ellos, creo que nuestra presencia llegaba a incomodarlo, como si vernos a nosotros le hiciera ganar perspectiva sobre su entorno nuevo y su personalidad desplazada, como si pudiéramos dar fe de su ego oculto a razón de emitir un juicio que le hiciera perder pie.

Soy muy capaz de comprender el acercamiento entre el Dúmper y la Sicóloga sin cuestionarlo, y no necesito que nadie justifique su esencia, si es que la tuvo más allá de lo sexual. Ella era de aquí, tan de aquí como yo. Era hija de esclavos forasteros, también los hubo

locales. Era la hija de alguien lo suficiente discreto como para no ser nadie. Ella era gris. Gris y pobre. Y puede que ahora se sienta más negra que mi madre, a pesar de que su apariencia es de un pálido enfermizo, nada que ver con entonces, que estaba muy morena. Ahora su piel blanca tiembla bajo un aura que evidencia su destierro emocional, y que la hace parecer muy devaluada en lo trascendente, más para quien se supone que goza de una vida plena y despreocupada. La pobreza sí quedó atrás, por completo, lo quedó desde el principio, porque solo el dinero compra todo el infortunio que dieron como resultado sus aspiraciones.

No estoy seguro de si la Sicóloga volvió a ver al Dúmper después del accidente, que se produjo en la misma semana de la fecha que registra la venta del First Lady, según ha confirmado su madre, que asegura que a su hijo no lo visitó nunca una mujer como la que yo describo. La mujer solo recuerda una llamada que ella atendió porque él no estaba, y que era para un trabajo muy bueno.

—Ese tipo de gente siempre tiene enemigos. —Fue una de las pocas explicaciones claras que pude atrapar de las muchas frases que me lanzó el Pescador, pues la mayoría fueron en sentido figurado.

—¿Cree usted que ella hablaría conmigo si yo se lo pidiera? —le pregunté refiriéndome a la Sicóloga.

El Pescador chiscó la lengua como suele hacer, luego dejó ir un suspiro antes de promulgar otro de esos silencios largos. Al regresar del mutismo no me respondió, arrancó a hablar como si nada y estuvo haciéndolo varios minutos acerca de cómo pescaba y vendía merluzas; de que se había acostado con las mujeres de ese y ese. Luego dijo que sus hijas, de pequeñas, pensaban que todos los alemanes eran ricos; y acabó por contarme otra vez la historia de un perro que tuvo que era un poco sordo, y que por ello lo atropelló un

tren mientras él recogía cañas para hacer boyas, en el cañaveral de la vía.

Cae sobre mi memoria como si hubiera sucedido hace unas horas, como si hoy fuera sábado y ayer un viernes en el Monterrey, una de esas últimas noches en las que la sombra y el vozarrón del Dúmper ya no era usanza, sino excepción; y puedo verlo en imaginaciones, creo que está aquí mismo, sueño sus virtudes de cuentista y cómo nos narra la posibilidad de entrar en este y en aquel negocio, «con empresarios de verdad», añadía vanidoso como cualquier autónomo; lo dijo varias veces antes de contarnos su admiración infantil hacia los encofradores, hacia los de antes de la era prefabricada, aquellos hombres recios, curtidos y brutos, como él, de manos enormes como las suyas, esos tipos forzudos que caminaban entre mareas de cemento líquido con sus botas altas, apresurados por el tiempo de fragua, hombres de brazos percutores capaces de insertar clavos largos y acerados de un solo golpe de martillo, tíos tan fuertes como su pericia entre el mallazo y los tablones, esos héroes que el niño que él fue creía que se habían construido a sí mismos con varas de acero y hormigón armado. Y al verlo ocasionalmente, en nuestros ojos y rostros crecía el impacto que nos generaba su ropa y algunas de sus expresiones, y el coche de segunda mano, todo nuevo en él. Y pienso que empezó a notar distancia en aquellos últimos ratos que echó con nosotros, pienso que de alguna manera se debió de ver obligado a pertenecer a un solo mundo, y el de los Señoritos estaba mucho más cerca de merecer la pena. Esa noche que yo invoco, antes de irse, habló muy convencido de dedicarse a las estructuras de hormigón, habló de ello como de algo posible gracias al Señorito.

Paseando durante una de mis visitas a Poniente para ver al Dúmper, pensé en las explicaciones que el guardia civil retirado me dio del Harki, y decidí hablar con los traficantes de hachís del barrio. El guardia dijo que el argelino ganó mucho dinero con las descargas de chocolate una vez desvinculado de la familia.

Para el contacto en esos círculos me serví del camello al que le compraba regularmente la droga. Él sabe que soy novelista, aunque no sé si fue muy consciente de lo hijo de puta que puedo llegar a ser. Gracias a él me recibieron los líderes de una familia de gitanos que controla varias líneas de distribución de diferentes tipos de droga desde hace décadas. Y otra vez quiso la casualidad que en esa entrevista saliera a relucir una historia paralela a esta, pero que no cabe en ella, y que guardo con recelo narrativo, porque Marsella no es baladí en este asunto; el Harki se parece más al diablo de lo que yo describí jamás en ningún libro. En busca de la historia del argelino, tropecé con la de un líder de la mafia italofrancesa, buscado por la Interpol y con requerimientos penales abiertos por homicidio en cuatro estados europeos, ahí es nada. Y pude saber de primera mano que el Harki realizó varios desembarcos en playas cercanas a las nuestras para ese capo, usando para ello flotas pesqueras de puertos pequeños y la ayuda de un policía.

El Policía.

6

Duró poco, la rusa, como operaria de gestión vacacional de turistas rusos. Trabajaba con otras chicas reclutadas en Moscú como ella, mujeres jóvenes que de igual manera habían sido elegidas más por su aspecto que por sus aptitudes. Eran una especie de azafatas y su cometido la recogida y acomodo en cada hotel y apartamento de los viajeros trasladados por el operador, además de tener que inducirlos a apuntarse al mayor número posible de actividades y excursiones programadas para cada día, venderles entradas para el spa, salidas en golondrina, y como colofón, garantizar su paso por la tienda de aceites y vinos que la empresa tenía en la calle Consolat de Mar.

Luda Petrova amoldó su desparpajo al ritmo del pueblo, asimilando rápido el trazado social y sus límites, entendiendo las diferencias desde el principio, puede que caminando el primer paseo o emergiendo del segundo chapuzón; lo pilló pronto. Y desde su osadía sintió que no le costaba moverse ni era retenida por nada ni nadie en ninguna parte, se adentró más allá de los velos y lo hizo sin pedir permiso, sin prejuicios sobre que existiera un orden previo a ella, se abocó al abordaje de lo que hubiera detrás de la niebla, sobre todo en la noche, con la que aparecía coqueta y pícara, dejando ver lo dispuesta que estaba a sociabilizar, aunque no con cualquiera, claro. Y no le costó acostumbrarse a que le pagaran las copas.

Lejos de las juergas solo tuvo una relación de amistad que creyera limpia y exenta de impulsos sexuales. Fue con un chico ruso, unos años mayor que ella, y que trabajaba en la garita de venta de boletos para las golondrinas, también de la empresa; un chico con el que Luda Petrova jamás hubiera tenido una relación sucia.

Amigas tampoco llegó a hacer, sin contar pequeñas complicidades con las pocas compañeras de trabajo con las que mantuvo algún contacto después de dejar el empleo; sirva de descarga que apenas pasó aquí unos meses, en los que más que nada despertó envidias y erecciones. Las mujeres huían de establecer cualquier tipo de afinidad emocional, de haberlo hecho hubieran cometido un acto de traición contra el recelo de la amiga de turno, además de proyectar la imagen rendida a su superioridad física, no tan notable para ellas, esas víboras que la fusilaban con la mirada a cada instante. Esa desconfianza se extendió de forma natural sin necesidad de ser comentada en voz alta, era una forastera como cualquier otra recién arrimada, aunque no fuera negra ni sureña, y a pesar de su aspecto tampoco era una turista, era una esclava. Y por eso el trato que la rusa tuvo con las chicas de aquí fue puramente banal. De alguna manera la temían, más que a ella, a su belleza, y más que a la propia belleza, a su impacto en el ambiente, al reflejo que iluminaba su alrededor y en el que interpretaban visos de mujer fatal, además de muchas carencias que inventaban para criticarla y así tener motivos que acogieran sus discrepancias a la hora de medir su excepcionalidad.

En atención a la lucidez que trato de mantener, no puedo afirmar que Luda Petrova fuera una persona estable en lo que a emociones y capacidades para dominarlas se refiere, por más que su fantasma se muestre seguro en todo cuanto confiesa.

He buscado sin éxito a ese chico ruso que fue su amigo, aunque, por extraño que parezca y por feo que fuera, a él sí hay quien lo recuerda. He averiguado que tenía la cara larga y nariz aguileña, que era alto y que caminaba muy encorvado, flaco y prematuramente calvo, además de tener la piel del pescuezo y de la parte baja del mentón arrugada en una sola cicatriz extensa que le asomaba por el cuello de la camisa, un amasijo abrupto como un mapa en relieve que constataba abarcar más allá de lo visible fuera de la ropa, y que sin duda era una quemadura. Una quemadura horrible, según comentan.

Pienso en las emociones de la rusa y quiero disculparla, y creo que no hizo más que lo que vio que hacían las víboras, por rápido que se pusiera a ello. A nadie se le escapó lo fácil que le resultó conseguirlo, les pasó la mano por la cara a todas las pubilles ricas. Ellas, esas serpientes que desde su mediocridad actual saben que lo intentaron y que por ello hubieran dado mucho, puede que hasta el todo. Desde su silencio, y muy a pesar de la fatalidad vivida por la rusa y la Sicóloga, siguen pensando que a ellas no les hubiese pasado nada semejante; que a ellas les hubiera ido bien. Lo piensan, aunque no se lo digan a nadie, aunque paseen su infelicidad al amparo de sus maridos vulgares ocultando la vista tras las vitrinas negras, aunque se regalen fines de semana cantábricos y luzcan su dignidad como si fuera cierta. En eso la Sicóloga es más honesta, sabe que engañar al resto es engañarse a sí misma, por eso no esconde su pena en ningún momento. Por eso la rusa y Pinilla eran mil veces más libres, porque en el fondo de sus pretensiones, de sus vicios, y del reproche de aquel que se atreva a darle voz a sus pecados, eran más felices que aparentes.

Luda tenía veintidós años cuando llegó, y si puede servir de disculpa su juventud, que sirva.

Ahora sé que ella se quedó atrincherada en Chechenia creyendo en las promesas de su Capitán. Sé que él le prometió que ganaría la guerra y la haría prisionera desde entonces y para siempre. Y puede que también le prometiera la Luna, pero le bastó con arrancarle la inocencia y borrar de su memoria todos los escarceos de instituto y la fragancia de cualquier ente que la hubiera poseído con anterioridad a él, en cualquier momento de su existencia. Luda, mientras estuvo a su lado, olvidó su vida.

La persona que la rusa era entonces no sabía que de no haber sido ella hubiera sido otra, que fue como si pasara por allí, que su

amorío no era más que la licencia reiterada de otro oficial del ejército glorioso, otra en tantas y tantas batallas libradas. El Capitán era una bestia sexual al que su necesidad amatoria dominaba cegándole la razón, le hervía la sangre y no era capaz de pensar en otra cosa que el sexo, y solo el sexo lo mantenía concentrado en aquello que tuviera que hacer, y solo por unas horas, aunque ese quehacer fuera una guerra.

Ese hombre siempre sintió un deseo libidinoso irrevocable, ya desde bien niño su entrepierna fue una bomba de relojería. La rusa me ha dicho al oído que después de someterla, él se relajaba y se ponía a hablar durante un rato de su vida y su pueblo, y que en lo que contaba de su infancia solo aparecían vecinas, primas y tías, y de la vida adulta todo el relato transcurría en el aposento del vicio carnal, todo en burdeles y callejones, todo eran jovencitas incautas descubriéndose o señoras en fase de reencuentro.

En la trastienda de Grozni, el militar aleccionó y castigó a Luda Petrova en todo lo que le dio tiempo durante esos seis días y sus noches, y quizá pueda parecer poco tiempo, pero no para el Capitán. En esa casi semana, la rusa fue devorada y penetrada con lujuria extrema y pasión animal diversas veces cada pocas horas, recibiéndolo con devoción, latiendo dentro de su resuello, explotando en su piel como si fuera sudor, fluyendo a cada segundo, y siendo entera de ese hombre y de su disciplina, suya a riesgo de muerte, suya en toda la anatomía y cavidades. Fue prisionera de su propia voluntad sin cuestionarse la entrega, se rindió a la extenuación y se regaló a sí misma pasando a ser de la merced del Capitán, una y otra vez, día tras día, noche tras noche, llegándole a temblar las piernas ante la idea de sentir ese placer que solo él le daba, que solo de él conocía, el placer del dolor, del daño recibido, y que tanto ansiaba sentir nada más escuchar abrirse la puerta y oír las botas accediendo al cuarto, sus botas acercándose, buscándola a ella, las botas y la correa. Le ardían las entrañas solo de pensar que en cualquier momento entraría para amarla con ese ímpetu inmortal, fustigarla hasta hacerle perder el aliento. Ella nunca había sentido ese fervor por nadie, en manos de nadie, no esa llamada en

la que no existe otra cosa que el precepto y el acatamiento, y en el que la respuesta nerviosa al sufrimiento se refleja en extenuación total.

Y mientras me habla, puedo sentir en el fondo del acúfeno el desborde de su pellejo y cómo sus poros ululan erguidos sobre la carne tersa, puedo escuchar el jadeo de su voz al tiritar entre espasmos respondiendo al eco del éxtasis que le golpea el alma. Eso es placer. Así de grande se hizo el universo de la rusa mientras fue la muñeca del Capitán; así se deshizo de una parte de su vida y de cualquier tabú moral que pudiera habitar dentro de ella, en esa cadencia descarnada, con todo el escozor y las rojeces de su rol de hembra sometida.

Y sí que tuvo la sensación de que le costó mucho reponerse de la experiencia y olvidar a ese amor y el arrullo de sus brazos tatuados tocándola. Eso jura, pero sé que en realidad su condena no le llevó más que unos meses de decepción y desconsuelo taciturno. También es cierto que en ninguna de las relaciones sexuales que mantuvo en Moscú se sintió tan plenamente follada como en el recuerdo del Capitán, su capitán, mucho menos como para atreverse a demandar ser agredida. Y que no volvió a sentir aquella confianza con ninguna persona, nunca, en ninguna parte. La rusa no habló de él con nadie ni tampoco de la pena de perderlo, ni de la tortura de sus relaciones. No lo mencionó ni con sus hermanas ni con las pocas amigas con las que coincidió tras la reubicación. Fuera de su memoria, ese hombre y el dolor placentero que le hizo sentir no existían.

En nuestro puerto, nada más llegar se fijó en el Señorito, más atraída por el estatus que por lo físico, sin pensar en sus posibles aptitudes amatorias. Y se cuidó mucho de ser manoseada por nadie.

Sus primeros días aquí vivió con otras chicas rusas en un apartamento propiedad de la operadora turística. Con una compañera apareció en el Barlovento una noche de esos primeros días. Puede que Luda Petrova diera la sensación de ser bastante espabilada, y entiendo igual de probable que si existiera alguien capaz de recordarla con sinceridad dijera que no, que en absoluto, que no era muy lista a juzgar por cómo acabó. Yo no llegué a tratarla en vida, solo la miré de lejos. La vi como si fuera una foto y de ese modo la recuerdo, con esa distancia. Por eso la escucho con atención, para que no se la trague el olvido.

Por eso me drogo, para no perderla.

No fue casualidad que la figura del Policía apareciera en la conversación acerca de los desembarcos de droga con los gitanos de Poniente; con ellos, además de hablar del hampa, hablamos de toda su implicación con la ley, y en ese tránsito apareció el Policía, uno que, con todo lo listo que pueda parecer hoy, en ese tiempo no era más que otro de aquellos tontos capaces de aprobar exámenes, tan capaces como lo son algunos chimpancés de montar en bicicleta.

El Policía les hizo de detective en algunos asuntillos que podría haber hecho cualquiera, seguimientos y servicios de información de quien les interesara, incluidos miembros de la familia y socios del grupo, sin distinción de rango, el apellido y su interés siempre antes que nada. Les hizo eso y de mono de feria. Pero cuando de verdad lo necesitaron fue después de matar a Pinilla y a la rusa, entonces se vieron en un marrón como no lo habían visto sus antepasados en siglos.

Por encima de su capacidad intelectual, Luda Petrova resultó muy hábil a la hora de gestionar la conquista del Señorito; huelga decir que la consiguió en menos de diez días, con todas sus noches,

aunque para llevárselo a la cama le hubiera sobrado con diez minutos de una tarde cualquiera. La rusa lucía un esplendor que podía mutar dependiendo de con qué ojos se la mirara: en según quién daba la apariencia pía de una hermosura católica, ultracompleta, una belleza helenística e inaccesible a los mortales, y desde otros prismas se manifestaba como un holograma sexual excelso y explícito irradiando un magnetismo que iba más allá de lo agresivo, una esencia flamígera que despertaba el delirio de las más pecaminosas filias. Y supo desdoblarse en sus diferentes dotes y facetas, logrando sin esfuerzo que toda su textura química anestesiara los deseos del Señorito, que entonces era un chaval de veintiséis años. Ya expuesta ante él y captada su atención, no le hizo falta más que llevarlo a imaginar lo que podía ser internarse en ella y sentir el placer de su cobijo, la furia de traspasar el umbral de su boca roja y salivada, de darse el lujo de magrear ese cuerpo que a partes iguales parecía tan incorrupto como pervertido. En las pupilas del Señorito barnizadas de cocaína, danzó pulcra y obscena al mismo tiempo. Pero incluso un ser supremo como él enfrentaba dudas estando ante ella. Dudas que no quiso atender, ni mucho menos demostrar, ni ante ella ni ante nadie. Dudas que eran más bien miedos que había aprendido a disfrazar de timidez.

Los miedos de otras veces.

Llegó un día en el que a Luda se le acabó la mecha, y entendió que era el momento de explotar, de hacer que toda su fragancia pasara a ser una salpicadura gigante. Así era la rusa, y si no lo era antes de impactar en nuestras vidas, puede que se transformara nada más llegar aquí.

Esa noche el Señorito la recogió en el antiguo Mercedes Convertible de su padre, quiso impresionarla, pero Luda no entendía nada de coches, y al verlo llegar le pareció un auto viejo. Cenaron en el Bosch; ella no había estado nunca en un restaurante de tanto caché, aunque no se mostró incómoda. Por su juventud, llamaron pronto la

atención, más siendo él el hijo de quien era, y luciendo ella su envergadura inacabable. Despertaron vistazos y algún comentario leve que pereció en el aire de la mesa en la que fue dicho sin llegar a ser escuchado más allá. A ellos nada los despistó de su intención y cenaron el uno inmerso en la mirada del otro sin atender a las de los demás. A la rusa le importaba poco toda aquella gente, se vio demasiado metida en el sueño que vivía como para preocuparse por lo que nadie pudiera decir. Y quizá pensara que la promesa que cabía en el pecho de ese chico era más palpable que todas las que le hubieran jurado nunca, incluidas las del Capitán. Y quiero pensar que las viejas promesas ya las había olvidado. La vanidad del Señorito brillaba entusiasmada al verla a ella tan de cerca durante tanto rato.

A la vez que tenía lugar esa velada, sin descapotable ni marisco, el Dúmper y la Sicóloga también pasaron la noche juntos, y es muy probable que ya se encontraran encamados mientras tenía lugar la cena en el Bosch.

Después de cenar, el Señorito insistió en dar un paseo, al que Luda intentó resistirse con insinuaciones, sin decirlo, sin oponerse, algo acechada de pudor al entender en él el ánimo de exhibirla. No quería ser un trofeo, no esa noche, pero se resignó e hizo el recorrido prendida de su brazo y él de su cuello y de su boca. Ella no pudo evitar sentirse, en algunos momentos, como un coche nuevo. Tomaron unas copas en el puerto, y después de otra andanza breve y lenta que discurrió sin que se soltaran las manos, el Señorito la fue conduciendo por el paseo hasta llegar a la pasarela en la que estaba amarrado el First Lady.

A lo largo de esa noche, Luda midió sus palabras con prudencia las veces que fue apelada su opinión sincera respecto a temas poco importantes, lo dejó a él liderar cada una de las charlas que mantuvieron, asintiendo casi todo el tiempo. No se dijeron nada profundo, solo dieron a entender que se gustaban. No llegaron a

confesarse ningún secreto. De forma apasionada, él solo habló del alcance de su imperio, y fue para impresionarla.

El fantasma de la rusa le ha confesado a mi alter ego que su primera noche con el Señorito fue muy decepcionante en asuntos de cama.

La rusa cuenta que, una vez dentro del barco, él la abrazó por detrás con indecisión, mostrándose algo temeroso y sin atreverse a mover las manos de su cintura mientras le acariciaba con los labios el pelo y la nuca. El espíritu de Luda Petrova le dijo al mío que se dio la vuelta entre sus brazos y caminó atosigándolo pecho a pecho con toda su sexualidad saliéndole del interior en busca de besarle la boca, queriendo saber qué esperaba de ella. Y en ese trance fue haciéndolo retroceder hasta que las pantorrillas del Señorito toparon con un sofá corrido de piel roja. Cuenta que lo empujó, pasando él a quedar sentado, y que luego se puso de rodillas, le desabrochó la bragueta y le liberó el pene, el cual le resultó demasiado pequeño, «el más pequeño que he visto nunca», asegura. Él se agitó muy excitado y quiso sujetárselo con las manos en afán de resistir a las sensaciones que se manifestaban incontrolables, pero ella lo agarró con fuerza por las muñecas impidiéndole la movilidad a la vez que deslizaba la lengua por el trecho corto entre el escroto y el glande; al alcanzar la cima se lo introdujo entero en la boca mostrando en la mirada la versión más censurable de sí misma. De inmediato, al segundo transcurrido, sin que cupiera el tiempo de sacudirlo, sintió todo el peso del semen manando con apremio contra la gravedad, estallando en su lengua y rebasándola hasta llegarle al paladar, y que tras el sobresalto lo dejó fluir desde su boca y fue cayendo lento, solazado en gotas espesas amontonadas junto a la reducida extensión del miembro aún convulso y ya sin rigidez plena. Eso contó la rusa de su primer encuentro con el Señorito. Eso y que después él lanzó un resoplido que sonó a lamento y quedó quieto unos segundos con cara de atleta desfondado. Ella soltó el resto del flujo a la vez que el pene, que enseguida se contrajo, resultando frágil y diminuto como el de un parvulario. Y se sintió muy cohibida, ocupada por una vergüenza ajena enorme que el deseo no resuelto dilató hasta hacerla desistir

de mirarlo a los ojos; no se atrevió ni por un instante, no podía contener el estupor y se tiró a su lado con la cabeza volteada después de pasarse el antebrazo por los labios y su contorno. Él notó el conjunto de vibraciones que flotaban en el aire, no eran nuevas, y como otras veces, le punzaron el vientre llenándole los ojos de sofoco, de rabia contra sí mismo, contra su imposibilidad. Se volvió a sentir miserable, otra vez, una más, turbado al convocar de nuevo al miedo y con él la certeza de que todo su acopio de vida y poderes no valían para complacer a una mujer ni durante veinte segundos, no sin descoserse por una precocidad súbita y denigrante.

No sin sentirse un hombre incompleto.

El vértigo le hizo ponerse en pie, el bochorno se convirtió en rojez opaca, y fue como si en lugar de exigirse a sí mismo lo hiciera su padre; con ese tesón genético se requirió una firmeza inmediata: estiró la mano para prender a Luda del brazo y arrojarla sobre el sofá, quedando ahora ella boca arriba. Se abalanzó entre sus piernas, le subió el vestido y le jaló las bragas; la mujer, ante el envite, lo ayudó alzando los lumbares para pasar la goma más allá de las nalgas. La rusa estaba desconcertada, no sabía qué iba a pasar; él le frotó la mano por el sexo varias veces, y con ansia le introdujo los dedos en la vagina; sin que hubiera pasado apenas tiempo los retiró para sujetarse el pene en un ademán patoso que anticipaba la intención de penetrarla. Luda se acomodó en espera de su peso mucho más que de su miembro, y quiso que la excitación superara la sorpresa; bajó la espalda unos centímetros y retrajo las piernas sobre el pecho mostrando más su sexo, tomando una postura con la que poder sentir más su tamaño escaso. Por un momento se vio aturdida porque él no se pusiera un preservativo, y llegó a pensar en decírselo, aunque no lo hizo, y tuvo un tiempo mínimo para razonar que se lo diría de no sentirse apiadada por su precocidad y por su pene ridículo; no quiso coaptarlo. Ella también notó las vibraciones y entendió el tonelaje del castigo en él, la vergüenza. Luda Petrova ya no pudo cavilar más: el Señorito dio cuatro empujones dentro de ella, cuatro contados, cuatro batidas antes de salir del interior de la chica y volverse a correr, esta vez sin

demasiada presión arterial, cayendo el esperma lento, en un solo borbotón alargado desde su pene chiquito y quedando mecido entre el vello rubio y rizado del pubis de ella. Tardaron bastantes minutos en mirarse a los ojos. Después de varios intentos y de poder hacerlo ambos sin reparo ni escape, tras ser capaces de mantener fijeza visual continuada, lograron reanudar la normalidad que existía antes del encuentro.

Es probable que mientras respiraban en silencio observando cada uno una pared distinta, aún siguieran encamados el Dúmper y la Sicóloga.

Luda Petrova renació desnuda al despertar rodeada de los fogonazos tenues de la luz del sol que relumbraba en los perfiles cromados del camarote principal del First Lady. Estando todavía tumbada, se dio cuenta de que el barco se movía bastante, y se convenció de que estaban a mar abierto al levantarse y no llegar a ver más que agua a través de los tragaluces. Se puso un albornoz que encontró en el baño y salió de la habitación caminando un pasillo breve, cruzó la sala de estar e hizo el ascenso de la escalerilla que trepaba hasta la cubierta. El Señorito estaba sentado en el suelo con las piernas recogidas y cruzadas, haciéndose un porro, de espaldas a la bocana del interior. La proa del barco bajaba y subía con una cadencia lenta, estaban fondeados en un punto desde el que se veía bien la costa. Luda avanzó por el lateral al verlo a él, y se detuvo un momento a ponerse la mano en la frente y sombrearse la cara para mirar la tierra firme en la distancia; al oeste distinguió los brazos del puerto, los faros y la torre. Su gesto y su silueta eran de mármol, toda ella era praxitiliana. Al reconocer el pueblo flotando en un horizonte inverso al que a sus ojos era el habitual y sentir el azote y la altura del sol, reparó en que había faltado a su puesto de trabajo, pero no se inquietó en absoluto. De manera inmediata y aplastando el descuido, pensó en que era la primera vez que navegaba en el mar. Y en ese instante se halló tranquila, en el momento álgido de una esperanza, satisfecha como quien cumple un sueño.

Él intuyó toda su fuerza agitando el aire y rotó el cuello; la vio bajo el torrente de sol que caía desde el zénit y prolongaba el rubio de su melena dibujándole una especie de halo virginal alrededor de la cabeza. «Hola», habló el Señorito, muy afable. «¿Qué tal has dormido?», cuestionó con cariño.

Luda Petrova movió la cabeza de forma leve, asintiendo; separó los labios y en su boca detonó una sonrisa perfecta y limpia, sus ojos brillaron, y sus rasgos devolvieron un fulgor que se expandió como el de los pasamanos y las decoraciones. «Muy bien», afirmó con la envoltura de su acento eslavo; habló con un tono muy dulce antes de asentir una segunda vez alargando la sonrisa y con ella el resplandor que expandía. Luego continuó caminando hasta alcanzarlo. Se sentó a su lado y lo besó en los labios.

La evolución de la rusa en la órbita del Barlovento era previsible, pero se produjo de manera mucho más fulgurante de lo que nadie pensó, por mayor que fuera su hermosura, y que las celosas y los envidiosos llamaron «exoticidad». Lo que nadie imaginó en ningún contexto, una vez asumido el hito del emparejamiento, fue el grado de implicación que adquiriría en tan solo unos días. Ningún farolero hubiera adivinado que la rusa acabara a bordo del First Lady, mucho menos paseando por él como si fuera suyo. Fue una gran sorpresa para aquellos que quisieron imaginarla en su vertiente más cruda y carnalmente vendible.

Bastó ese primer encuentro para que ella no acudiera a trabajar ni una sola jornada más. El Señorito llamó para interceder por la chica, lo hizo a través del teléfono satélite del barco, ese mismo día, en cuanto ella se lo dijo, para anunciar él la rescisión de su contrato, con afán de evitar que fuera reprendida o menoscabada de algún modo.

Eso fue el primer día, puede que fuera al segundo cuando ya la lució por el centro de la Ciudad, y ella se dejó llevar de boutique en boutique, de bar en bar. Y las luces de las farolas de la Rambla y la parte alta se reflejaron en ella.

La rusa, en un par de paseos, se puso al día, tanto que en su segunda visita al Bosch dio la sensación de que hubiera sido asidua desde niña, y lo mismo pasaba cuando la veíamos pasar por la carretera de Levante sentada en el asiento del copiloto del Convertible, del que ya sabía que era un clásico. Pasaba con las gafas de sol, encarnando el sigilo que el plano requería, elegante e irresistible, sutil como Jeanne Moreau, escandalosa como Jayne Mansfield, así de potente era su imagen pasando a bordo del descapotable.

El perjudicado del noviazgo fue el Buruba y su atracción platónica por la muchacha, ya que a partir de entonces la presencia de Luda Petrova era más difícil de fotografiar a discreción, ya no se la veía pasar de aquí para allá por el puerto con su uniforme de camisa blanca y falda azul, a juego con el pañuelo y los zapatos, guiando grupos de rusos de carnes flácidas y rosadas, cargando y descargando autobuses, llenando y vaciando golondrinas, ni moviéndose como si la guiara la misma pauta que marca el latido del agua. Pude saber que el Buruba siguió robándole fotos, no todas las que él hubiera deseado, y lo sé porque él mismo me lo dijo cuando me enfrenté a su silencio; y en la ruptura de esa fe, de ese miedo a la verdad, encontré las fuerzas que me llevan a dar testimonio de estos sucesos, que no son más que diferentes piezas de un artefacto que necesita de mí para conformar un todo capaz de ser descargado y otorgar sentido a lo que me pasa, algo que justifique las apariciones, la textura vital invisible compartiendo estancia conmigo a diario, los susurros al oído y los recuerdos que se materializan cuando pierdo el sentido por las drogas y el alcohol, cuando creo que sueño que me hablan, o cuando de verdad lo hacen. Ellos anunciaron mi muerte, por eso escribo esto sin que me tiemble el pulso lo más mínimo, escribo habiéndolo perdido todo. Cuando mi otro yo me invada por completo, seré consciente de la

verdad exacta, pero entonces será tarde, nadaré en el rumor de la inexistencia en la memoria de esta villa, y en la que solo despunto para que se sepa aquello que es cierto. Llegado el día, me ahogaré en sus susurros y seré suyo. Me iré con ellos. Esto es lo que les debo por anunciarme que no me quedará nada, que lo que reste de mí será una biblioteca quemada.

He pedido en varias ocasiones a mi amigo, el que vive en el extranjero y me cede su vivienda, que si repentinamente me faltara la vida haga una fogata con todos los libros que encuentre en casa y que esparza en ella mis cenizas. Le he pedido por favor que la haga en el jardín y que ponga la música muy alta. Solo desde la lucidez de no existir en el futuro próximo puedo narrar esta historia. Solo uniendo retales de verdad absoluta puedo hacer un alto para jurar que nada es mentira.

7

Luda Petrova podría haber sido un ligue de verano, pudo haberse quedado en eso, como se quedaron otras pocas naufragadas que probaran suerte antes que ella desde que el Señorito cumpliera la mayoría de edad. Ella acertó al no hacer comentarios sobre cómo era el sexo con él ni para bien ni para mal, al no tratar de ser comprensiva ni mirar de hacerle un favor, al aparentar que todo era normal y no querer curarlo de nada. Su finura, sus ojazos y su capacidad de sumisión a lo que él propusiera, sin eludir ni reprobar ni una sola voluntad o deseo, hicieron que fuera una pareja perfecta, al menos para él, que liberaba la frustración y el miedo en la apariencia de su hermosura, utilizándola como escudo para que otros pudieran envidiar sus sesiones de cama, y presumirlas divinas, por ridículas que en realidad fueran.

El Señorito se supo acomplejado desde que tuvo conciencia sobre la precariedad de sus atributos. Aparte de ello, y sin atreverse a plantear un porqué, nunca ha logrado una relación sexual que superara los dos minutos de duración manteniendo la entereza, y siempre con prostitutas; con mujeres que se le entregaran sintiéndolo, apelando al deseo real de la química, que se derritieran ante la idea de ser poseídas por él y se mojaran de verdad al llegar el instante y sin fingirse deseosas, en ese chance nunca sobrepasaba el minuto: la calentura lo rodeaba comprimiéndolo y vertía sobre sus emociones una urgencia que derivaba en un placer irrefrenable y que le hacía eyacular sin remedio. Siempre antes de llegar al minuto, era así; aunque se esforzara, aunque se detuviera a concentrarse en evitarlo, se corría sin remisión como un adolescente primerizo, el esperma se le escapaba sin control por previsible que fueran las sensaciones en ese tiempo mínimo, tan seguro como un reloj de arena, un reloj pequeño, de menos de un minuto. Y puede que fuera por eso, por la vergüenza que ello suponía en él, que incluso a las víboras más ávidas les costara tanto engancharlo; el Señorito solía evitar lances sexuales con mujeres a las que viera a

diario.

Y tras los primeros choques verbales, dimes y diretes, a todo el mundo le pareció genial y siguió la fiesta. Y de pronto, a Luda Petrova, hasta las víboras le sonreían y le hacían señas cómplices, brindis en el aire y saluditos con la mano que llenaban la distancia. Y si la encontraban en algún lavabo, la invitaban a cocaína, porque de la droga, aquí, no se libró nadie. Todos dirán que no, que «fue una vez o dos», que «solo aquel día que tal…». Nada, mentiras todo. Enganchados como perros copulando, eso es lo cierto, ese es su pasado. Y, como en cualquier lugar, los que más dinero tenían fueron los que más se metieron, los que más pulularon por los retretes húmedos de los bares de moda, los que más veces perdieron de vista el mundo devastados por el sol en los aparcamientos de las discotecas punteras, los que más arrastraron sus bocas descoyuntadas creyendo que con el alba no terminaba nada, ni mucho menos las realidades prefabricadas por ellos mismos.

La rusa, al no contar con amistades ni trabajo, ni familia con la que estar, ni compromisos que atender, pasaba los días enteros con el Señorito, viviendo como si estuvieran de vacaciones perpetuas. Y por no ir y venir de la Ciudad a diario, porque lo que más les gustaba era el puerto, él alquiló un piso en primera línea, ya que la vieja se negó por completo a que ocuparan el de la familia. Ya lo había intentado el hermano pequeño a principios de verano: ¿cómo iba a tolerar esa mujer que su casa de la playa se convirtiera en un escondrijo para el fornicio entre hombres? «Qué barbaridad. Y meter a una desconocida, otro disparate, encima rusa, menuda guasa sería; meter a una buscona extranjera que nadie sabe de dónde ha salido; a un pendón, ¿en mi casa? Ni por asomo, vamos.»

El viejo tampoco transigió a la demanda que el hermano pequeño hizo sobre instalarse en el piso del puerto, ni pensarlo. Pero al mayor sí se lo hubiera consentido, a él sí, de inicio, al menos. En él confiaba, y no le importó en exceso que la rusa fuera rusa, ni que

nadie en ninguna parte la conociera de nada. No le importó mientras no la tuvo delante, no hasta que la vio en su esplendor buceando en el aire de la vida. No le causó repudia alguna hasta el momento de ponerle el ojo encima y calarla entera. Vislumbró su lado más extremo, y eso que ella puso empeño en mostrarse lo más casta que pudo y supo. Pero lo de la impresión que causaba la rusa iba como iba, dependía de cada cual, y en los ojos del viejo surgió como una flema y se hizo hoguera bailando en su retina como solo baila el fuego. Papá Señorito la descifró en su versión más radical, la soñó emputecida. Y ni siquiera la percepción, por segura que se manifestara, fue un problema; habría tolerado a una cualquiera. «Más a aquella zorrona, con lo buena que estaba. Cómo librar a un hijo de esa fiesta», eso pensó el viejo, pensó que él mismo le daría un buen meneo de no ser un feo muy grande hacia el chaval.

No fue motivo en absoluto el cáliz y la vitalidad sexual que de Luda manaba, ni nada que ella hiciera con todo lo que daba la sensación de poder hacer, sino aquello que vio en él, en su vástago el mayor, en su heredero, en el hijo en el que confiaba porque sentía que ya no le quedaba otro. Y vio su mirada dispersa, vio el futuro negro en las manos de esa hembra. Se dio cuenta de que para el niño no era solo un cuerpo que poseer como lo hubiera sido para otros, para él mismo de haberse dado el caso, porque podría ser un cuerpo soleriano, pero nada más que eso, un cuerpo como cualquier otro. Papá Señorito vio que su hijo estaba enamorado; y la temió por lo mismo que la temían las víboras.

Temió que pudiera quererla mañana.

El viejo, apurado de desconfianza y de manera unilateral, ordenó seguir a Luda Petrova siempre que no estuviera con su hijo, le puso ojos encima como había hecho con todas las fulanas mantenidas que él mismo tuvo a lo largo de los años. El encargo del seguimiento se lo dio al Harki, y el argelino, que entonces ya andaba escindiéndose de las responsabilidades del grupo en virtud

de los desembarcos y otras fechorías, derivó la comanda al Poli, como venía siendo habitual en asuntos de esa índole.

El Policía, menudo pájaro, de aquí de toda la vida, camello de tercera hasta que aprobó el examen, todo el mundo lo sabe. Luego supo no dar la nota y arrimarse al Harki, y hacer lo que él le dijera con la mayor efectividad posible. Y después, a gozarla.

El Poli ya no vive aquí, ahora vive en Boscos, pero sí veranea en estas playas, vendió el piso de sus padres y se compró un pareado en La Llosa. Le van mucho las putas, es discreto con eso, en lo demás no tiene vicios muy canallas, algún canuto, puede que una raya cuando se da una vuelta, pero nada serio, se reserva para las vacaciones. Una vez al año se va solo a Santo Domingo, no por mucho tiempo, una semana, la espalda de su mujer no da para más. Y allí lo peta: «Coca, ron y negras, todas las que quieras», vacila, y a continuación se pega un carcajeo que es complementado de inmediato por todos sus amigotes, cuando las mujeres están aparte probando el sofá nuevo o admirando el decapado del baúl que la mujer del Poli ha restaurado. Porque aquí tiene una casita adosada, pero la casa de Boscos, en la Ciudad, esa no veas cómo mola.

Su mujer sabe lo de Santo Domingo, y él sabe que lo sabe, aunque cada año le diga que va a un coto privado en Córdoba a cazar venados. Él sabe que ella lo sabe, y le da igual, no le importa que lo sepa, aunque cada año finja y cargue las escopetas en el coche y se gaste una pasta en guardarlo en un aparcamiento la semana entera.

Ella sabe que él sabe que lo sabe, y valora el esfuerzo de fingirlo: «Lo que haga allí, allí se queda», piensa ella; y que mejor allí que aquí: «Total: solo es una semana al año».

Lo que ella no sabe es lo de las putas de aquí, él no se lo diría nunca, porque sabe que entonces habría un follón enorme, un pollo de la hostia, y pasa de arruinar su estatus actual. Los dos saben que ella, aquí, ya no le tolera ni una ni media, no desde que le contagió aquella infección.

Él está seguro de que su mujer no tiene líos, porque de tenerlos la mataría. Ella sabe eso porque él se lo ha dicho. Se lo ha dicho varias veces. Se lo recuerda cada cierto tiempo, lo suelta con ironía, como cuando hace bromas delante de sus amigos, medio en serio, medio en broma. Ella sabe que eso lo dice en serio hasta cuando lo dice en broma. Lo sabe seguro, y no le importa porque no piensa engañarlo, jamás. Y también valora de forma positiva ese sentimiento en él, por macabro que parezca, piensa que así la quiere, que eso es amor. Eso y los recibos al día, y la nevera llena, y el bote para los estudios de los gemelos, que ya han cumplido catorce, y lo que ella diga cincuenta y una semanas al año.

«¡Te ha quedado genial!», exclaman todas las mujeres, una tras otra, y lo repiten después de pasar la mano por la madera que cierra el baúl decapado, demostrando admiración total ante la hazaña. «¡Es comodísimo!», afirman cuando prueban el sofá nuevo, negro mate. Y todas coinciden en que son una pareja superimplicada el uno con el otro después de tantos años, y gran razón llevan. Y enfatizan en lo buenos anfitriones que son, y todas lo constatan mientras oyen a lo lejos a los hombres hablando de sus cosas y soltar carcajadas ecuánimes en el jardín, a la vez que fuman y beben cervezas. «¿Qué les hará tanta gracia?», se preguntan ellas con ingenuidad impostada.

Hasta la ingenuidad es aparente. Qué triste.

Esa es la élite de mi generación.

El viejo, sin consultar a nadie, impuso a su hijo mayor una serie de horas fijas cada mañana en la oficina de la Ciudad, para que fuera tomando contacto con los despachos y otros quehaceres futuros que tarde o temprano debería asumir como su rutina dentro del grupo, eso le dijo. Y de algún modo se trataba de una intención real, algo fijado de antemano en los planes del hombre. El hermano pequeño era otra cosa, nadie contaba con él para nada, pero con el mayor sí. Aunque gran parte de la voluntad y el esmero que papá puso en que su orden fuera acatada a rajatabla con cadencia diaria, de lunes a viernes por un tiempo de nueve a dos, era por liberar a Luda Petrova un ratito cada día, dejarla volar a su antojo, incitarla a hacer lo que quisiera, que descubriera el pueblo y su cadencia libremente y sola, y que cupiera esperar un error que la devolviera al foso de la vida, lejos del futuro de su apellido. Papá no estaba seguro de que ella fuera a picar en ningún amorío a las primeras de cambio, le parecía mucho más lista que eso, mucho más programada como para que su debacle se debiera a un desliz fugaz. No al menos antes de engancharlo o quedar embarazada, en el peor de los casos, y quizá fue porque estaba muy seguro de que lo primero ya había sucedido que temió tanto que pasara lo segundo. Debía tentar a la suerte, a lo mejor resultaba más fácil de lo que nadie pudiera imaginar, «más con esa pinta de puta», así la vio el viejo, con ese desdén, con ese desprecio, llegando a plantearse ponerle los cebos que hicieran falta. Y en el fondo de todo su deseo, temiendo por el estado anímico del chaval, esperó que el exceso de la rusa se debiera a un desfalco económico; en esa esperanza y usando como excusa la asunción de nuevas responsabilidades, le elevó la asignación mensual al Señorito, y le amplió los límites de las tarjetas de crédito, sabedor de que Luda Petrova disponía de una de ellas.

Papá Señorito siempre tuvo claro que la educación de sus hijos no estaba siendo tan exigente como lo fue la suya. Quiso ser severo, y lo intentó, sin embargo, llegó un momento de la adolescencia de ambos en que no pudo controlarlos sin tener que molerlos a correazos antes, como hubiera hecho su propio padre con él, pero la

vieja siempre los protegía. Y poco a poco, el hombre los fue dejando equivocarse una y otra vez, totalmente decepcionado, sin interferir en sus voluntades. No entendía la falta de aspiraciones, sin entrar a explicitar lo que opinaba del pequeño por maricón. Al pequeño no lo volvió a mirar a la cara desde que se enteró de que, cursando primero de bachiller, lo habían sorprendido masturbando a otro chico en el lavabo de la École Française; eso fue demoledor por mucho que no se hablara de ello, sobre todo para la vieja, pero al viejo lo que más le jodía era que no lo escondiera, le imponía mayor condena al orgullo que al hecho. Y volvía a pensar que la puta democracia lo había podrido todo.

La homosexualidad del menor también turbó al mayor, y de alguna manera fue el hecho que lo llevó a asimilar que debía adquirir madurez; al menos de cara a los demás. Sin llegar a obtenerla en la intimidad consigo mismo, sí se encauzó en la convicción sobre la enorme importancia de las apariencias, y en ese espejo que pronto tomó por disfraz asumió que debía terminar el instituto y cursar una carrera, y así satisfacer a los viejos.

El viejo y la vieja pensaron mucho en el sacrificio hecho con el Señorito pequeño en virtud del mayor; no lo hablaban entre ellos, pero salieron muy reforzados de esa idea en una de sus múltiples visitas a Torreciudad. Eran mucho del Opus Dei, mucho, mucho, e iban con frecuencia a rogarle a la Santa Cruz; en virtud a esos ruegos hacían una donación a La Obra en cada viaje. La vieja no visita Torreciudad desde la última vez que fue con el viejo, dos años antes de morir él. Con frecuencia, le reclama a su hijo mayor que vayan un día él y ella, y que la Sicóloga y la niña también deberían ir y honrar la memoria del viejo, al menos una vez. «¿Qué van a decir en el Santuario, tantos años sin pisarlo? ¿Qué dirá el padre que siempre nos atiende antes que a nadie para confesarnos?»

—Piénsalo —le insiste la vieja a su hijo.

Hablé con el Pescador respecto a los hábitos del Policía en el pueblo, por si tenía idea de qué hace cuando viene en verano. El Pescador suele dar largas caminatas por el paseo nuevo, y me dijo que sí que sabía quién era, cómo no, y que acostumbraba a verlo muchas tardes en el chiringuito de la playa de los Suizos, sentado en un taburete con el codo en la barra, tomando cañas y fumando pitillos sin quitarle ojo de encima a las turistas.

Decidí pasar por ese chiringuito a ver si sacaba algo.

La arena hervía y tenía un color candente, eran las cuatro de la tarde y hacía mucho calor. El Poli estaba allí, a la sombra del entoldado en la misma pose exacta descrita por el Pescador, con el culo apoyado en una banqueta metálica; iba en chanclas, llevaba una bermuda chillona de tonos amarillos y verdes eléctricos, y una camiseta de tirantes roja; el sudor le resbalaba por el mentón gris, sin afeitar; los ojos le quedaban detrás de unas Ray-Ban cuadradas y grandes; ante él había un vaso de cerveza, un paquete de Marlboro y un Zippo con una calavera grabada. Sacó un cigarrillo y lo encendió.

Entré a la sombra del chiringuito desde el paseo, sin pisar la arena. Al alcanzar la altura del hombre me quedé muy quieto, parado delante suyo; mi inmovilidad, inalterable durante algunos segundos, despertó su atención, se dio cuenta de que lo miraba a él, y me devolvió el vistazo con aire chulesco, muy de patio de colegio, muy de policía. Di las buenas tardes, que él devolvió de manera educada, igual que hizo el camarero al que le pedí una caña «como la del señor», apunté, señalando el vaso del Poli para romper el hielo. Al volver a atraer su atención me envalentoné preguntándole si le importaba sentarse en una mesa conmigo, a charlar sobre su trabajo. Me presenté como periodista, excusándome en un reportaje sobre suicidios en la vía y ahogamientos en la playa; pensé que ese

era un buen pretexto del ámbito local con el que abrirme paso y que de alguna manera ambas desgracias guardaban relación, siendo cada una de ellas una circunstancia muy propia de la villa en contextos mortales, por más que nadie hable de ello y a todo el mundo sorprenda conocer el número de vidas que cada año son arrolladas por el tren o engullidas por el mar, solo en este pueblo.

El tipo se quedó muy extrañado, primero porque yo supiera quién era él, y después porque quisiera hablarle de eso. Accedió a tomar asiento, y pienso que se sintió halagado al inicio; lo supongo porque desplegó un discursillo eludiendo su responsabilidad en dichos temas, dándoselas de poli con galones ante el asunto que yo proponía, y que era cosa de los municipales, según dijo, y que llevaba veintitantos años en los Mossos, y había visto de todo, y de ese modo empezamos a hablar de muertos sin inmutarnos, con mucha naturalidad, él más que yo, todo sea dicho.

—Pero, por suerte, cadáveres de las vías y del agua no he levantado ninguno —aseveró en un punto de la conversación. Lo dijo con tono jocoso a la vez que seguía con la mirada a una mujer que caminaba en bañador por la orilla—. Todas tienen algo —se excusó, como si tratara de justificar el despiste al devolver la vista a mi persona, y luego estalló en una risotada que yo secundé como si fuera uno de sus amigos. Supe que debajo de las gafas me guiñó un ojo, lo supe por la mueca que hizo el lado izquierdo de su cara. Y anímicamente me vine arriba.

—Me preocupan dos casos concretos de desaparecidos, por si cupiera la posibilidad de que se tratara de algún cuerpo sin identificar, ¿sabe lo que quiero decir? —pregunté serio, a la vez que sacaba un bloc en el que fingí tener anotaciones hechas, pero en realidad necesitaba algo en las manos con lo que disimular mi nerviosismo. Proseguí metido en el papel de investigador, muy seguro de mí y entregándome al otro yo. Y quizá fuera tan imprudente sin planteármelo porque entonces no sabía que ese tío,

el Policía, fue quien practicó la detención de Pinilla antes de desaparecer, y una de las últimas personas que haya dado fe de haberlo visto con vida.

—Puede pasar, pero no es lo normal. Piensa que se hace una investigación y, si nadie reclama a esa persona, se mira de averiguar dónde vivía, si alguien lo conoce, si tiene trabajo, coche, casa y cualquiera de sus conexiones con el mundo…, pero, claro, si no hay datos conocidos que ayuden a saber de quién se trata, pues queda como no identificado. Eso es así. Pero es raro, si pasa a veces es con moros, rumanos y gente parecida.

—Precisamente, yo estoy investigando la desaparición de una mujer extranjera, ciudadana rusa, de nombre Luda Petrova. Y también de un chico del pueblo, en fechas similares, Pinilla, de apellido —apelé, sin que me temblara el aliento, sin miedo a mencionarlos.

Y me lo quedé mirando a la espera de ver qué pasaba.

Pareció que el Poli tuviera un muelle en el culo, un resorte que lo sacudió en la silla. Al reacomodarse tras el susto y descruzar las piernas pegó con ímpetu en una de las patas de la mesa. «¡Mierda!», dijo al moverse la cerveza de los vasos y salirse de ellos para derramarse por el tablero. Y no es que esquivara mis ojos con los suyos, sino que evitó todo mi cuerpo; el rubor creció en él junto a los sudores; y miró a un lado y a otro sin dejar de moverse hasta que puso en alto una mano: «¡Niño, pasa aquí una bayeta, coño! Que no veas la que hemos liado», gritó, sin dejar de eludirme y sin mediar palabra hasta que vino el camarero a recoger la salpicadura.

—¿Le suenan de algo esos nombres? —insistí.

—No sé quiénes son. Ni idea —dijo con desaire, moviendo la cabeza en signo negativo y dando la sensación de recuperar la calma y el suelo bajo los pies; y volvió a eludir mirarme. Yo, contagiado por su nerviosismo, hice como si buscara una nota en el bloc.

—Fue en el año… —arranqué a hablar. Pero me interrumpió de inmediato.

—¿Qué quieres, tío? Te he dicho que no los conozco, ¿queda claro? —dijo al tiempo que se levantaba las gafas para clavarme los ojos; ahora sí me miró y con mucha contundencia. Se puso en pie para, desde mayor altura, forzar el gesto hasta hacerlo muy amenazante, muy penitenciario, muy de carcelero. Agarró el vaso y bebió la cerveza de un trago antes de darme la espalda para regresar a la barra en silencio y ponerse de nuevo a ver pasar a las guiris—. Ponme otra caña —le ordenó al camarero.

Yo aguardé algunos minutos algo timorato y sin saber si debía dejarlo ahí o no; de hecho, yo sí sabía que era el momento de irme, pero mi alter ego y los fantasmas insistían en continuar hostigándolo, pero por suerte no les hice caso. Dejé una moneda de dos euros en la mesa antes de marcharme sigiloso cruzando por la arena y rodeando el chiringuito para no volver a pasar por donde estaba el Policía.

Al llegar a casa lo primero que hice fue drogarme en exceso para canalizar el temor y razonar las impresiones con los espíritus y mi otro yo. Y entonces tuve una corazonada que estoy seguro de que no hubiera tenido de no haberme visto cara a cara con el Poli. Al iniciar la búsqueda, meses antes de ese día, consulté los registros del juzgado en los que estaba el archivo de la diligencia sobre la

detención y denuncia de Pinilla, pero el auto, al encontrarse fugado y pesar sobre él una orden de busca y captura, llevaba un sello impreso en el que se leía: «Anexo», y que nunca fue complementado, ya que Pinilla no apareció, siendo la causa sobreseída meses después. En esa documentación solo constan los motivos por los que fue detenido: «Posesión y tráfico de droga», sin que haya datos del momento ni el lugar en el que se produjo su detención y posterior fuga, ni rastro de la supuesta droga intervenida, ni nada de nada. El folio se remite a la denuncia policial para esos detalles, pero esta no se encuentra en el juzgado, ni tampoco aparece en el registro de la comisaría de Mossos d'Esquadra en la que debió de ser cursada. Yo había consultado esa documentación en el juzgado antes de retar al Poli, pero tras el encontronazo y su respuesta agresiva, ocupando mi alter ego toda mi conciencia, decidí hacer una visita a la comisaría en la que el Policía trabajaba entonces. Fue en ella donde, sin salirme del papel de periodista y haciéndome el tonto lo suficiente como para incorporarme de inmediato al servicio, me enteré, por boca de un sargento que me atendió muy gentil, de que el Poli en la actualidad es ya subinspector, y que sirvió en aquella comisaría durante siete años desde su graduación, y que luego fue trasladado a la central, la misma en la que trabaja ahora y en la que ostenta un cargo de responsabilidad. Ese sargento tan cortés, por propia voluntad, se ofreció a buscar de nuevo la denuncia de Pinilla en el archivo, sin encontrarla y lamentándose varias veces de que el traspapelado de muchos documentos viejos es algo habitual. Luego habló de procedimientos y protocolos con bastante soltura y sin mostrar ningún recelo. Tuve la sensación de que el hombre quedaba encantado con la entrevista, y también de colaborar, y por ello se me ocurrió preguntarle si le apetecía que tomáramos café, a lo que consintió con toda su gentileza instándome a hacerlo fuera del edificio, en una cafetería chiquita que quedaba al otro lado de la calle. Él pidió un bocadillo y una Coca-Cola. Yo café con whisky, y nada más sentir el roce del licor en mis papilas y quedar embriagado por su viaje gustoso desde el paladar hacia mis adentros, brotó en mi boca el nombre y el recuerdo de la rusa, y el sargento, con el que yo solo había hablado de Pinilla sin que él supiera quién era, perdió la vista por un instante, y pareció que el tiempo lo abofeteara, y al volver del trauma acomodó los ojos dentro de los míos moviendo a la vez la cabeza de arriba abajo de

forma lenta.

—Sí —dijo sincero, sin dejar de mirarme con mucha profundidad, resultando algo mágico para mis sensaciones compartidas encontrar a alguien que asintiera al nombre de Luda Petrova.

Y a partir de ese punto fue como si él poseyera la llave de la última puerta que conduce a la luz, así fue escucharlo admitir no haberla conocido en persona, pero sí tener la memoria fresca sobre cierto revuelo en el que el Policía estuvo investigando acerca de una mujer con ese mismo nombre, «una rusa muy guapa, hace muchísimos años», aseveró. Dando también fe de que un chico que era fotógrafo había denunciado la ausencia repentina de Luda, y que luego la investigación se tornó en contra de ese mismo chico, que al parecer había estado siguiéndola durante meses y guardaba cientos de fotografías de ella en su casa, «pero no llegó a estar acusado, fue todo muy discreto y al margen de lo oficial», dijo el sargento entre bocados, «porque la chavala era la novia de alguien importante», matizó, añadiendo que a los pocos días el asunto quedó en nada, que la propia familia declaró haberle ofrecido dinero para que desapareciera y los dejara en paz, y que ella lo había aceptado. «Pasa mucho en las buenas familias», apuntó, muy seguro de cuanto explicaba y dando la sensación de conseguir mucha lucidez sobre el recuerdo.

El desarrollo de mis aspiraciones y la recién estrenada valentía de mi gemelo mental me hicieron ganar crédito ante los fantasmas, y a medida que fui avanzando en las suspicacias empezaron a hablarme con mayor claridad en sus rumores. Ese fue mi acicate, mi zanahoria, mi gasolina, encontrar alivio en la resolución de los susurros que surgían en el acúfeno de mi oído izquierdo, ahora convertidos en jeroglíficos de los que empezaba a conocer el significado de algunos símbolos, sintiéndome con ello más cerca de la comprensión total de los murmullos que con cautela y repetición se fueron transformando en golpes silábicos y luego en vocablos

audibles, y en consecuencia mucho más sencillos de imaginar y transcribir. De ese modo conseguí la soltura con la que narro; al avanzar en la verdad liberé el texto. Se escribe a base de verdad y distancia.

Luda Petrova se quedaba sola todas las mañanas que el Señorito salía a trabajar, lo despedía en la puerta, y la mayoría de las veces volvía de inmediato a la cama a seguir durmiendo. Se levantaba bastante más tarde para desayunar en el sofá mientras veía la tele, luego se pintaba las uñas de manos y pies, ojeaba revistas de moda, se probaba los vestidos nuevos una vez seca la laca y se detenía mirándose y empezando a fantasear con todo lo que iba a hacer esa misma tarde. Tanto en lo económico como en lo sicológico, Luda vivía al día, y casi nunca iba a ninguna parte hasta que el Señorito llegaba de la oficina, entonces bajaban juntos a comer a cualquier restaurante terrenal, al Cup o a L'Espill, y después tomaban café y copa en el Voramar o en el Neptuno, y se fumaban unos porros por ahí, y se metían unas lonchas, y se daban otra vuelta, y puede que entonces decidieran salir a navegar y hacer noche en alta mar, o ir de tiendas a la Ciudad, o al cine, y acabar cenando en el Barquet o en La Salvadora; y luego más copas, y más porros y más lonchas, más bares, más fiesta. Y el bucle se cerraba sobre sí mismo, y cuando parecía que los iba a destruir se abría de nuevo y les daba respiro. Y así siempre, en una hecatombe que a Luda Petrova tenía más que encantada; puede que llegara a pensar que solo le faltaba echar un buen polvo, puede que sí. Cuando se lo pregunto, sonríe tímida, pero luego enseguida se arrepiente de haber muerto.

Imagino que la Sicóloga los veía pasar ante ella sin descanso, a pie o en el descapotable, mientras iniciaba su estanco en la terraza del Barlovento, y desde esa posición incómoda siempre acababa tropezando con sus risas y sus mimos, con toda la parafernalia empalagosa de su apariencia muy enamorada.

Y moría de envidia.

Y echaba la vista a un lado cuando el Dúmper iba a su encuentro mirándola con complicidad, tratando de arrastrarla a perderse por las esquinas, pero lo hacía después de haber estado observando a la rusa con ansia. Seguro que a la Sicóloga la ahogaba la ira deseando ser cambiada como un cromo.

En las pocas mañanas que Luda salió en ausencia del Señorito no hizo nada que no hubiera hecho estando con él, a excepción de la última. Valga decir que no hubo tiempo para más.

Por lo general, esos días en los que sí salió, pasaba por la garita de la venta de boletos para la golondrina en la que trabajaba su amigo ruso, el de la cicatriz en el cuello, con el que le gustaba conversar y por el que llegó a sentir una empatía patria en la que encontró el cobijo de comprensión que asegura la cultura materna estando en un país extranjero. Ese hombre disponía de un rato libre para almorzar cada mañana, a las diez y media, entre barco y barco, y si llegada esa hora Luda estaba allí, lo hacían juntos. Luego ella lo acompañaba de vuelta a la garita y después continuaba su paseo, en el que iba oteando escaparates hasta que llegaba a la calle Colón, y allí, desde una esquina, veía de lejos la puerta del bar Taurino, y los portales desconchados, y los perros comiendo en la calle, y la ropa tendida en los balcones, y los niños gritando y tirando piedras. Y daba media vuelta.

Alguna que otra vez paró en el bar del Mercado, a tomar un vermú o dos, antes de volver a casa; allí la vio el Poli mientras la seguía.

Ese chico ruso, el amigo de Luda Petrova, no fue sincero con ella en muchos aspectos, su simpatía y afinidad no eran desinteresadas, y ella no se dio cuenta hasta que fue demasiado tarde. El ruso le

mintió cuando Luda le preguntó si conocía Chechenia, a lo que él dijo que no; y tampoco dijo la verdad acerca de la causa de la cicatriz, que no fue en un accidente con un líquido para el encendido de una barbacoa como le explicaba a todo el que se interesaba. La quemadura la sufrió al encontrarse montado en un UAZ del ejército glorioso, y que recibió la onda expansiva de un impacto de mortero que cayó a pocos metros del automóvil, el cual quedó por unos segundos envuelto en una llamarada, en Grozni, donde, gozando de una suerte inconmensurable, al ver el fuego aproximarse le dio tiempo de cubrirse la cara con los brazos; se le incendió la ropa y abrasó parte de su piel durante el tiempo que tardó en salir del coche y desnudarse, y el mayor castigo se lo llevó en el cuello, donde llevaba una braga de tela sintética que se desintegró literalmente y se fundió con su dermis. Y cierto es que la apariencia de la quemadura era mucho más alarmante que la gravedad real que conllevaba, y que a él le valió para evitar el campo de prisioneros y ser incluido en el mismo retén de salida de rusos en el que Luda Petrova abandonó su ciudad natal; es muy probable que no hubieran viajado en el mismo tren por una cuestión de horas. Y más verdad es que ese tipo calvo, encorvado y de nariz aguileña fue delegado de intendencia en el puesto improvisado del almacén donde estuvo escondida la rusa, en Grozni, y que gracias a ese cargo, junto a otros privilegiados, se daba con frecuencia el lujo de mirar por un ventanuco cómo el Capitán se la follaba por todas partes en la trastienda, cómo la azotaba, cómo la movía de un lado al otro de la habitación, a cuatro patas, atada a una correa por un collar como si fuera una perra; vio cómo la vejaba a cada momento de aquellos seis días, azotándola en ocasiones con saña, día tras día, noche tras noche, para acabar cada una de las veces eyaculando sobre sus pechos, o dentro de su culo o en su boca. Fueron varios los que vieron cómo ella obedecía a todo cuanto le era ordenado; cómo se arrodillaba en el centro de la sala, erguía la espalda, alzaba el cuello y sacaba la lengua para ser bucalmente inseminada. Y todos contemplaron incrédulos y erectos cómo la llevaba al éxtasis de manera múltiple todas esas veces, en cada ocasión de cada lance, fuera cual fuera el exceso, sin que se opusiera lo más mínimo. De manera burlona la llamaban la Prisionera, como escuchaban y veían que la llamaba el Capitán, y como ella atendía mientras ellos miraban. En ese ventanuco estrecho siempre había alguien apostado, allí siempre hubo

voluntarios dispuestos a hacer guardia.

Ella me dice que sabía que la miraban, y que tampoco eso le importó, que lo disfrutó de igual manera que todo lo otro que el Capitán le hizo. Y que no se arrepiente de nada; no de eso, por grande que acabara siendo el desengaño de su involuntariedad.

El ruso calvo mantenía una relación telefónica con un compañero que estuvo en un campo de prisioneros, en Chechenia, el mismo en el que estuvo el Capitán y donde habló de su esclava de ojos grises. Meses después, esas voces llevaron hasta los oídos del militar el paradero de Luda Petrova.

No dudaría, si alguien me jurara, de que, siendo tal su belleza, ese oficial del gran ejército, un tipo magnánimo y tan acostumbrado a mandar, se desvaneciera solo con escuchar la mención de su nombre y caer en el recuerdo de su mirada incolora, y que sucumbiera al intuir el olor de su piel de jazmín enrojeciendo bajo el cuero, o el sabor amargo de su sudor y sus flujos, que quizá enloqueciera al pensarla, y que al sentirla viable otra vez en sus manos hubiera cruzado el planeta en su busca por tal de dominarla de nuevo. Puede que sí, pero, siendo muy franco, yo no lo creo de esa manera. Prefiero pensar que le importó una mierda que se encontrara aquí o en el culo del mundo. Es más: creo que se la estaban chupando mientras recibió el chivatazo, que le costó saber de quién coño le hablaban, y que pensó que a él qué cojones le importaba si aquella zorra seguía viva; eso creo. Quiero pensar que si el Capitán decidió venir a buscarla fue porque el calvo dio parte de cómo la rusa lucía palmito a todas horas, que se había puesto más buena que nunca, y que se iba a casar con un tío que estaba forradísimo; en definitiva: que iba camino de la antípoda del proletariado como cualquier hijo de la madre patria.

Y no soy capaz de adivinar de cuál de los tres rusos fue la idea de chantajearla. En cualquier caso, los tres quedaron pronto de acuerdo.

No fue nada instantáneo, pasaron semanas de días largos para el Policía, intentando cuadrar la patrulla para poder estar en el pueblo durante las mañanas, a ver si tropezaba con Luda Petrova en cualquier calle o la avistaba en algún bar, y a veces se veía obligado a enredar a su compañero para hacer ronda por el puerto, o utilizaba algún pretexto inventado para quedar detenidos en una esquina cerca de su casa. Y cuando no era en un sitio, era en otro; si ella salía, la acababa viendo caminar o sentada en cualquier terraza, y entonces, al ver que iba sola o que a lo sumo almorzaba con el ruso al que el Señorito no temía, quedaba tranquilo. Y, rápido, buscaba un teléfono para dar parte al Harki. «Sin novedad» o «conducta regular», le decía al argelino en sus comunicaciones, queriendo aparentar mucha profesionalidad, y para quitarse de encima el marrón y poder dedicarse a la patrulla y las labores de papeleo en comisaría, que con todo lo que le mandaba el Harki se le hacía eterno. Si llegada cierta hora no alcanzaba a verla, daba por hecho que no había salido, y de la misma manera lo comunicaba. Pero seguirla, seguirla, lo que es ir detrás de ella y controlar todo lo que hiciera durante horas, no lo hacía nunca, ni siquiera en sus días de fiesta, que fueron los que más tiempo le dedicó. Salvo aquel último día, la mañana en que Luda Petrova se citó con el Capitán en una pensión de la Ciudad. Ese día, el Policía la vio subir a un taxi y la siguió en todo momento.

Era la primera semana de septiembre, dos días antes del último día.

Ya se había puesto el sol, los cúmulos de luces amarillas ganaban cuerpo y temblaban en los bares del puerto; en uno de ellos, en la mesa más grande de una terraza amplia, estaban acomodados Luda y el Señorito, liderando un cerco grande de sillas enculadas por la nube de vividores, la nata y la flor del ámbito local y los lugares

cercanos, los insectos y las víboras, aquellos que eran solo piel y vanidad; toda su esencia aparentadora quedaba exhibida en la extensión del tablero. Y el círculo y el entorno se fueron ensanchando con la llegada de voces y risas nuevas que se sentaban y pedían copazos tan largos como la mesa, tan cargados como sus bolsillos, y que se sumaban con cercanía al jolgorio pueril de la despreocupación veraniega, y con la misma cordialidad eran bienvenidos antes de tomar asiento a través de saludos, palmeos y besos. El conjunto de egos y los brillos de su opulencia conformaban un celaje que en la distancia temblaba como el resto de las luces. Eran un amasijo de calaña bien parida y mejor perfumada despuntando con ausencia desdeñosa del pelotón turístico que se movía masificado y sin rumbo a su alrededor. Desde la rotonda del Club Náutico hasta la rambla de moreras, el puerto era un rumor de bochorno a la sombra de la luna estrecha, estrecha como su reflejo flotando en el agua oscura, y que era una alegoría del futuro de Luda Petrova, providencia que nadie supo ver. Ni siquiera los más borrachos, aquellos que nos asomamos con frecuencia a vomitar en el agua.

La rusa ocupaba una silla privilegiada en posición respecto a la mesa. Seguro que estaba en el sitio en el que hubiera ido el trono, y el Señorito a su lado poniéndole la mano en la rodilla cada dos por tres, y aclocándole la boca entre el hombro y la oreja para besarle el cuello a cada rato, y demandándole besos hondos que todos vieran. Seguro que ella se sometió ante la pesadez sin perder la sonrisa, sin dejar de acatar con total pleitesía y de reírle las gracias, las de él y las de los demás de las que él se riera.

Allí estaban, todos agazapados tras el matorral de copas y botellas vacías amontonadas junto a las que iban llegando llenas. Tras los ceniceros desbordados como sus palabras hirientes y confiadas, al recaudo de la supremacía que cabe en una cartera. Sus bocas eran como esos ceniceros, sí, creo que es una buena comparación, y sus culos eran como sus carteras. Y a cada minuto, alguno de ellos se llevaba su trocito de cielo al lavabo y en él se metía una raya y se hacía un cigarro que era compartido en la terraza para deleite de

las apariencias, y sin importarles que se oliera la coca quemada desde las otras mesas; formaba parte de la exhibición. En todo el paseo no había una mesa más feliz en apariencia, ninguna con más porvenir que aquella.

Toda esa luz que surgía de ellos los equivocaba de percatarse de nada de lo que pasara en el tumulto abarrotado que iba calle arriba y calle abajo en otros bares y tiendas, el propio fulgor de su vanidad y privilegios los impedía ver las esquinas por las que escapaban el Dúmper y la Sicóloga, que se escabullían en cuanto se hartaban de que su frustración y anhelos no pudieran quedar escondidos en el simulacro, como pasaba con los de los demás. Y todo lo que se quedaba fuera de esa burbuja era invisible, se volvía oscuro como el agua en el que yo tantas veces vomité y en el que temblaba la luna estrecha.

Del barullo oscuro que envolvía al grupo surgió una bruma gris que cobró color al quedar iluminada por el aura de las bombillas que alumbraban desde el techo del entoldado; esa silueta ya coloreada penetró en la intimidad restringida de la mesa, y Luda Petrova no la vio acercarse. Sí reparó en ella el Señorito, puede que por azar, puede que por magnetismo. Él vio que se acercaba un hombre mucho mayor que él, tanto que podría ser su padre; de hecho, llegó a pensar que se trataba del de uno de sus amigos, pero ante la claridad de su cercanía, pronto estuvo seguro de no conocerlo de nada y desde esa óptica pudo suponer que era extranjero. Vio su pelo muy corto, cano por entero, la cara cuadrada, los ojos azules, los pómulos angulosos, la nariz recta, los labios finos y los dientes pequeños. Vio acercarse a un hombre alto, delgado y fuerte para su edad, de espalda ancha, porte erguido y brazos rellenos de tatuajes negros que salían de las mangas de la camiseta. Un hombre que cruzó por la cabecera opuesta a la que albergaba el trono de la rusa, quebró el aire dando zancadas firmes como si se tratara de la avanzadilla de un desfile, y se acercó a Luda Petrova sin reparar en nadie ni perder la elegancia. Se agachó a su lado con mucha seguridad y le habló, en ruso, por supuesto; le dijo algo que nadie pudo traducir. La jarana de las conversaciones se detuvo de manera

paulatina a medida que el Capitán se acercaba a ella por su derecha, y al completo cuando la alcanzó. En su cerebro, la voz fue procesada antes que la imagen. Esa voz le pidió que se vieran, y pronto; la mirada sugirió que era importante.

No lo sugirió, lo ordenó a riesgo de castigo, como se le ordena a un prisionero.

El mandato fue tajante y explícito, lo fue tanto y tan profundo como el gesto desvanecido de ella, que por poco no se hizo eterno; sus ojos se abrieron, se le rizaron las pestañas como las persianas verdes de las casas viejas, y el fondo de su vientre tembló con fuerza sísmica haciendo que los pulmones tardaran en expulsar el aire. Por poco se muere del acelerón, le tiritó la memoria en la garganta antes de conseguir reaccionar, y habló también en ruso, dijo algo que tampoco nadie supo entender. Fue una frase escueta suplicando dos días para sobreponerse al temblor, a la turba del pasado que le acababa de cruzar la cara de un manotazo.

La rusa intuyó que el Capitán no había venido a fustigarla, sino a otra cosa, lo intuyó rápido a pesar del shock, y supo ver de antemano lo mucho que tenía que ver quien ella creía su único amigo, el calvo ruso. Fue a través de él como concertó una cita con el Capitán, dos días después, en una pensión de la Ciudad, y a la que Luda Petrova acudió en taxi.

8

La literatura es siempre una expedición a la verdad.

FRANZ KAFKA

A los Señoritos, un lazo que era casi umbilical los ligaba al agua salada desde antes de tener ellos memoria, un gen habituado a cohabitar en una nave sin importarle las vicisitudes respecto a la comodidad, que a pesar del paisaje podía ser escasa para alguien ajeno a la vida en el mar, más en el caso de estar revuelta. La rusa no padeció nunca mareos ni se sintió desplazada, en absoluto, descalza sobre la teca de la cubierta fue muy consciente de lo bien que lucía su melena sacudida por el viento, ondulando con la misma cadencia que imponía la marejada. Sin embargo, la Sicóloga jamás encontró el mínimo confort en las limitaciones marinas del desierto marítimo, no halló paz ni libertad en ninguno de los barcos que la familia tuvo después del First Lady, en el que ella no llegó a navegar. Y puede que se sintiera muy traicionada cuando el Dúmper accedió a asistir a la fiesta de aniversario de la botadura, a la que la chica no estaba invitada, dejándola él en tierra sin importarle que quedara sola, sin indignarse porque su falsa apariencia no diera la talla para subir a bordo, ni siquiera ese día en el que subió todo el mundo. La chica empezó a quedar varada entonces sin saberlo, y habría sido un buen momento para dar media vuelta y repensarse la ubicación de su mundo. Quizá se hubiera salvado de aprovechar la marea baja para adherirse a otra textura vitalicia en la que no tuviera que esforzarse tanto para ser visible, otro lugar en el que trascender pareciendo interesante a ojos de alguien más distinguido que el Dúmper, que para colmo de su frustración era el único que le dedicaba atenciones y, cuando lo hacía, siempre era a hurtadillas.

Pudo haber sido fácil mutar en ese tiempo, haber saltado y reinventarse en otro grupo de personas; aunque no con tanto dinero, sí los hubo mejores, y también mucho peores. Pero no, ella desistió de analizarse, aún no era sicóloga ni sabía que llegaría a serlo, de hecho dejó los estudios al acabar el COU, el año anterior, pero no le gustaba la idea de tener que trabajar como insistían sus padres desde entonces, ella esperaba algo mejor, un golpe de fortuna. «Después del verano me pongo a buscar en serio», les juraba, desde hacía un verano, sin perder la esperanza, ni la pausa, ni la quietud.

La Sicóloga hizo tiempo sentada en la terraza del Barlovento, puede que se rizara las puntas del pelo, que sacara un espejo del bolso para retocarse el maquillaje, y que después se pusiese a hacer cuenta del dinero que llevaba en la cartera antes de pedir otra cerveza. Me atrevo a pensar que habló con alguien sin cercanía, y que en pocas palabras buscó una excusa al porqué de no encontrarse ella en otra parte. Y aguardó inmóvil a que el barco volviera para seguir acompasando las fiestas a las que sí tuviera permitido el acceso, y seguir desde su rinconcito de humildad e irrelevancia confiando en el resbalón de cualquiera de las otras, de la que fuera, un descarte azaroso que le hiciera ganar peldaños y posibilidades. Y así pasó. Ella fue la que más ahínco puso tras la ausencia de la rusa, y su ascenso llegó a ser incluso más fulgurante, casi tanto como imprevisible.

La Sicóloga no se acostumbró ni a los barcos ni a nada, y siempre ha sentido que no tenía posesiones propias, hasta la niña es más de ellos que suya. A pesar de haber podido desarrollar su existencia en diferentes casas, no se le hizo sencilla en ninguna de ellas, en gran medida por el dictamen inquebrantable de vivir todos juntos en cualquiera de las propiedades en la que decidieran instalarse, daba igual esta o aquella, pero todos juntos como siempre. En todas las casas se sintió exigida por la reprensión de simples gilipolleces, siempre acuciada por obligaciones, ya fueran tangibles, anímicas o morales, siempre escuchando reproches y sermones acerca de actitudes mejorables, harta de flotar con constancia en

comparaciones con otras mujeres de conducta inmaculada.

Y todos los putos domingos a misa.

Y cada poco a posar y fingir en las comidas multitudinarias de cada uno de los banquetes de las muchas bodas, bautizos y comuniones a las que acudieron a estirar la mueca y sonreír mucho, a cumplir con el deber de la saga y mostrarse todos sumisos, recatados y fieles en esos eventos de pompa excelsa rellena de reprobación visual. Iban a que los vieran, y a ella la ponía enferma tener que simular que no la incomodaba recibir ojeadas severas de personajes estirados que no conocía de nada, y que al mirarla daban la sensación de haber esperado bastante más de ella.

Y en la Casa Grande podía llegar a ser peor, entreviendo en cualquier momento la oreja expectante de los sirvientes personificados en todas partes, detrás de las paredes, tras el linde de cada puerta, confundidos con el mobiliario en los salones. Parados con eficiencia cada uno en su sitio esperando ser puestos en marcha al recibir órdenes. Pareciendo ausentes ante todo lo que no fuera ser mandados. Atentos solo a aquello que para bien o para mal sucediera por culpa suya, quietos sin rechistar en las esquinas con los brazos cruzados por detrás de la cintura, sumergidos en una eterna apariencia de muñeco de cera. Pero solo en apariencia, claro, porque muchas veces con la mirada bastaba para que lo dijeran todo, y más a ella, que sentía que la servidumbre la fiscalizaba visualmente con demasiada igualdad. Le era imposible entender cómo el resto de la familia podía discutir de cosas serias delante de ellos sin el mínimo pudor a ser escuchados, o dar opiniones sinceras, hacer confesiones íntimas de sus actos y pensamientos, o hablar mal de terceras personas, como si realmente estuvieran solos, sin caber vergüenza en ellos por la presencia de los criados y las criadas, siempre allí tiesos y tiesas captándolo todo. No era capaz de asimilar cómo podían llegar a creer que no están, que no son, que no viven.

Saber habitar con eso también es algo genético.

De sus relaciones sexuales, por lo rácano y breve en sustancia, no se enteraba nadie por más que quisieran escuchar las paredes; no se enteraba ni ella. Y más de una y mil veces imaginó al Dúmper penetrándola en cualquiera de las habitaciones de los distintos palacios, y pensó en la suma de ruidos satánicos que sus cuerpos producían en cada unión, y estuvo segura de que, hasta desde la alcoba más alejada de la Casa Grande, el ritmo palmero y fuerte del eco de los muslos chocando en sus nalgas, y el timbre desquiciado de sus voces cuando le daba mucha caña, serían capaces de mover las porcelanas dentro de los armarios, de descompasar el péndulo del gran reloj, de hacer temblar los crucifijos y los utensilios de la chimenea; estuvo muy, muy segura de que ese calor que salía de sus entrañas cuando el Dúmper la follaba, por sí solo podría encender el fuego. La Sicóloga se masturbó mucho en los primeros años de casada, y lo hizo en respuesta a la frustración vital más que por deseo sexual no resuelto, y casi siempre buscando en la memoria el sabor de los varios encuentros clandestinos que mantuvo con ese hombre tan plebeyo como ella en el transcurso de ese verano. Pero en uno de esos bucles sin sentido tardó el mismo tiempo en dejar de evocarlo en fantasías que en darse cuenta de que desapareció de la realidad a la vez que la rusa. Lejos del desahogo sexual no lo ensoñó para nada, nunca. Ni siquiera para creer que se hubiera fugado por fin con Luda Petrova como él anhelaba.

Las consecuencias de mi atrevimiento por ir a buscarle la boca al Poli, y de preguntar por él en la comisaría, fueron cuando menos peligrosas, por muy gratificantes que resultaran en lo informativo. Cabe confesar mi temor el día que, al salir yo de casa, mis fantasmas me dijeron que sospechaban que alguien nos seguía. Y pude pensar que podría haber algo de cierto al no querer ser recibido por la madre del Dúmper, la última vez que fui a verlo: la mujer, de entrada, me dio varias excusas incongruentes a través del interfono; después de insistirle con mucha palabrería se avino a

atenderme cara a cara en el rellano sin dejar que pasara de la puerta; pude atosigarla hasta que me reveló que había recibido la visita de un abogado que le sugería no hablar más conmigo, convenciéndola de que mi afán en este asunto era difamatorio, tanto como perjudicial para ella y su hijo, porque si yo no cesaba mi empeño habría consecuencias legales graves en las que se iba a ver involucrada.

El absurdo era evidente, pero la señora lo creyó cierto.

La vecina del segundo me paró en la plaza; salió del edificio detrás de mí. Dijo haber estado escuchándome hablar con la madre del Dúmper, y a cambio de diez euros me contó que ese abogado representaba a unas personas que se apiadaban económicamente del chico a partir de esa visita. Aseveró que había escuchado también la conversación que el emisario mantuvo con la mujer, en la que prometió pagarle un dinero fijo para cubrir las atenciones y necesidades del chico, que eran a cambio de repelerme en el caso de volver yo por allí. La vecina descubrió sin distancia que, después de atender a esa charla y escuchar el trato, había pasado a subir a treinta euros el precio por las pajas.

Luego, al cruzar la plaza y dejarla atrás, en una calleja sombría y sucia entre edificios, se me acercó un gitano gordo, con barba larga y rizada, y me dio un empujón con la panza que por poco me tira al suelo: «Ándate con ojo, ¡bocón!», me gritó, y se me quedó mirando con fijeza durante mucho tiempo mientras yo me escabullía; no dejó de mirarme y de repetir: «¡Bocón! ¡Más que bocón! ¡Ahí te mueras ya mismo!», deseándome la muerte a voces hasta después de salir de su campo visual. Acuciado de prisa por el percance, y antes de abandonar Poniente, no me ocupó tanto miedo como para prescindir de hacer una visita rápida a mi camello habitual como era mi intención, y para mi sorpresa, este no quiso atenderme, tachándome también de chivato, y soltando, de igual manera que el gitano, varias amenazas de muerte en el supuesto de volverme a

ver. Entonces sí tuve bastante claro que los Señoritos, el Harki o el Poli, quizá todos juntos, sabían bastantes cosas de mí y pretendían que me acojonara.

Confieso que después de aquello llegué a pasar miedo de veras, al menos unos días, y que entonces, atenazado como me sentí, no llegué a pensar que de verdad me acabaría viendo en el lugar donde me encuentro ahora, con las manos en el teclado explicando todo esto, transcribiendo una realidad que es como el poso del café, bruto y esclarecedor.

Estuve algunos días sin salir de casa. No me costó recurrir a otro proveedor de droga en otro barrio, los barrios y la droga en la Ciudad no te los acabas, son como la nube de la petroquímica, están en todas partes las veinticuatro horas del día.

Permanecí muchas horas insomne y a solas con mis fantasmas, me encerré y no hice más que colocarme sin dejar de darle vueltas a sus palabras, me esforcé en descifrar su idioma, y al persistir en repeticiones con la misma efusión y compromiso con los que reescribo los textos buscando la sonoridad que intuyo precisa, el acúfeno, que iba dejando de ser un ruido extraño, pasó a unir los vocablos creando conjuntos que renunciaban a ser viento interno, y ganaron armonía hasta tener el ritmo vocal formando frases que acabaron por ser lenguaje.

Cuando por fin salí a la calle después de la experiencia, lo hice para visitar al Buruba; convencido de poder enfrentarme a su distancia, fui a rogarle que renunciara al engaño del olvido, a la indiferencia esparcida por los años. A hacer que desistiera de prolongar el silencio. Pensé en pedirle explicaciones sobre la denuncia que hizo por la desaparición de la rusa, y de la investigación de la que, según el sargento, él mismo acabó siendo objeto, saber por qué no me dijo

nada de eso. Fui a su casa a implorarle que se quitara la máscara y me hablara de su obsesión por ella, de sus fotos, y de la verdad. Para recurrir a la épica del recuerdo infalible, al instinto salvador de lo que es justo, me mentalicé en un discurso con el que hacerle ver a ese hombre daltónico que no se trataba de curiosidad difusa como los colores que él no veía, sino de iluminar la verdad. Eso era, una cuestión de luz. Me planté ante él y le aseguré que la nobleza interina de las almas a la que recurren las novelas baratas sí existe, por más que yo no crea en ello. Y lo hice sin permitirme sufrir por mí o por mis creencias, si escribo esto es porque sigo vivo, lo que suceda conmigo después da igual. Ahora lo realmente importante para mis múltiples interiores es la supervivencia con la que poder dar cuenta del final.

9

Luda Petrova salió del piso del puerto aquella última mañana abrazada a toda su decisión como si fuera Lilly Dillon, con esa misma prisa y que era prudencia en realidad, moderación guarecida en la premura, una cautela evidente por rápido que se desplazaran sus pies; por más fijeza evasiva que aparentara su marcha, caminaba con recato, sabiendo que el lodo que pisaba era capaz de atraparla, puede que por eso corriera.

Iba con la cara alta como siempre, con las Vuarnet especiales para navegar cubriéndole medio rostro. Calzaba unas zapatillas de deporte negras, vestía un pantalón corto color vaquero y una camiseta gris; se movía cogida al bolso, lo hizo rápido hasta llegar a la parada de taxis en la glorieta del Club Náutico. Allí la vio el Policía, que circulaba lento por el paseo, junto a su compañero, en un coche patrulla. Y fue de refilón, de puta suerte; a él le pareció ver una tía buena a lo lejos y al enfocarla bien se dio cuenta de que era ella, y le extrañó encontrarla entonces, le pareció que era demasiado temprano para andar callejeando, aún no habían abierto las cafeterías de moda ni las garitas de las golondrinas, solo en los bares de la segunda línea había gente. Al Poli también se le hizo raro que fuera tan poco arreglada para lo que en ella era habitual durante sus andanzas matutinas.

La vio caminar unos metros y subir a la parte trasera de un taxi.

El propio Policía dio testimonio varias veces acerca del itinerario que Luda hizo esa mañana, lo explicó pocos minutos después de seguirla de vuelta al puerto y cerciorarse de que se quedaba en el piso, al mediodía, cuando de inmediato telefoneó al Harki para dar parte de la escapada y el encuentro. La segunda vez que narró el

periplo matinal de la chica lo hizo con más detalle, como si hubiera tomado notas; fue unas horas más tarde y de viva voz, ya en presencia del argelino y del viejo, en las oficinas del grupo y estando el Señorito aislado en un despacho contiguo. Y tuvo que hacerlo de nuevo nada más acabar de contarlo por segunda vez, se lo hicieron repetir todo, de pe a pa, inventándose él detalles sobre la marcha, pequeños embustes que cuadrasen con su testimonio al responder a algunas de las preguntas que le formularon el viejo y el Harki cuando acabó de contar, improvisando la respuesta a matices poco importantes en los que no hubiera reparado y asintiendo a cosas de las que no estaba seguro o simplemente para las que no tenía respuesta por descuido; esas mentiras fueron en realidad banales, y aclararon con ficción minutos de seguimiento y algunos lapsos breves en los que la perdió de vista o no supo qué hacía, datos que fabricó sobre la marcha y los dejó ir sin más afán que parecer muy profesional como investigador, porque en sustancia todo lo que contó de ella era cierto. Muy cierto. Después recibió la orden de ir a recogerla al piso del puerto y llevarla a la Casa Grande.

—¡Que te van a dar pal pelo, guapa! —le dijo el Poli a la rusa, a la vez que le miraba las piernas por el retrovisor, quebrantando el mandato del viejo respecto a no hablar con ella de nada. Luda no fue capaz de entender del todo el contexto de la expresión, pero sí dilucidó el tono hosco y pudo ver las pupilas babeadas reflejarse en el espejo buscándola, y las comisuras relamidas, y la boca honda y negra, detrás de las encías azulosas pudo ver que escondida bajo la risa cínica rugía una hiena amaestrada esperando las sobras del almuerzo; en lo profundo del Poli, tras los dientes barnizados de tabaco y cocaína, el hedor era de hambre animal. Palpó la halitosis, fue como un rebote de vahos en el espejo a los que Luda respondió con un gesto de asco apartando los ojos del azogue sin temor y con desprecio, sabiendo que ese perro solo era un siervo, y paró la vista fuera, sobre la calle que transcurría veloz, escapando de la ventanilla entelada por su propio reflejo.

Aunque no sintió terror ante las miradas penetrantes y erectas del

Poli, sí estaba nerviosa, bastante por todo cuanto temía que fuera tal y como pensaba, tal y como parecía que iba a terminar siendo.

Se cambió de ropa y se puso guapa al llegar de su encuentro furtivo con el Capitán, cuando pensaba que nada podía ir peor, cuando su única preocupación era reunir dos millones de pesetas para deshacerse de él; eso le pidió el militar: una cifra en rublos equivalente a dos millones y poco, ese fue el castigo impuesto sin que hubiera opción de descarte para ella ante la cifra, que pasó a ser una deuda.

Y entonces yo interrumpo su relato, quiebro la palabra de su fantasma y le exijo saber si existió algo más entre ellos aparte del chantaje, se lo exijo para poder seguir escribiendo, necesito que me diga si hubo placer descarnado e hirientemente deseoso en aquella pensión de la Ciudad al margen de la humillación del soborno. Le pregunto si se entregó a él, o si la exigencia solo fue economía de guerra, un simple chance cabrón. Y ella musita algo que no alcanzo a entender, y se hace la loca, y sigue a lo suyo.

Luda Petrova se volvió a cambiar de ropa cuando el Poli llamó al timbre para decirle que bajara, que lo hiciera de inmediato, que la esperaban en la Casa Grande. Ella obedeció intrigada, ya lo estaba por la tardanza del Señorito en retornar de la oficina. Desde el principio le pareció que la habían pillado, lo supo por la vibración de la circunstancia, y pudo presentirse también objeto de un despido por negligencia grave, pero no se le pasó por la cabeza que la fueran a matar, en ningún momento, ni en uno solo de los presagios que le atravesaron la mente cupo la idea de no vivir mañana: ni al vestirse, ni al subir al coche, ni en la carretera, ni siquiera al traspasar el vallado de flechas de metal forjado que cerraba la Casa Grande, no sintió la razón en la que su vida se constreñía arrugada en un puño férreo; no imaginó su propia falta de asistencia al después.

La ingenuidad la puso lejos de la lucidez adecuada, que debería haberla hecho saltar del coche y ponerla a correr sin parar hasta llegar a Rusia, pero a ella la condujo a rumiar calmadamente maneras nobles de explicarse, al menos en lo emocional, argumentos con los que salir ilesa del desliz, sin pensar para nada en no existir. Y creyó reunir fuerza para dar cuenta del problema sin reservas, haciendo frente a su pasado con toda la dignidad posible; quiso entregarse al juicio del Señorito asumiendo el error y alegando su falta de voluntad respecto a él. Luda no sabía entonces que papá y el Harki eran parte del comité inquisidor. No llevaba el tiempo suficiente para saber que en la familia era todo todos juntos.

El Policía detuvo el coche delante del acceso al edificio principal y bajó apresurado para abrir la puerta trasera por la que salió la mujer; él *sí* sabía que desde el umbral del porche estaba mirando el viejo y quería mostrarse muy preciso ante él. Luda avanzó un trecho adoquinado en el que el palmeo del sol en su cara hizo que tardara unos pasos en darse cuenta de que el Señorito no aguardaba solo. En cuanto él la vio, salió a su encuentro muy preocupado por la situación: «¿Qué has hecho?», inquirió en tono de reproche y condena, al haber sido puesto en antecedentes de manera muy leve. Los detalles gordos debía darlos ella. Luda no respondió a la pregunta, se limitó a darle un beso que casi fue gestual, ofendida por la contundencia y el quejido de los ojos del Señorito, que acumulaba brillo lloroso y rojez en los carrillos. La rusa siguió la marcha hacia el interior de la casa, plena del porte que solo ella tenía, asumiendo ya, ante la cavidad y punción de los repasos visuales que el viejo y el argelino le lanzaban, que nada de aquello iba con el chico, que era cosa de ellos, ellos la habían pillado con la ayuda del baboso, y a ellos debía rendir cuentas. Luda lo tuvo claro mientras todos la seguían con la vista. El que lo hacía con más distancia sobre todo lo sucedido era el Poli, que más que nada le miraba el culo.

La chica cruzó el porche y el hall detrás del viejo y el Harki, al que

solo conocía de verlo de lejos y en su papel de asesor de seguridad, huelga decir que se había dado cuenta de que él sí era más que un esclavo, que era de los pocos perros que se sentaba a los pies de la mesa; cuando el mantel no era muy fino tenía permiso para acercarse y recoger lo que le tiraran o cayera, y a veces hasta le dejaban lamer los platos; era un perro listo, de eso sí se dio cuenta la rusa en aquellas pocas semanas. Unos metros por detrás de ella caminaba el Señorito arrastrando los pies, con la cabeza gacha, confuso y sintiendo que estaba a punto de ser humillado de manera mezquina y por dos veces, por ella y por su padre. El Policía cerraba el grupo e hizo lo propio con la puerta después de ser el último en acceder al gran salón de la Casa Grande, en la que todo el servicio había sido revocado de sus obligaciones en las zonas nobles, incluidos el jardín, el garaje y la piscina.

El viejo tomó asiento en una butaca orejera junto a la chimenea, debajo del gran reloj. El Harki acercó una silla e instó a Luda, que obedeció, a sentarse en ella. El argelino quedó de pie, el Señorito y el Policía también, todos parados y en silencio, como si fueran criados en espera de recibir órdenes.

—Cuéntale a mi hijo qué has hecho esta mañana —habló papá, lento, con su voz de ogro negociador, muy calmado, como si saberse metido en lo más hostil de esa tormenta le inspirara sosiego en aras de la paz que esperaba tras ella.

Luda levantó los ojos y los miró a todos uno por uno. Sintió que era un árbol a punto de ser talado, que sus palabras no servían, que podría hablar de la situación sin parecer tonta si pudiera expresar en ruso lo que tuviera que decir. Y de pronto la poseyó un desaire en el que se vio ridícula tratando de dar explicaciones en ningún idioma: «He ido a ver a un hombre», aceptó con orgullo su acento ruso. Y sí hubo algo de zozobra en la pronunciación del sustantivo «hombre», asumiendo su infortunio y la plenitud del significado; lanzó la frase que era una verdad irrefutable, tanto como la de

alguien que se arroja a sí mismo por una borda, como quien salta a la vía ante la inminencia del aullido metálico del tren.

Con las cuencas oculares muertas, la rusa me explica al oído que se sintió a gusto en aquella degradación, se define como excitada, dice que la abrumó algo parecido al placer, palideciendo en la silla bajo el aura de poderes y violencias contenidas en esos hombres de moral erguida, dispuestos a castigarla, repletos de ganas de hacerlo. Yo quedo atónito, mudo ante la confesión tan severa en la que jura que no quiso defenderse verbalmente, que se evadió de la necesidad de encontrar una justificación a su pecado convirtiéndose en prisionera sin pensárselo, perdiendo la voluntad como otras veces. Me dice que se rindió aceptando la idea de ser desterrada, y que no le importó tener que empezar de cero en otro escenario, aquí, allá, o donde fuera, poderío para eso le sobraba, lo mismo que autoestima, a pesar de su afiliación masoquista. Y estoy segurísimo de que, de haber dicho la verdad, el Señorito hubiera alcanzado a entenderla, a intentarlo al menos, y puede que también de haber mentido con eficiencia. Él estaba muy enamorado. Pero el Señorito ya no tenía ni voz ni voto sobre esa decisión. El viejo la quería lejos y así había de ser, la escenografía no era más que la demostración de algo.

Entonces me detengo a mirar dentro de sus ojos vacíos, y aparto las manos del teclado con duda, lo hago ahora mismo para preguntarle cuál es la verdad: «¿Qué pasó en la habitación de aquel motel?», insisto, quiero saber si hubo algo más que palabras y condiciones de pago. Se lo pregunto una y otra vez.

¿Qué sentido tuvo morir entonces?

¿Qué sentido tiene mentir ahora?

—Cogió un taxi a las nueve menos cuarto, que la llevó a la Ciudad. Se vio con un viejo en un bar de la Vía Augusta. Luego fueron juntos a la pensión Amantes, en la misma calle, y subieron a una habitación. Allí estuvieron cincuenta minutos. Ella pagó mil seiscientas pesetas en la recepción, antes de marcharse. Al salir, caminaron hasta desembocar en la Rambla, y en ese punto, cada uno se fue por su lado. Ella cogió un taxi y llegó al apartamento a las doce menos veinte, a, eme —repitió el Poli por cuarta vez en el día.

La voz que salió de aquella boca negra era suficiente evidencia, todos dieron por bueno el testimonio del Policía, más cuando ella siguió sin mediar palabra tras oírlo, no intentó réplica ni la negación del desliz sexual siquiera. No denunció ser víctima de un chantaje por un pasado reprobable de placer extremo e indigno de ellos y su mundo prefabricado, algo inexplicable para su impotencia, para la del Señorito como poco. Con esa altivez los miró la rusa, como a unos pichafrías.

«¿Por qué, por qué te quedaste muda?», le pregunto otra vez, «¿qué pasó en esa habitación?, dímelo, por favor». Y calla para mí como calló ante ellos. Y me mira lasciva.

El viejo buscó los ojos de su hijo por si tenía algo que decir. Al ver que no, y sin querer prolongar el flagelo, hizo un gesto al Harki, que debía ceñirse al siguiente punto del protocolo con el ofrecimiento a la rusa de una cantidad de dinero para que se marchara por y para siempre. El argelino y el viejo habían hablado de eso y de las posibles reacciones tanto del chico como de ella, y hasta ese momento todo discurría según lo previsto. Y la vieron tan callada y sometida que pensaron que les iba a salir barata. No sabían cuánto se equivocaban.

Al Señorito, más hondo que la traición, lo apuñaló el matiz del tiempo: «Cincuenta minutos», se dijo con contundencia, y dilucidó en ese instante el recuerdo del hombre que se acercó a ella la noche de hacía dos noches, aquel tipo de brazos tatuados y cabello cano. «¿Aquel viejo?», se cuestionó con duda, y se preguntó si sería ese sin llegar a decírselo a ella, pensando que podría ser el padre de cualquiera de ambos. Y se vio en una distancia en la que su ego quiso compararse, resultando él una polla pequeña como la suya al lado de esos cincuenta minutos, que le pesaron como si fueran centímetros de otra polla aporreándole la cara, restregándole el aroma y la humedad derramada por ella durante todo ese montón de tiempo, esos cincuenta minutos contra su único minuto. Y la vio allí sentada y en silencio, tan arrogante y sin dignarse a negarlo, y captó la sensación cómoda que desprendía, notó su temperatura, sus ojos flotaban en un deseo mayor que ante cualquier cosa vivida con él. El Señorito no pudo contener el resquemor de niño rico resentido, y dio dos pasos al frente para soltarle un bofetón, de arriba abajo, sacudiéndole el rostro; Luda se agitó como si fuera una rama frágil, y de inmediato recuperó el ademán digno y hermoso, y pronto ganó color su mejilla izquierda.

Su fantasma me jura que no sabe por qué no sintió la intensidad de la situación ni respondió con la actitud que el momento requería, me confiesa que la hostia le causó placer, que por eso levantó la cara; insiste en que no sabe por qué, pero que deseó más que nada recibir otra más fuerte, y que olvidó el mundo como lo olvidó en el cuartucho de Grozni, y que por primera vez el Señorito fue capaz de ponerla cachonda; cachonda de verdad.

Luda Petrova lo buscó mirándolo plena de ese candor tan extraño y pervertido, y como le había pasado otras veces perdió los lindes del mundo palpable con las plantas de los pies, internándose sin quererlo en la falta de empeño de su mente desposeída; con displicencia devota y ante la expectación quieta de los crucifijos bendecidos en Torreciudad, puso la otra mejilla, y él repitió el gesto

sin dudarlo, de arriba abajo, con el dorso de la misma mano descargándole toda la contención de su rencor burgués en el otro lado de la cara. Y en la sala solo sonó el impacto, que fue como de vara de avellano sobre el lomo de una bestia. Después no hubo más que silencio durante unos segundos hasta que la voz del viejo empujó el aire.

—Ya basta —apeló papá.

Y Luda Petrova volvió a meterse sensorialmente en el Señorito como si acogiera mayor comodidad para permitirse ser conquistada, aunque fuera por un ejército chiquito como lo era aquel, sintiéndose aún más atraída, más ansiosa y lejana de la que debería ser su voluntad, y mucho más mojada de lo que lo había estado nunca en estas tierras, llegando a percibir el desborde de sí misma en la cara interior de los muslos. Pero en el Señorito las percepciones fueron erróneas, lo que cada uno veía en la rusa iba como iba, y él vio despecho; equivocó el deseo que se encendía en ella abriéndose a la posesión, aquellas dos hostias la dominaron sexualmente y por primera vez recibió placer verdadero de sus manos. Y en ese instante, el gran reloj dio las cuatro de la tarde, sonaron cuatro repiques profundos que añadieron más premura, más tensión. El Señorito estiró el brazo a un lado prendiendo uno de los utensilios de la chimenea, agarró el atizador por la empuñadura blanca nacarada, y siendo reo del desconcierto y la rabia, se lo sacudió sobre la cabeza como si fueran los cincuenta centímetros de polla que sentía que a él le atizaban la cara durante cincuenta minutos.

Fue un solo golpe, uno solo que cayó de arriba abajo como los anteriores, pero dado a la vez que el paso atrás necesario para que la extensión del atizador le alcanzara a la rusa en la coronilla, emitiendo tras rasgar el aire un sonido opaco que tuvo lugar inmediatamente después de la cuarta campanada, resultando seco y engullido por uno de los tictacs del péndulo, el inmediato al último toque.

La punta de la herramienta se insertó en el cráneo de Luda Petrova, saliendo de su cabeza de la misma manera que de un toro prende una banderilla, agitándose al compás del cuerpo mientras convulsionaba. Toda la beldad agraciada se le iba junto a las niñas oculares por detrás de los párpados, su vida era lluvia que la pendiente arrastra por la calle. Con el tembleque se zarandeó hacia delante y cayó de la silla, pertrechando un ruido de saco tirado al piso, donde se le soltó el hierro y pasó a manar un reguero intenso de sangre que, sin alcanzar a salir con presión pasado el primer chorro, sí lo hizo en suma abundancia, encharcando en pocos segundos la alfombra hecha a mano en Teherán, que costó dos veces más del máximo de efectivo que estaban dispuestos a ofrecerle a la chica por desaparecer.

Tanto el viejo como el Harki se taparon la cara por acto reflejo en el momento del impacto, no así el Policía, que ni se inmutó, quedando tan quieto como lo estaba el Señorito, y sí se vio muy sorprendido de inicio ante lo que acababa de pasar, pero se repuso al instante, pensando que él también la hubiera matado después de darle dos hostias, seguro que sí: «Por puta», se dijo. Y que quizá no de esa manera, pero de que la hubiera matado no tenía la menor duda, eso pensó el Poli. Y luego pensó que menudo marronazo gordo era aquel. El Policía fue el primero en ganar perspectiva sobre lo tremendo del hecho, y enseguida barruntó que tenía clarísimo que, si querían contar con él para lo que fuera que pensaran hacer a partir de ese momento, le iban a tener que soltar una pasta gansa: «Muy gansa», se repitió mentalmente el Policía mientras Luda Petrova se moría. Luego solo hizo lo que le dijeron y puso la mano; así hasta hoy.

El siguiente en despertar fue el Harki, y al hacerlo volvió a taparse la cara, y luego se puso las dos manos sobre la cabeza y maldijo el porvenir en árabe. Lo siguiente que hizo fue mirar al Policía, lo atisbó allí tieso como si fuera un criado, y al verle la cara su instinto canalla supo de la pasta gansa que le iba a costar al viejo ganarse el

favor de ese tipejo. Y puede que por un segundo pensara en si debían matarlo a él también. Aunque a la vista está que no, que es posible que lo pensara, pero prefirió tenerlo de su lado, implicarlo hasta las trancas y dejarlo chupar platos para que no hubiera marcha atrás respecto a nada de lo que pudiera venir después de deshacerse del cadáver de Luda Petrova.

Así ascendió el Poli en la vida, con todo lo tonto que parecía.

Papá sabía muy bien que en mitad de aquel descalabro había que ubicar al Harki como líder y cerebro, y hacer caso más que sumiso a sus indicaciones, olvidando la jerarquía ante cualquier decisión que el argelino tomara, tuviera el precio que tuviera. Sin necesidad de decirse nada, a ambos hombres les bastó ponerse el uno frente al otro para cruzar sus ideas de manera telepática y concluir por unanimidad visual que debían llevarla mar adentro y arrojarla encadenada a un plomo. Supieron que era eso lo que había que hacer, y dejar que el tiempo cayera sobre su recuerdo: «Solo es una extranjera sin familia ni amigos, una que se fue a cambio de dinero», eso dirían a quien preguntara por ella.

A mí me gustaría contar que el agua se sublevó y el cielo crepitaba, que solo el haz de los rayos atormentados partía la densidad de la niebla en el horizonte. Pero no, fue una noche templada, la típica de un septiembre tan terrenal y arduo como cualquier otro, una noche bruta de canícula húmeda.

Una noche sin memoria.

El Buruba dijo que debían ser poco más de las doce cuando salió de casa de su madre y se montó en la moto, bajó hasta el muro del faro verde y allí plantó el trípode entre las rocas para fotografiar la luna,

una luna casi entera que subía lenta y creciente. Dijo que al cabo de un rato de estar él instalado, llegó un coche que traspasó la barrera del Club Náutico, y que resultó ser uno de los cuatro por cuatro de la familia, que fue aculado en el finger conducido por el Señorito, y que con él iban el Poli y el Harki. El fotógrafo contó que bajaron un bulto del maletero y lo movieron entre los tres para subirlo a bordo del First Lady, que al cabo de varios minutos zarpó.

«No lo sé. Era de noche. Estaban lejos», fueron las respuestas del Buruba a mi insistencia incrédula cuando volví a pedirle la verdad.

No evité interceder de manera tajante para preguntarle si hizo fotos, a lo que juró que no, sin que yo pudiera estar seguro de si mentía. Sí supe, gracias a mis fantasmas, que la pausa que hizo era debida a no tenerlas todas consigo acerca de seguir contando. Entonces lo miré como si lo cogiera de la pechera, lo acorralé con los ojos muy afilados dispuesto a guantearlo si se negaba a ello, él se reacomodó en el sofá captando la amenaza para continuar y añadir, con mayor lentitud y tono, que después de ver el barco marcharse se tumbó en las rocas, y que ante la noche calurosa decidió quedarse allí a esperar el albor del día y fotografiarlo; señaló la foto de ese amanecer enmarcada en la pared, y yo me levanté de inmediato para contemplarla, para ver con mis propios ojos el cielo de ese día, y no cesé de navegar la quietud de la imagen hasta que en su boca explotaron las palabras que daban testimonio respecto a que, un par de horas después de irse el First Lady, otro coche irrumpió en el puerto, este por el pantalán de pesca, y que de él bajaron el viejo y otro hombre que el Buruba no reconoció en ese momento debido a la distancia, pero que pudo presumir quién era al verlos a ambos subir a una barca de pesca llamada El Txarnego, que también soltó amarras y salió a la mar. Ya con toda la atención de mi compañía puesta en la persona y el relato del Buruba, pude soltar el aire como quien suelta lastre al escuchar que había despuntado el sol cuando El Txarnego regresó e hizo la maniobra de atraque, y que de él bajaron seis hombres.

El cuerpo sin vida de Luda Petrova fue envuelto en diferentes capas de sábanas y toallas, y luego amortajado con varias vueltas de cinta americana, fue conducido por el interior de la casa hasta el garaje, y allí cargado en el Grand Cherokee que el Buruba vio llegar al puerto pasada la medianoche, el mismo del que vio descender al Poli, al Harki y al Señorito.

El argelino estuvo al mando en todo momento, sin que hubiera réplicas, desde que salieron de la Casa Grande, donde quedó el viejo confiándole el ruego a los crucifijos.

Tras acular el coche en el embarcadero, sacar el bulto y dejarlo en el suelo de la atarazana, el Señorito condujo el jeep hasta el aparcamiento; el cadáver ya se encontraba en la cubierta del barco cuando él volvió, que fue enseguida y llevando en la mano una anilla con dos llaves, una para abrir la cerradura y acceder al interior de la nave, y otra con la que arrancar el motor. El Harki le ordenó que abriera para esconder el cuerpo, él obedeció y aguantó la puerta mientras el argelino y el Poli lo transportaban. Dentro del barco, todo era oscuro, y a los tres les pareció escuchar música, y que en el aire flotaba un humo muy blanco de olor químico que llegó rápido a sus narices desconcertándolos por completo. Estando ya todos con el cadáver bajo cubierta, el Señorito deslizó la mano por la pared para encender la luz, y al cobrar vida la bombilla tuvo lugar la aparición de su hermano pequeño sin pantalones, a cuatro patas sobre el sofá de piel roja, separándose las nalgas con las manos, y Pinilla de pie a su espalda completamente desnudo y sosteniéndose el pene, que se extendía dos tercios más allá de su mano rodeándolo, una verga grande que ninguno obvió mirar y a todos sorprendió sobremanera, puede que al hermano mayor más que a nadie.

Hubo un instante de parálisis e incredulidad colectiva; fue el Harki el primero en romperla dejando ir la parte del paquete que sostenía en vilo y que era Luda Petrova, cayendo el cuerpo con violencia

sobre la moqueta sin que el Policía pudiera controlar el rebote del golpe, escapándosele de las manos a él también. El argelino se acercó a Pinilla y le propinó un puñetazo en la nariz que tiró al chaval sobre el sofá, al tiempo que el hermano pequeño padecía un ataque de pánico repentino en el que se hizo un ovillo y empezó a dar gritos y patalear, a cubrirse la cabeza y el rostro con las manos hasta que recibió del Harki dos guantazos a palma abierta; acto seguido le mandó que dejara de llorar, que se vistiera de inmediato: «Puto maricón», inquirió en español, luego dijo algo en francés. Después prendió a Pinilla de los pelos y lo arrastró hasta uno de los lavabos; antes de encerrarlo le volvió a pegar en la cara y le ordenó que se quedara quieto y sin hacer ruido. Siguió moviéndose ágil, siendo el único en reaccionar; con voz firme le dictó al Señorito que soltara los cabos, a la vez que le quitaba las llaves de la mano para subir de nuevo a cubierta y arrancar el motor.

El mayor de los Señoritos volvió a entrar en la zona habitable del barco tras soltar el amarre. Se quedó quieto junto al Policía; ninguno de los dos era capaz de pensar ni prever, estaban superados por la sucesión de acontecimientos, se limitaron a mirar cómo el pequeño se vestía sin dejar de emitir quejidos y moqueando sin consuelo, sintiendo todos bajo los pies la movilidad brusca de la nave manejada con ira por el argelino.

El Harki, antes que en nada y en nadie, pensó en si el plomo que llevaban le serviría para hundir dos cuerpos, y que no iba a ser fácil atar a Pinilla a él estando el chaval consciente; supo que habría sangre y que en el caso de quitarle la vida a bordo también habría que hundir el barco con el fin de no dejar rastro. El argelino fue muy consciente de que dos muertos son dos muertos. No conocía a Pinilla de nada, pero supuso que era de por aquí, de no muy lejos, y que habría lío, que existía una casa en la que lo iban a echar de menos. Pensó en lo probable de que alguien en el puerto lo hubiera visto subir al First Lady: «Seguro que sí», se dijo. Y no cupo en él duda que alojara otro remedio que hacer lo que había que hacer, no quiso arriesgarse a que cualquier tormenta o corriente acabara desvelando los cuerpos. Puso el motor a toda máquina y, rápido,

dejaron atrás los faros del puerto. El argelino no paró de darle vueltas a que al viejo le iba a costar más deshacerse del barco que de cualquiera de sus hijos, y por ello decidió no darle opciones.

El velero aún debía de ser visible desde la costa, debió de serlo hasta que el Harki apagó las luces de posición y la goleta fue engullida por la oscuridad. Lo siguiente que hizo fue accionar el piloto automático, se levantó y con la premura del inicio agarró el gancho largo del barco, y con él descendió la escalerilla hacia la tripa del navío, se internó sin hablar ni mirar a nadie, cruzó la sala y actuó con la actitud y la sencillez de quien pisa un insecto: abrió el lavabo y de manera fulgurante sacudió la lanza ante sí; la punta se clavó en Pinilla, que se cogía a la vara mientras esta le penetraba el estómago; el argelino la extrajo en un gesto veloz para percutirlo de nuevo, alcanzándole el cuello de pleno; el chico se agitó entre gritos y salpicaduras de sangre; hubo un tercer estoque en el pecho igual de raudo, y un cuarto y definitivo, otra vez en el estómago, con mayor frontalidad, y que fue el que a Pinilla le robó la vida casi al instante de recibirlo: solo le quedó fuerza para que un hilo agónico de aliento le hiciera abrir los ojos al máximo e intentar poner un brazo al frente, quizá como un reflejo defensivo, pero su extremidad no llegó a acatar el instinto, solo una arcada ocupó su anatomía antes de soltar un eructo y vomitar un regato de líquido oscuro y espeso. Luego, el Harki le extrajo el gancho y acto seguido cayó muerto por entero, cayó de lado y quedó boca abajo, con la faz sumergida por completo en el charco de sangre, meollo y vísceras que era el suelo del baño. Fue una escabechina totalmente intencionada para que no hubiera más posibilidad que hundir la nave, y a los muertos con ella, confinados en su entresijo. El propio Harki arrastró el cadáver hasta un camarote y ordenó al Señorito y al Policía encerrar allí también la momia de la rusa. Después, todos tomaron el exterior, y solo hubo silencio extremo en la zozobra de sus cuerpos rodeados de ruidos marítimos y noche, se oía eso y nada más. Y flotaba la vista afilada del Harki en la oscuridad visible. Las miradas de los otros permanecieron yertas, fijas en cualquier punto de la lejanía marina o celestial, cegados allí donde no encontraran respuesta. El argelino rompió la tensión preguntando por la caja que contenía el teléfono satélite; con él

llamó a la Casa Grande.

Imagino que el viejo recibió las noticias con estupor, que se le estiró la cara y que el corazón por poco se le sale del pecho. Que se dio unos minutos para tratar de escabullirse y hacer oposición al descabello. «Todo por culpa de esos dos maricones», debió de decirse papá durante la digestión del trago y la pena, y se arrepintió de no haber puesto fin a aquella aberración la primera vez que oyó los rumores sobre con quién andaba su hijo pequeño, o cuando algunos socios del Club Náutico empezaron a cuchichear con que si sus hijos en el barco esto y lo otro. Y pareció como si lo del Señorito pequeño fuera más grave que la insolencia asesina del mayor, como si esa estuviera justificada por una circunstancia ya extinta mediante el rezo dedicado a los crucifijos de las paredes. Pero el pequeño, para ese hombre, con su condición antinatural era responsable de que lo que estaba mal hubiera ido a peor. Para él todo lo otro tenía remedio, nada le tocaba muy de cerca por extraño que parezca, no en lo importante. Pero perder el barco era algo imperdonable.

Y supongo que, sin tiempo para más que decelerar pulsaciones y absorber el dolor que sintió, se dispuso a acatar cuanto dijo el Harki que había que hacer, aceptando a pies juntillas su papel de líder absoluto de la familia en esos momentos, por más dolorosa y precipitada que a él le resultara la decisión. Y de la misma manera puedo deducir que al viejo no le costó más que dinero comprar al patrón de El Txarnego, dinero y promesas de más dinero. Seguro que con eso fue suficiente, que le arrancó un «A mandar» al segundo de descolgar el teléfono, sin que hubiera cuestiones sobre el requerimiento.

Y teniendo un barco de apoyo, el resto resultó sencillo, aunque tuvieran que ir más lejos de lo previsto buscando mayor profundidad, porque un cuerpo no es un barco. Navegaron rumbo sureste buscando una sima bien profunda a veinte millas de esta

costa. Y una vez allí fue tan fácil como tantas otras veces: con una maza se rompieron las espitas de fondo, en la sentina, y bajo cubierta se quebró el desagüe de ambos váteres, lo hizo el Harki, le echaron llave a la puerta y saltaron todos a El Txarnego, donde esperaron a que el First Lady desapareciera de la superficie antes de regresar juntos a tierra en el pesquero.

—Un velero como ese, con unos buenos boquetes, en menos de tres horas está debajo del agua, si no antes; y en medio día, en el fondo. Y te digo una cosa: si hay muchos metros no lo encuentra ni Dios —me aseguró el Pescador cuando le pregunté si la maniobra era posible en ese plazo de tiempo. Esa fue la primera vez que hablamos de aquel asunto sin reservas ni silencios largos, ambos con las cartas boca arriba, dándoles el volteo que merecieron haber recibido en su día los muertos. Influyó en él a la hora de enfatizar más conmigo la visita que el emisario de la familia le había hecho; me dijo que a él no lo mandaba callar nadie, y confesó estar indignado porque no le hubieran ofrecido dinero: «Con todo lo que yo sé», añadió orgulloso.

Esa misma tarde me negaron el acceso al Club Náutico y en consecuencia también al Barlovento, demandándome el carné de socio en la entrada al pantalán del Faro Verde. Fue otra vez el Pescador, al reunirnos de nuevo y contárselo, quien más me animó a escribir esto que escribo, como ya hiciera en anteriores novelas. Aseveró que para él no habría mayor retribución que combatir esa insolencia burguesa que cree poderlo todo, que sabe que lo puede todo. «No dejes que te puedan antes de haberlo escrito. Tú sigue y que se jodan, y después ya veremos», me incitó a perder el miedo, y lo hizo tomando parte, demostrando ya sin esconder que en nuestras charlas siempre existió en él un deseo de avance para mis conclusiones.

A los pocos días pude saber que El Txarnego lo vendieron al verano siguiente, justo antes de empezar la veda, que lo compró una

empresa que acumula tonelaje de pesqueros viejos que llevan a desguazar y venden las licencias de captura, muy cotizadas para construir flota pesquera nueva. Me enteré de que el patrón de El Txarnego, hoy, es propietario de tres locales en la avenida Constitució, alquilados todos, y de un piso en la Ciudad, en el que ha ido viviendo holgadamente de rentas desde que vendió la barca, y que el patrimonio en la actualidad lo gestionan sus hijos. El patrón ya es mayor, pronto cumplirá setenta y siete.

Ya puedo contemplar el mar en paz y creer con fe verdadera en la existencia de un punto de fuga que se halla muy por detrás de lo que alcanzo a ver, y que señaliza el lugar exacto bajo el que están las fundas corpóreas de mis fantasmas, presas en un pecio junto a la impunidad total de sus asesinos. Y quizá a nadie le importe, más habiendo prescrito en lo penal y sin existir alguien capaz de recordar los nombres de los muertos.

Puede que los crímenes prescriban dentro de poco, como prescriben otros, y que sea en respuesta a la mutación constante del alma y la moral, es posible que años después no seamos las mismas personas, ni parecidas siquiera. Pero no debe servir el tiempo como exculpación, no ante mí, no ante la justicia de este texto. No debe por una cuestión de respeto. Porque de aquella no salieron solos, necesitaron de otros que se involucraron sabiendo de las mentiras que cargaban los argumentos, otros que pudieron cuadrar el enredo y mirar más allá, pero prefirieron hacerlo hacia otro lado. Su solvencia solo es dinero.

¿Cómo podría saber yo algo así y no explicarlo? ¿Cómo podría mirar a mis espíritus a los ojos? ¿Cómo iba a enfrentarme a mi alter ego?

La hazaña criminal no acabó con esa noche olvidada; a la mañana

siguiente, y con total frialdad, prefabricaron la falsa detención de Pinilla con la ayuda de un abogado, en la misma sala de la Casa Grande en la que fuera asesinada Luda Petrova, ya limpia y en total orden, aunque el abogado denotó una falta en la hegemonía habitual debida a la ausencia de la alfombra persa. Los utensilios de la chimenea los echó de menos una criada que lo comunicó a la gobernanta, quien dijo que no había que preocuparse por ellos hasta que llegara el invierno. El abogado, ya difunto aunque hoy sus herederos mantienen el despacho de la Ciudad con fama acreditada y dineraria, diseñó la evasiva en respuesta a la que el Señorito telefoneó al Dúmper, necesitándolo como testimonio que certificara haber estado con Pinilla el día posterior a su muerte, con el fin de liberar al hermano pequeño de posibles suspicacias respecto a haber sido la última persona en estar con él; también se aseguraron un testigo que dijo presenciar la fuga tras la detención imaginaria, y aportaron la droga que supuestamente le fue incautada a Pinilla, a quien la policía no buscó nunca como a un desaparecido, ya que se le dio por fugado y pasó a estar en busca y captura antes de que nadie lo echara de menos y denunciara su desaparición, la cual, de manera automática, pasó a ser lógica en su estatus de prófugo de la ley.

El Dúmper no estaba en casa cuando lo llamaron, puede que estuviera con la Sicóloga. El Señorito le dejó a su madre el recado de una promesa ineludible con mucha urgencia, un trabajo hecho a medida para él, para sus sueños de hormigón armado, un trabajo que era algo más, era un negocio que no podría rechazar. Y al llegar el camello a casa, su madre le comunicó el hito, se le hizo la luz en la cara y salió embalado en el Opel Calibra. En la autovía, cuando adelantaba a un camión, apareció un coche justo por delante del tráiler invadiendo de golpe el carril izquierdo. La carretera estuvo cortada durante horas, y al chaval, del Calibra, lo sacaron los bomberos. Seguro que a esas horas ya le habían encontrado sustituto al ver que no llegaba.

El hijo menor de los Señoritos soportó con miedo la enorme reprimenda que su padre le dio a solas, con la primera luz del

amanecer ya en el cielo, el mismo que reposa enmarcado en blanco y negro en la pared del Buruba. Recibió la bronca abatido en la popa de El Txarnego, al margen del resto, aunque todos pudieron escuchar las voces volviendo a puerto después de hundir el First Lady. Luego cohabitó con los demás en cubierta, distante, amedrentado en la soledad de sus gestos llorosos y cabizbajos, pusilánimes y muy sometidos, e igual que los otros hombres guardó mutismo extremo sumergido en una especie de shock onírico sin que la gravedad de lo que había pasado saliera de ninguno de ellos, adquiriendo los seis un compromiso extraño con la noche y el olvido. Y el Señorito pequeño lloró con la misma sensación que cuando lo pillaron con aquel chico en los lavabos de la École Française; aquella tarde el viejo entró en su habitación y le quitó las muñecas que guardaba desde niño, le quitó las gomas y las horquillas, la caja de maquillaje y el diario con forma de corazón, se lo quitó todo y lo echó al fuego; en ese momento, tras la bronca, sintió la misma asunción del destino que ese día, la misma culpa, y asimiló la ausencia de Pinilla con la misma displicencia, para él solo fue otra falta de conducta, una más; y el plomo de la responsabilidad que su padre le transmitió hizo que la pérdida del velero pesara sobre su conciencia mucho más que la muerte de su amante, ni tan solo la culpabilidad de su hermano respecto a lo sucedido fue tan reprobada; nada superaba el agravio causado por él a la familia; otro de tantos.

La familia antes de todo, siempre.

La voluntad del pequeño de los Señoritos se desintegró devorada por las llamas del escarnio y pasó a ser como una Barbie derretida entre las brasas, como sus cosas de chica y los nombres de los muchachos que le gustaban anotados con letra adolescente, redonda y pausada en las páginas de su diario. Se consumió como otras veces, con todas sus ilusiones reprimidas en la antípoda de su deseo, y como absolutamente todo pasó a ser ceniza que los criados tiran al sacar la basura; restos en un plato esperando ser lamidos por los perros. Los días posteriores lo tuvieron muy sedado, y a la semana siguiente lo internaron en un centro de desintoxicación en

Ámsterdam, donde pasó seis meses antes de regresar a la Ciudad y ser sometido por su padre, con la ayuda del esbirro de turno, a un régimen vigilado de movimientos y relaciones mientras cursaba un grado superior de estudios administrativos en un centro privado.

El hermano mayor asumió con rigidez, suma puntualidad y compromiso total un horario de ocho horas de lunes a viernes en las oficinas del grupo, desde el primer día. De puertas para fuera su imagen se blanqueó socialmente, fue invitado a cenas y otros eventos en los que fue potenciada su circunstancia de primogénito en fase de expansión y aprendizaje. Y fue él mismo, contagiado por esa deriva evangelizadora, quien exageró su capacidad de reinserción, incluso hasta querer resultar ejemplar en casa, y se centró en asumir la responsabilidad de un hombre que correspondiera a la que debería ser su talla ante sus padres, la oportuna para el título de heredero, una conducta acorde a su edad y su momento. Y metido en ese papel, quiso ofrecer gestos que fueran interpretados como madurez con el fin de subsanarse. Viajó con los viejos a Torreciudad y allí se entregó a la liturgia arrodillado ante el Gran Altar. Por el crimen, rezó tantos avemarías y padrenuestros como dijo papá, ya que al cura no se le podía contar todo por muy del Opus que fuera, la descarga divina se ganaba con dinero, daba igual el pecado, a más grave, más dinero, y al echar cuentas, los curas se frotaban las manos y le daban gracias a Dios por permitir el mal en tales dimensiones mientras suponían la importancia de cada lamento. Y de alguna manera la clarividencia del Señorito halló la luz en la espiritualidad del enclave y en la contemplación de las nubes de familias acudiendo con sus hijos, todos muy bien vestidos y peinados, y en un reflejo obedeció al impulso de que nada repondría mejor su relación con los viejos que un nieto. Pero antes debía casarse como era menester.

—Dios nos contempla en todo momento —dijo el cura de Torreciudad, que era como decir: «Sacad las carteras».

Ya de vuelta al puerto y al tránsito de la vida social, que para el Señorito se antojó moderada a partir de entonces, apareció la Sicóloga como una ilusión brotando de lo oscuro con ímpetu; rompiendo la cáscara de apocamiento, salió de sí misma dejándose quemar por el sol, y esperó a que se le calentara la sangre como hicieron todas las otras desde el principio, y, rápido, se convirtió en una pécora reptante dispuesta a hacer lo que hubiera que hacer, ya impregnada de instinto por completo, en minutos, con la facilidad para arrastrarse de cualquier víbora nada más salir del huevo; en esa compulsión se irguió con la mayor seguridad que le cupo en el pecho, con total aliento ante el cometido de dar grandes bocados a grandes compromisos, tan grandes como el apellido, como la casa y los coches; enormes como el barco que ya no tenían. Y después de dos polvos se atrevió a inventar un embarazo.

Y puede que sin ella saberlo empezara a suicidarse entonces.

Apreciamos mermado el puerto con la ausencia del barco, se nos hizo extraño ver el amarre vacío, desfilaban los ojos incrédulos detrás de las olas que batían el hueco dejado por el velero. De algún modo que se me escapa, sin que haya podido encontrar información en ese hilo aun pudiendo suponer cómo, consiguieron el favor de un ciudadano francés que estampó su firma en un contrato de compraventa simulando adquirir el First Lady, al que ya nadie vio navegar más. Ese mismo invierno trajeron otro barco, algo más pequeño y al que no le pusieron nombre de caballo de carreras, sino uno cualquiera, mundano, y que omito porque sigue allí amarrado, pío y reluciente, limpio y cuidado como el apellido al que pertenece y la hilera de letras que lo nombran.

El Capitán aguardó unos días en la Ciudad sin llamar la atención y sin tener noticias de Luda Petrova. A finales de semana lo vieron de aquí para allá dando tumbos por el puerto buscándola, y preguntándole al ruso calvo y a otras chicas rusas por ella, y pronto le echaron encima al Policía con el noble encargo de ofrecerle

dinero para desaparecer del mapa. Creo que el Capitán nunca llegó a saber que ese dinero no lo consiguió Luda para él. Pienso que le echó mano y no hizo preguntas, que salió en estampida sin llegar a repartir nada con nadie. Del ruso calvo sé que estuvo un par de temporadas más en la garita de la golondrina, ahí, con toda la jeta, como el que nada, respondiéndole a quien le preguntaba que la quemadura fue con un líquido para encender barbacoas. De los dos rusos que permanecen en el pueblo desde aquel tiempo con los que pude hablar, ninguno recuerda a Luda, ni a la familia de ninguna chica desaparecida preguntando por ella.

Al Harki, por bien que acabara saliendo el plan improvisado y por el que seguro recibió una elevada suma de dinero, el asunto lo llevó a desvincularse por completo de la familia en todos los ámbitos, más en cuestiones criminales, a las que se dedicó por cuenta propia durante más de una década garantizando el desembarco y almacenaje de toneladas y toneladas de droga, principalmente cocaína y hachís, para una mafia siciliano-lionesa; tras una escaramuza judicial grave, uno de sus líderes tomó la región como enclave para reorganizarse, estableciendo el centro de operaciones de su red de narcotráfico en Poniente, pero eso no cabe en este texto, eso tuvo lugar en los años que vinieron después. El Harki se separó de los Señoritos, aunque no les perdonó el adeudo, por eso, una vez hubo dejado los desembarcos y estando aparentemente limpio, retomó el contacto tras la asunción del hermano mayor del cargo de gestión de residuos en la provincia, y lo hizo para demandarle que le fuera asignada la concesión de la recogida de basuras en el mar, lo exigió sí o sí. Y creó una empresa para ello que hoy gestiona la limpieza y señalización desde la Costa Dorada hasta el Delta, una empresa que tiene cuatro barcas y veintiún empleados, y que administran sus sobrinos llegados de Marsella.

La última vez que vieron al argelino en la Ciudad fue en el entierro del viejo.

10

Me vi una vez más con el fotógrafo en su estudio, consiguiendo con él, de la misma forma que había logrado con el Pescador, hablar ya sin suplencias ni omisiones, ni en aquello que supiéramos ni en lo que pensáramos, y mucho menos en lo emocional. Se nos hizo extraño a los dos que el emisario de la familia no hubiera ido aún a visitarlo; me dijo que, de hacerlo, lo iba a despachar con cuatro verdades, que ya no vivía el miedo en su interior, y que si estaba seguro de ello era gracias a mí. Cierto es que su halago me resultó muy reconfortante, tan cierto como que no nos contamos nada nuevo, le dimos varias vueltas a lo mismo, y después de un par de cervezas ninguno puso trabas a nuestra verdad simultánea, llegando a compartir punto por punto la teoría íntegra de los sucesos sin dudar que todo hubiera terminado como creíamos, inmerso en aquel amanecer detenido ante nosotros dentro de un marco, zozobrado en blanco y negro, preso en tonos grises e inmóvil sobre el rizo de una ola que nunca rompe. Pienso que fue al encontrar el Buruba su convicción exacta en otra persona, al ratificar sus verdades en las mías, que se vio superado por la pena, quedando tan estático como la foto; entonces entornó los ojos y pareció que se lo comiera la carencia platónica de los años vividos en silencio.

Pasados dos días de esa noche sin memoria, el joven Buruba acudió a comisaría preocupado en exceso, en una urgencia que daba respuesta a su enamoramiento, y allí comunicó la desaparición de la rusa: un agente le tomó declaración, pero no llegó a cursarse la denuncia, no le hicieron caso, le dieron una palmada en la espalda y lo sermonearon respecto a que la gente mayor de edad podía aparecer y desaparecer según le pareciera, y que ellos no intervenían a menos que un familiar directo evidenciara una ausencia absoluta, y no solo física, sino en todas sus rutinas y obligaciones, o ante el mal mayor de disponer de un rastro evidente de violencia que indujera a pensar que esa persona hubiera sido agredida, retenida o que se le hubiera dado muerte en el peor de los

casos.

Eso le dijeron los polis al Buruba.

Y yo quiero pensar que sabían de quién hablaba, y que, al irse el chaval, llamaron al Señorito, y este les dijo que la rusa había vuelto a Rusia.

A la mañana siguiente, el Policía, acompañado de otro tipo, se presentó en casa del Buruba, me dijo que aporrearon la puerta a la voz de «¡Abra, policía!», y que al entrar le dieron dos tortas y cuatro collejas, que se pusieron a revolearlo todo mandando callar a su madre de malas maneras, y que en su cuarto encontraron más de un centenar de fotos de Luda, casi una de cada uno de los días que pisó la calle. Dijo que luego empezaron a insultarlo y a sugerir de forma amenazante que él mismo le había hecho algo a la chica. El Policía adoptó el papel de poli bueno, y el otro tipo el de poli malo, y en ese juego, el malo le dio dos tortas más. Al fotógrafo le hicieron saber que podían joderle la vida como y cuando quisieran, se lo dejaron muy claro; y a su madre le dijeron que debía vigilarlo de cerca porque era un delincuente.

El Buruba me habló de eso muy afligido: me explicó que no le hicieron más daño que el que le causó comprender en esas amenazas que sí la habían matado. Pero que no fue valiente para contárselo a nadie, que no sabía nada, ni qué, ni quiénes, ni dónde. Dijo que tuvo miedo y prefirió callar al entenderse inútil en su frustración, tan inútil como seguro de que ya estaba muerta y no existía remedio que la devolviera a caminar por el puerto ni a meterla en su carrete. Me contó que una noche subió con la moto al Pinaret, allí hizo un fuego en el que quemó todas las fotos de Luda Petrova, y que estuvo a punto de quemar también las del barco, pero que no lo hizo porque ellos le habían encargado tomarlas, por

si lo acusaban de haberlos fotografiado sin permiso; apuntó con tedio que el Señorito nunca le pagó aquel trabajo alegando que esperaba que fueran en color, además de que no le gustaban, que estaban mal hechas y eran vulgares.

De Luda las quemó todas menos una, pero eso no me lo dijo. Ya no estábamos con el tema de las fotos cuando hizo una pausa y se puso de pie mientras yo hablaba de ella por enésima vez, caminó hasta la librería y sacó un sobre con ese único retrato en su interior, un sobre sellado en el cierre, que no le costó encontrar entre el desorden, y que me dio al tiempo que me pedía que no lo abriera en ese momento, que lo hiciera después de irme.

Tras esa experiencia, sumada a la de ver claramente el rostro de la rusa, sobre todo sus ojos, decidí buscar a la hermana de Pinilla y demandarle a ella también una fotografía de su hermano. Fue fácil encontrarla y que hablara sin reparo, aunque no lo hizo con melancolía ni implicación afectiva de ningún tipo. La mujer no lloró, tampoco es que yo esperase que lo hiciera, pero sí me sorprendió no captar ninguna sensibilidad, no le tembló la voz en ninguno de los tramos de la conversación, que duró cerca de una hora y que mantuvimos en un café de la plaza Corsini, en la Ciudad. No vi el mínimo gesto de dolor ni siquiera al contarme que su madre había muerto hacía pocos años. Yo le expliqué que iba a escribir un libro, y dijo que le parecía bien. Tuve la sensación de que le daba igual; cabe decir que no manifesté absolutamente nada acerca del desenlace trágico ni del paradero del cadáver, solo hice comentarios sobre la desaparición, de las circunstancias del momento en lo generacional y del impacto del hecho en el vecindario. Ella, de su hermano, no llegó a decir que se lo mereciera, pero sí dialogó de su desvanecimiento como de una muerte inevitable, achacándolo todo a la droga, y el reproche de la droga lo puso por entero en la ineptitud de sus padres como procreadores. Habló de su familia con mucha distancia, como si fueran personas ajenas a ella, como si el parentesco hubiera prescrito. Aun así, accedió a verse conmigo una segunda vez, a la que trajo la foto de Pinilla, la que tengo delante ahora mismo, está

frente a mí junto a la de Luda Petrova. La de él no es un primer plano, pero se le ve bien, sale sonriendo bajo el sol, le brillan los ojos negros y el pelo lamido; supongo, por su aspecto, que es anterior a ser adicto. Seguro que sí.

Después de aquellos últimos días necesité ausentarme, decidí huir de mi persecución y estuve varios meses recluido sin salir apenas de casa más que para comprar droga y comida; permanecí encerrado digiriendo el espacio sobre el que explicar la verdad, tratando de definir el universo y los tiempos de esta novela, discutiendo con mi ser interior y los fantasmas que lo acompañan. No me levanté de la mesa de negociación hasta que ellos me enseñaron el futuro en mis ojos vacíos, fue justo antes de poner en práctica el plan con el que pago mi compromiso, que cubro dándole voz a este relato que tributa a los únicos que en él tienen nombre. Al ver mi porvenir vacante de existencia, tras esos meses de encierro, cupo en mí la idea de que debía dar un último paseo por la villa, en ese otro verano que recién empezaba, ver la explosión de visitantes abarrotando las terrazas y todas las flores que pronto morirán de sed infame. Lo decidí siendo consciente de que mis sensaciones respecto a nada serían las mismas al finalizar este texto, asimilé que la distancia iba a ser entonces mayor que nunca, que el sabor de boca sería peor que nunca. Supe que después de esto, por siempre más y a voluntad propia, iba a ser un extranjero.

Lo asumo todo antes que ser esclavo.

En ese paseo final volví al barrio de la Negra, fui a cruzarme con los nuevos habitantes de mi viejo mundo, y pude presentir su falta de arrojo evolutivo, el cual interpreté en período de regresión al ver que tiran la basura en las papeleras; lo hacen salidos de la ducha y perfumados antes de acudir a sentarse a las mesas de los bares que copan las ramblas, y todo acontece sin que nada llegue a salir de las plazas, como pasa en Poniente, y en ello no encuentro más que la naturaleza triste de eso que llaman pequeña ciudad. Allí mismo, a

media cuadra, ayer apuñalaron a un hombre, delante del Joti.

También me asomé a la estación de trenes que pronto desaparecerá; cuando ya no esté habrá que coger un autobús para ir a la nueva. Me senté con ganas de ver trenes y gente saltando a su paso, pero lo único que vi fue a un muerto que conocí de joven; su madre empujaba la silla de ruedas. En ellos encontré una metáfora dibujando una generación en bancarrota. Y al verlos pensé en el Dúmper y en su destino quieto y también muerto como el de ese, igual que el de sus madres.

Al llegar al agua y poner los pies en la tarima de los embarcaderos, supe que era domingo; caí en ello al ver la hilera de barquitas como crías de pato saliendo a mar a abierto detrás de la del monitor; a lo lejos alcancé pronto la terraza del Barlovento para darme cuenta de que en ella no estaba sentada la Sicóloga. Yo, que había especulado con sentarme a su mesa para preguntarle lo que supiera.

Con premura y desconcierto ante el hecho, puse los ojos en la barandilla del este, donde sí vi al Señorito: a su lado se alzaba una mujer rubia que con tacones era más alta que él, una mujer de la que, de no haberme dado el Buruba aquella foto, hubiera jurado que se parecía a Luda Petrova, pero la verdad es que no, solo tenía un aire, solo era rubia y alta. El Señorito no se encontraba en su postura habitual de domingo por la mañana, ni serio ni concentrado como en mis avistamientos anteriores, al contrario, se movía sonriente sin prestar demasiada atención al trazado de la barca de la niña, no parecía querer ubicar él la vela de manera telepática, no, lo vi con total despreocupación cogido a la cintura de esa mujer, mirando al horizonte cada mucho rato, y aclocando los morros en el cuello de ella cada poco tiempo. Y, riendo, la rubia también le devolvía los arrullos con toda condescendencia, sin importarles que los vieran agazaparse el uno en el otro, aparentemente muy felices y satisfechos.

Ese mismo domingo por la tarde, a la sombra de las moreras, el Pescador me dijo que en mis meses de ausencia todo se había desencadenado, y que fue a raíz de la defunción de la vieja. A la madre de los Señoritos se le dio sepultura en el panteón familiar del cementerio de la Ciudad, fue en un acto íntimo que tuvo lugar inmediatamente después de una ceremonia católica en la catedral.

Habiendo pasado tan solo dos semanas desde el entierro de su madre, el Señorito, mediante abogados, le comunicó a la Sicóloga su demanda de divorcio, la cual llevaba semanas preparándose en un augurio hecho sobre la mala salud de la vieja; en esa documentación iba anexo el propósito para la custodia íntegra de la niña, ofreciéndole en principio un régimen de visitas quincenales, ampliable en función del progreso positivo de sus depresiones. El Pescador dijo que eso la mató, que no acabó ni el día y saltó al vacío de un patio de luces, en uno de los pisos de la familia en la Ciudad, uno al que no iban nunca, y que la noticia no salió en prensa, que en los círculos públicos se dijo que había fallecido a causa de una enfermedad que arrastraba desde hacía mucho tiempo. De alguna manera sí fue de ese modo.

Regresé a mi intimidad con la cabeza baja, pero muy seguro de que aquello no cambiaba nada, ni siquiera el tiempo del relato. Al contrario, hacía mayores los motivos, aunque versado en que tras llevar a cabo esto que aquí concluyo y publicarse no cabrá en mí más fuerza que la de telefonear a mi amigo, al dueño de esta casa, para darle las gracias y decirle que le dejo las llaves en el bar Monterrey, y que ya volveré a por los libros. Que si no vuelvo ya sabe. Que parto hacia una nueva búsqueda, la del futuro de este presente en el que, una vez alcanzado el fin y sin vida en la mirada, marcho con mis fantasmas liberado, como ellos, por haber podido ser fiel a la verdad. Y habiendo hallado la paz de mi propio espíritu en la asunción del destino.